



Universidad
Nacional
de Loja

Universidad Nacional de Loja

Facultad de la Educación, el Arte y la Comunicación

Carrera de Pedagogía de la Lengua y Literatura

**Análisis de la representación de la maternidad en la obra *Distancia de rescate*,
de Samanta Schweblin desde el Ecofeminismo**

Trabajo de Integración Curricular previo
a la obtención del título de Licenciada en
Pedagogía de la Lengua y Literatura

AUTORA:

Nagelly Mercedes Cañar Luzuriaga

DIRECTORA:

Lic. Isis Fiorella Córdova Moscoso .Mg. Sc.

Loja – Ecuador

2024

Certificación

Loja, 25 de marzo de 2024

Mgr. Isis Fiorella Córdova Moscoso

DIRECTORA DEL TRABAJO DE INTEGRACIÓN CURRICULAR

CERTIFICO:

Que he revisado y orientado todo proceso de la elaboración del Trabajo de Integración Curricular denominado: **Análisis de la representación de la maternidad en la obra *Distancia de rescate*, de Samanta Schweblin desde el Ecofeminismo**, previo a la obtención del título de **Licenciada en Pedagogía de la Lengua y Literatura** de autoría de la estudiante **Nagelly Mercedes Cañar Luzuriaga** con cédula de identidad **Nro. 1104285885** una vez que el trabajo cumple con todos los requisitos exigidos por la Universidad Nacional de Loja para el efecto, autorizo la presentación para la respectiva sustentación y defensa.



Mgr. Isis Fiorella Córdova Moscoso

DIRECTORA DEL TRABAJO DE INTEGRACIÓN CURRICULAR

Autoría

Yo, **Nagelly Mercedes Cañar Luzuriaga** declaro ser autora del presente Trabajo de Integración Curricular y eximo expresamente a la Universidad Nacional de Loja y a sus representantes jurídicos de posibles reclamos y acciones legales, por el contenido de este. Adicionalmente acepto y autorizo a la Universidad Nacional de Loja, la publicación de mi Trabajo de Integración Curricular en el Repositorio Digital Institucional – Biblioteca Virtual.

Firma

A handwritten signature in blue ink, enclosed in a heart-shaped outline. The signature reads "Mercedes Cañar".

Cédula de identidad: 1104285885

Fecha: 18 de diciembre de 2024.

Correo electrónico: nagelly.canar@unl.edu.ec

Teléfono: 0987578289

Carta de autorización por parte de la autora, para consulta, reproducción parcial o total y publicación electrónica del texto completo, del Trabajo de Integración Curricular

Yo, **Nagelly Mercedes Cañar Luzuriaga** declaro ser autora del Trabajo de Integración Curricular denominado: **Análisis de la representación de la maternidad en la obra *Distancia de rescate*, de Samanta Schweblin, desde el Ecofeminismo**, como requisito para optar por el título de **Licenciada en Pedagogía de la Lengua y Literatura**; autorizo al sistema Bibliotecario de la Universidad Nacional de Loja para que, con fines académicos, muestre la producción intelectual de la Universidad, a través de la visibilidad de su contenido de la siguiente manera en el Repositorio Institucional.

Los usuarios pueden consultar el contenido de este trabajo en el Repositorio Institucional, en las redes de información del país y del exterior con las cuales tenga convenio la Universidad.

La Universidad Nacional de Loja, no se responsabiliza por el plagio o copia del Trabajo de Integración Curricular que realice un tercero.

Para constancia de esta autorización, en la ciudad de Loja, a los dieciocho días del mes de diciembre de dos mil veinticuatro.

Firma



Autora: Nagelly Mercedes Cañar Luzuriaga

Cédula de identidad: 1104285885

Dirección: Sol de los andes

Correo electrónico: nagelly.canar@unl.edu.ec

Teléfono: 0987578289

DATOS COMPLEMENTARIOS:

Directora del Trabajo de Integración Curricular: Lic. Isis Fiorella Córdova Moscoso. Mg. Sc.

Dedicatoria

A mi hermana mayor, Jasmine, por su cuidado y constantes regaños. A mi hermanita menor, Erika, por siempre estar dispuesta a escuchar y comprender. A mis papás, por aceptar el camino que decidí tomar y ser mi sustento a pesar de la larga espera.

A mis amigos, por ser las personas más divertidas que he conocido y hacer cada momento más llevadero.

A Tamy por ser tan bonita y visitarme constantemente, aunque no soy su persona favorita.

A MXMCR, por ser un montón de fantasmas que no se han ido en todos estos años, que están en todos lados y siempre me acompañan. Y especialmente a SH, por darme absolutamente todo cuando sonrío y frunce el ceño al comer. 5:14.

Nada de esto hubiera sido posible sin su incondicional y a veces silencioso apoyo, el mérito es completamente suyo.

Nagelly Mercedes Cañar Luzuriaga

Agradecimiento

Agradezco profundamente a la Mgtr. Isis Fiorella Córdova por apoyarme continuamente, por confiar en mí. Por su invaluable guía durante todos los procesos necesarios para desarrollar el presente trabajo de investigación, y en especial, por su tiempo y dedicación. Los posibles frutos que este trabajo logre cosechar son resultado de su infundada fe.

De igual manera, a la Universidad Nacional de Loja, a quienes conforman la Facultad de la Educación, el Arte y la comunicación; especialmente a los docentes de la carrera de Pedagogía de la Lengua y Literatura por todas sus enseñanzas, comentarios y palabras de aliento. Son los docentes ideales para formar a los futuros profesionales de la educación.

Nagelly Mercedes Cañar Luzuriaga

Índice de contenidos

Portada	i
Certificación	ii
Autoría	iii
Carta de autorización	iii
Dedicatoria	v
Agradecimiento	vi
Índice de contenidos	vii
Índice de anexos	ix
1. Título	1
2. Resumen	2
Abstract.....	3
3. Introducción	4
4. Marco Teórico	9
4.1. La maternidad.....	9
4.1.1 <i>Epistemología de la maternidad</i>	9
4.2 El Ecofeminismo: epistemología del término.....	31
4.2.1 <i>El Ecofeminismo clásico</i>	34
4.2.2 <i>El Ecofeminismo esencialista</i>	36
4.2.3 <i>El Ecofeminismo espiritualista</i>	40
4.2.4 <i>El Ecofeminismo constructivista</i>	42
4.2.5 <i>El Ecofeminismo crítico</i>	45
4.3 El Ecofeminismo: una respuesta a la naturalización de la mujer.....	48
4.4 El Ecofeminismo: más allá del sesgo antropocéntrico.....	48
4.4.1 <i>El Ecofeminismo y los espacios eco-distópicos</i>	50
4.4.2 <i>El Ecofeminismo, una alternativa viable</i>	51
5. Metodología	53
5.1 Enfoque de investigación.....	53

5.2 Tipo de diseño	54
5.3 Conformación del corpus.....	54
5.4 Técnicas e instrumentos para la recolección de datos	57
6. Resultados	59
6.1 Estereotipos sobre la maternidad	59
6.1.1 La “buena” madre.....	59
6.1.2 La “mala” madre.....	65
6.2. Relaciones de cuidado	71
6.2.1. En situaciones seguras y de riesgo	71
6.3 Los espacios y los recursos naturales y su relación con el capitalismo.....	76
6.3.1 Espacios eco-distópicos	76
7. Discusión	90
8. Conclusiones	93
9. Recomendaciones	95
10. Bibliografía	96
11. Anexos	105

Índice de anexos:

Anexo 1. Instrumento de recolección de datos 105
Anexo 2. Certificado de la traducción del resumen 129

1. Título

Análisis de la representación de la maternidad en la obra *Distancia de rescate*, de Samanta Schweblin desde el Ecofeminismo

2. Resumen

La forma en que se representa a la maternidad ha sido influenciada por una variedad de discursos, ideas y eventos históricos que han moldeado las prácticas y comportamientos asociados con ella a lo largo del tiempo. En la actualidad, el Ecofeminismo ha abordado el impacto del medio ambiente en la manera en la que se entiende y se vive la maternidad. En este sentido, ha resultado relevante para la presente investigación plantear como objetivo general el análisis de la representación de la maternidad en la obra *Distancia de rescate*, de Samanta Schweblin desde el Ecofeminismo. Además, se ha planteado como objetivos específicos el poder identificar a los personajes femeninos y su representación en el espacio eco-distópico dentro de la obra y describir cómo la sobreexplotación de los recursos naturales y el sistema capitalista condicionan las relaciones de cuidado de las figuras femeninas. Para llevar a cabo este estudio se ha empleado un enfoque cualitativo con diseño documental. Así se ha recopilado y comparado numerosas investigaciones que estudian la maternidad como un fenómeno social complejo al igual que su evolución a través del tiempo. También se han podido contrastar las bases de la filosofía ecofeminista desde sus orígenes hasta el presente, considerando las ramas contemporáneas del movimiento. Con base en la revisión bibliográfica e investigación se evidencia que la forma en que se representa a la maternidad, el cuidado y la naturaleza en la novela están estrechamente relacionados con los postulados de la crítica ecofeminista. La contaminación derivada de la sobreexplotación de los recursos afecta a las protagonistas, a sus hijos y a los demás seres vivos debido a que convierte al medioambiente en un espacio eco-distópico e inhabitable.

Palabras clave. Maternidad, estereotipos, Ecofeminismo, novela contemporánea, contaminación.

Abstract

The representation of motherhood has been influenced by various discourses, ideas, and historical events over time. Currently, Ecofeminism has addressed how the environment impacts the understanding and experience of motherhood. Therefore, this research aims to analyze the representation of motherhood in the novel "Distancia de Rescate" by Samanta Schweblin from an Ecofeminist perspective. Specific objectives include identifying the female characters and their representation in the eco-dystopian space within the novel, as well as describing how the overexploitation of natural resources and the capitalist system influence the care relationships of female figures. This study uses a qualitative approach with a documentary design, compiling and comparing various investigations on motherhood as a complex social phenomenon and its evolution over time. The foundations of ecofeminist philosophy have also been contrasted from its origins to the present, considering the contemporary branches of the movement. The research shows that the representation of motherhood, care, and nature in the novel align closely with ecofeminist criticism. Pollution resulting from the overexploitation of resources affects the protagonists, their children, and other living beings, turning the environment into an eco-dystopian and uninhabitable space.

Keywords: Motherhood, stereotypes, Ecofeminism, contemporary novel, pollution.

3. Introducción

Según Badinter (1980), las funciones desempeñadas por el padre, madre e hijos están determinadas por los valores y necesidades predominantes en una sociedad dada. En este sentido, resulta complicado determinar cuándo se comenzó a otorgar un papel y rol específico en la estructura familiar a cada uno de sus miembros. Sin embargo, en la antigüedad, discursos como el de la religión católica y las ideas de Aristóteles afirmaban la superioridad del hombre sobre la mujer. Según el filósofo la mujer era, independientemente de su edad, esencialmente inferior al hombre, es decir, estaba por encima de la mujer y por esto podía y debía subyugarla. Desde la perspectiva de Aristóteles, la mujer era la materia, mientras que el hombre personificaba la forma. En consecuencia, su función era secundaria incluso al momento de la concepción (Aristóteles, trad. en 1988; Badinter, 1980). Ambas corrientes de pensamiento contribuyeron a la subyugación de la mujer ante su esposo; los hijos compartían una suerte similar, ya que tampoco tenían ni voz ni voto.

Así pues, la maternidad es el resultado de un antiguo pensamiento idealizante que la considera una disposición femenina, atribuyendo su origen a un “instinto natural” inherente a las mujeres. Este concepto se ha arraigado en el imaginario colectivo al punto de ser aceptado como un hecho incuestionable, ni siquiera por parte de las propias mujeres y madres. Por dicha razón, esta no ha sido analizada y estudiada como fenómeno sociológico y antropológico, mucho menos como un objeto de investigación, pues se supone que ha sido siempre igual (Palomar, 2004; Pimentel, 2014).

La figura de la madre parece haber sido históricamente ausente, es notable en lo poco recurrente que era en la literatura y el arte. Si bien es cierto, las primeras representaciones plásticas encontradas son figuras de mujeres embarazadas que datan del período Paleolítico, estas responden a la cosmovisión de la época, pues evocan fertilidad y protección. No obstante, más adelante, la mujer en gestación no estuvo presente durante varios siglos, ya que era vista como impura debido a su función reproductora (Castellanos, 2006). Irónicamente, la representación de la madre ejerciendo su labor de cuidado y protección es amplia dentro de la historia del arte. Durante la Ilustración en Europa se legitimó la relación entre la maternidad y la moral. Debido a esto, las obras que surgen más tarde le otorgan una imagen un tanto angelical (Rosero, 2019). Por otro lado, en la literatura, pese a su poca presencia en el pasado, la figura materna siempre estuvo ligada a la idea de la “buena madre”. Su presencia idealizada se remonta al siglo XVIII donde diversos escritos

comparan a la madre con la naturaleza debido a su fertilidad y capacidad de dar vida (Rosero, 2019; Knibiehler, 2001, como se citó en González, 2017).

La madre es mostrada desde otra perspectiva a partir de la segunda mitad del siglo XX; esto debido a la postura crítica sobre la construcción cultural del género que surgió gracias a la segunda ola del feminismo (Rosero, 2019). El movimiento feminista dio paso a que las mujeres comiencen a poner en duda los discursos que formaban parte del consciente colectivo acerca de sus propias conductas y prácticas, la maternidad fue una de estas. Simone De Beauvoir fue la primera feminista en cuestionar la maternidad a través de su libro *Le Deuxième Sexe* (1949), que se traduce como “El segundo sexo”. De Beauvoir negó la existencia del instinto maternal y situó las conductas consideradas maternas en el campo de la cultura (Saletti, 2008). Badinter (1980, como se citó en Saletti, 2008) llegó a una conclusión similar pues, desde su punto de vista, la maternidad no era una práctica innata de la mujer, sino un mito que dependía de las necesidades y prácticas de la época en una sociedad determinada. Pese a que las diversas ramificaciones del movimiento feminista ven desde diferentes perspectivas a la maternidad, como es el caso de algunas corrientes del Ecofeminismo, en su mayoría coinciden en que la maternidad se ha visto determinada por los roles de género influenciados por el patriarcado.

Desde la postura del Ecofeminismo, la autora Françoise d'Eaubonne ve la maternidad como un fenómeno que conlleva cargas y desventajas físicas y sociales para la mujer. Además, ve en este una vía por la cual se abusa de la mujer y sus capacidades reproductivas, puesto que no era y aún no es capaz de decidir sobre su propia salud reproductiva (Migliaro, 1974). Los discursos de la activista Vandana Shiva y María Mies (1993) asumen una proximidad entre la mujer y la naturaleza esencialista; esto implica, de cierta manera, que los valores ecológicos son un rasgo femenino. En consecuencia, se supone que las prácticas espirituales son una alternativa para comprender el mundo y habitarlo, ya que son opuestas al capitalismo patriarcal que tanto ha afectado la relación entre la humanidad y la naturaleza. Este discurso ha sido criticado por la filósofa Alicia Puelo (2000) debido a que propicia mitos que establecen una conexión entre la naturaleza y la fertilidad femenina (Rincón et al., 2017; Leff, 2004; Triana, 2016). En este debate convergen las ramificaciones del Ecofeminismo, por dicha razón se va a abordar esto con mayor detenimiento más adelante.

Por ahora es posible decir que ambos campos se complementan entre sí y hacen posible entender más detalladamente las relaciones entre la humanidad, la naturaleza y la cultura desde

diferentes perspectivas. De esta manera, gran parte de los análisis de la obra de Schwebelin se han enfocado únicamente en el papel del medio ambiente, dejando de lado la perspectiva de género, aun cuando es claro que resulta crucial para la historia.

En el siglo XVI la literatura, la teología, la filosofía y las prácticas educativas dieron razón de una ideología familiar en la que el niño tenía un papel irrelevante en el mejor de los escenarios y si es que su presencia no resultaba ser una carga. Los discursos de la iglesia, de aquel entonces, y hasta la actualidad, han interferido en la forma en que era concebido otro miembro de la familia. No solo miembros de la iglesia católica como San Agustín se encargaron de propagar este tipo de ideas, también pensadores de la época como Descartes, veían en la infancia debilidad de espíritu y, por tanto, buscaron influir en el pensamiento colectivo (Badinter, 1980). Pese a que los dos ejemplos mencionados anteriormente son un tanto escuetos para describir dicho escenario, son suficientes si se quiere evidenciar parte del origen del pensamiento de la época.

La crianza de los hijos no era considerada una prioridad, ni siquiera era contemplada como una obligación de los progenitores y esto respondía a diversas causas. Los progenitores descuidaban a sus niños incluso en sus primeros meses de vida. Dentro del consciente colectivo aún no había cobrado relevancia el cuidado de los infantes, independientemente de su edad. Muchas veces estos eran enviados con nodrizas sin mucho cuestionamiento ni control. Tampoco se trataba de una decisión tomada como último recurso, pues era muy común que familias acomodadas accedieran a los servicios de las nodrizas, aun teniendo todo lo necesario para criar a sus niños. Irónicamente, las familias de campesinos eran las que más se inclinaban a encargarse del cuidado de sus hijos; esto se daba cuando la madre podía cubrir al menos algunas de las necesidades de su recién nacido.

Como puede verse, existe una compleja conexión entre la maternidad y la sociedad patriarcal. La representación de la maternidad, como la historia, ha comprobado que está atravesada por diversos discursos, ideas y sucesos que han determinado prácticas y acciones de la misma que se han mantenido vigentes. Pese a que distintas corrientes de pensamiento, como el feminismo y todas sus vertientes, se han encargado de estudiar a la maternidad desde diversas perspectivas para denunciar múltiples injusticias hacia la mujer, aún no se ha generado el impacto necesario para generar un cambio. En la actualidad, el Ecofeminismo también considera al medioambiente como otra variable que influencia cómo se lleva a cabo la maternidad, como se concibe. En este sentido, resulta importante poder observar cómo se da esta representación en las obras literarias

considerando que, al fin y al cabo, la literatura también aporta a la visibilización de la crítica social y ecológica de las maternidades.

En este sentido, el presente estudio se justifica debido al escaso análisis de la obra *Distancia de rescate*, de la escritora Samanta Schweblin desde las premisas del movimiento ecofeminista. La mayoría de las investigaciones que han tomado como material de estudio a la novela se realizaron tomando a partir de la teoría ecocrítica (Tufek, 2012; Zhang, 2023) y la maternidad desde diversos enfoques como lo fantástico y el horror (Forttes, 2018; Trejo, 2018; Vargas, 2022). Es necesario mencionar que, mientras que la ecocrítica se encarga de analizar la representación de la naturaleza en un determinado texto mediante conceptos o categorías (Glotfelty y Fromm 1996, como se citó en Balarezo, 2022), el Ecofeminismo es un movimiento y una corriente de pensamiento que integra el feminismo y ecologismo por lo que se enfoca en la dominación patriarcal hacia la naturaleza como raíz de un mismo problema (Valero, 2018). Por otro lado, las investigaciones más próximas a las corrientes de estudio tomadas para llevar a cabo el presente proyecto tienen como base teórica el feminismo (Espinoza, 2022) y el Ecofeminismo desde lo gótico (Kjemphol, 2021). Los estudios señalados abordan la maternidad, pero dejan de lado la teoría ecofeminista. Teniendo en cuenta lo mencionado anteriormente, es evidente que aún no se ha estudiado la maternidad, en la novela *Distancia de rescate*, como un fenómeno social desde la filosofía ecofeminista.

Esta novela expone crítica social y ecológica a través de la representación de la maternidad y la relación entre la mujer y la naturaleza. Desde la teoría ecofeminista, se puede analizar cómo el medioambiente se ha convertido en un espacio tóxico y prácticamente inhabitable para las personas que viven en la zona rural argentina dentro de la novela. Esto ha ocurrido debido a la sobreexplotación, lo que ha llevado a la contaminación de los recursos naturales como el agua, el suelo y los cultivos. Por consiguiente, se pone especial énfasis en la relación madre e hijo, pues la maternidad es el tema más relevante de la novela. Además, es posible indagar por qué la mujer y sus hijos son los más afectados ante este tipo de situaciones y cómo esto guarda relación con los roles de género, la división de responsabilidades dentro de la crianza y los estereotipos acerca de la maternidad. Paralelamente, se busca examinar cómo la maternidad, y por consiguiente las relaciones de cuidado, se ven determinadas por el medio que habitan las figuras femeninas y los infantes a causa de un sistema patriarcal y capitalista que ha deshumanizado a la mujer y ha abusado indiscriminadamente del medio ambiente.

Es así como, para llevar a cabo la presente investigación, se ha planteado la siguiente interrogante: ¿de qué manera se relaciona la representación de la maternidad en *Distancia de rescate*, de Samanta Schweblin, con la crítica ecofeminista? Mediante la pregunta de investigación formulada se tiene como objetivo general: Analizar la representación de la maternidad en la obra *Distancia de rescate*, de Samanta Schweblin desde el Ecofeminismo. Dentro de los objetivos específicos, se tienen dos: Identificar a los personajes femeninos y su representación en el espacio eco-distópico dentro de la obra; Describir cómo la sobreexplotación de los recursos naturales y el sistema capitalista condicionan las relaciones de cuidado de las figuras femeninas en la obra.

Al examinar la representación de la maternidad en *Distancia de rescate*, se busca determinar cómo la obra crea crítica social sobre la crisis ecológica desde una perspectiva ecofeminista. Asimismo, se pretende contribuir al creciente cuerpo de literatura académica que explora la intersección entre la literatura, el género y el medio ambiente, al mismo tiempo que ofrece una nueva perspectiva sobre una obra literaria relevante en la literatura latinoamericana.

4. Marco Teórico

El presente apartado está compuesto por varios momentos; en primer lugar, se realiza una detallada revisión teórica de lo que significa la maternidad tanto a nivel sociológico, como su representación en la literatura. Paralelamente, también se explora la teoría del Ecofeminismo, sus diferentes ramificaciones y cómo éstas discrepan y convergen entre sí. A continuación, este movimiento establece la correspondencia entre el capitalismo patriarcal, la explotación indiscriminada de los recursos naturales y la subordinación de la mujer.

4.1. La maternidad

Resulta complejo brindar una definición que describa de manera eficiente a este fenómeno por todo aquello que implica, esto a su vez está relacionado con el hecho de que el concepto de maternidad ha ido cambiando con el paso del tiempo e inevitablemente continuará modificándose. En virtud de esto, se podría decir que el fenómeno nombrado es una construcción cultural determinado por normas y reglas que responden a las necesidades y requerimientos de una sociedad dada en un momento histórico o época en específico; dicho así, no se trata de un hecho natural ni mucho menos innato de la mujer (Badinter, 1980). Este se encuentra compuesto por varias creencias, discursos y prácticas sociales que forman un imaginario tan complejo como poderoso que está sustentado mediante dos elementos: el instinto materno y el amor maternal. Así también, debido a que se considera que la mujer posee biológicamente características que los garantizan, se ve a la maternidad como algo que no posee ninguna relación con el contexto histórico y cultural (Palomar, 2005).

Ahora bien, muchas de las prácticas que se cree que son propias de la maternidad responden a su vez a los roles y estereotipos de género que han sido impuestos a lo largo de los siglos por quien ha ejercido el poder en un momento dado. En este sentido, hablar de maternidad requiere de una revisión epistemológica del término a fin de poder contemplar cómo ha ido evolucionando hasta nuestros días.

4.1.1 *Epistemología de la maternidad*

Durante la Edad Media, específicamente entre los siglos IX y XIV en Europa, los discursos acerca de la maternidad disponían que la madre debía engendrar tantos hijos como le fuera posible a lo largo de su vida. El papel de la madre en la crianza de sus hijos no parecía ir más allá de encargarse de amamantarlos durante los primeros meses de vida, si es que así lo deseaba, mientras el padre se encargaba de educar en valores y principios morales (Molina, 2006). La principal razón

por la que se le exigía a la mujer dar a luz en múltiples ocasiones era debido a la alta probabilidad de que el recién nacido o la madre murieran durante o luego del parto. Esto condicionaba y también daba una explicación a la falta de apego sentimental por parte de las madres hacia su descendencia. Según Castellanos (2006), las ideas y actitudes hacia la maternidad recibieron influjo de las realidades políticas y socioeconómicas de la religión. No obstante, el desapego no solo era materno, también tendía a ser paterno, pues cuando ella moría durante el parto, el padre no asumía la crianza del neonato, solo se encargaba de proveer una manutención a algún familiar cercano de la madre para que se haga cargo del recién nacido (Pimentel, 2014).

En el siglo XVI, de acuerdo con la literatura, la filosofía y las prácticas educativas, la sociedad europea veía al niño como insignificante o como un estorbo. Los discursos que más influyeron en esta visión fueron los de San Agustín, que veía en el niño un pecador desde el momento de su concepción; así también, veía en los infantes imperfección y un espíritu débil. Estas ideas contribuyeron y alentaron a los padres a ser indiferentes con sus hijos, a verlos como una molestia, especialmente durante los primeros meses de vida. Todos los cuidados que requería un neonato representaban un sacrificio que los padres no estaban dispuestos ni obligados a hacer. El rechazo al cuidado de los niños y nulo interés en su crianza se veía reflejado en varias acciones que resultarían inaceptables en la actualidad, pero eran aceptadas en la época como la negativa, por parte de la madre, a darle pecho al recién nacido, por lo que existía en la época una alta demanda de nodrizas y la indiferencia ante la muerte de un infante (Badinter, 1980). Por supuesto, también estaban las condiciones de extrema pobreza en la que vivían los padres; cuando esto ocurría, la supervivencia de los infantes se volvía más complicada (Castellanos, 2006).

La lactancia resultaba clave para la salud del neonato, el simple hecho de que un bebé se alimentara con leche materna durante los primeros meses de vida le daba más posibilidades de sobrevivir. Aún así, la demanda de nodrizas fue incrementando exponencialmente; pasó de ser una práctica exclusiva de las familias aristocráticas a ser una opción para personas de las otras clases sociales. Había diversas razones por las cuales una madre no amamantaba a su hijo recién nacido; para algunos padres resultaba más económico y práctico darle su hijo a una nodriza para que se encargue de él. No obstante, también había padres que simplemente no querían criar a sus hijos (Badinter, 1980). Esta alta demanda dio como resultado a las “nodrizas mercenarias”. Badinter (1980) denomina así a aquellas mujeres a quienes se les entregaba a los niños casi tan pronto como nacían para que se encarguen de su cuidado; irónicamente, muy pocas veces velaban por el

bienestar de dichos bebés. Sumado a esto, los padres no se interesaban por verificar las condiciones en las que vivían sus hijos; en ocasiones, ni siquiera tenían la iniciativa de visitarlos durante los primeros años de vida. Cuando iban a buscar a su hijo, la nodriza, en el mejor de los casos, se los devolvía enfermo o gozando de poca salud. En el peor de los escenarios, el niño habría muerto hace tiempo.

Según Shorter (s.f., como se citó en Badinter, 1980), a los padres que podían solventar los gastos y contaban con el tiempo suficiente para hacerse cargo de sus hijos, les fallaba el amor maternal debido a la actitud de la comunidad que tenía el bienestar del infante en segundo plano, priorizando otras actividades como el mantener en pie a una granja y ayudar en su trabajo al esposo. El casi nulo apego hacia los niños hacía que su muerte no se concibiera como un hecho desgarrador para los progenitores, esto paulatinamente generó desinterés (Castellanos, 2006). En los registros, muchos se limitaban a decir que su hijo murió sin dar muchos detalles; tampoco había lápidas en el lugar donde se encontraban las tumbas (Ariès, 1962; Shorter, 1977; Stone, 1977, como se citó en Hays, 1998). Mostrar tristeza ante dicha pérdida no era común, por el contrario, pasar por un duelo luego de esto era lo que resultaba inusual. Esta falta de apego también pudo estar condicionada por las características demoníacas que se les atribuía a los niños, aunque los padres hubieran sentido cariño hacia sus hijos, no lo mostraban abiertamente (Ariès, 1962, como se citó en Hays, 1998). La cantidad vertiginosamente alta de mortalidad infantil no era la raíz del desinterés de los padres, sino que debido a que no les daban la importancia necesaria a sus hijos es que morían tantos niños (Badinter, 1980).

En Latinoamérica, en la llamada maternidad de la colonia, el honor estuvo muy por encima del afecto hacia los recién nacidos. La honra era tan importante que las mujeres de familias acomodadas que resultaban embarazadas fuera del matrimonio dejaban a sus hijos en orfanatos o al cuidado de algún conocido con tal de no ser vistas como madres solteras. No les interesaba el bienestar de los infantes como les importaba mantener intacta su honra. El niño podía salir de su abandono y ser reconocido como hijo legítimo sólo si esto traía algún beneficio a sus padres, de lo contrario era dejado de lado. Esto se daba debido a que los hijos ilegítimos no poseían los mismos derechos que su contraparte. El título de hijo legítimo les aseguraba a los padres que su descendencia pudiera seguir ocupando cargos públicos relevantes como clérigos o militares. Además, el hecho de contar con descendientes les aseguraba un patrimonio que podían emplear en el mercado matrimonial, laboral o de la prostitución (Pimentel, 2014).

En el siglo XIX el honor aún se debía proteger a toda costa; los embarazos fuera del matrimonio llevaban a las familias a buscar cualquier medio para inducir un aborto, ya sea a través de violencia o trabajos físicos extenuantes. Las madres de hijas “deshonradas” y ellas mismas no dudaban en recurrir al infanticidio si eso escondía la transgresión y mantenía a salvo al honor de la mujer ultrajada y su familia (Castellanos, 2006). Por más inhumana y antinatural que resulte, dicha práctica era muy común pues las madres preferían la muerte del neonato al castigo social que conllevaba tener un hijo “bastardo”. Durante esta época, debido a la influencia de las ideas de la iglesia católica y los médicos, se hizo un llamado a las madres para que amamantaran a sus niños. Esta forma de alimentación se sustentaba en que la madre era como las hembras de la naturaleza. Si bien es cierto esta práctica era usual entre las madres, las mujeres adineradas, aun si contaban con todo lo necesario, preferían buscar una nodriza que se encargara de alimentar y cuidar a sus hijos durante sus primeros meses de vida (Pimentel, 2014). Mientras tanto, en el siglo XX la lactancia materna seguía teniendo mucha relevancia, pues se recurría a diversas prácticas y tratamientos para inducir el amamantamiento de manera “natural” en las madres que no producían leche materna. Se aplicaba dichos tratamientos en los pezones de las mujeres que trataban de generar excitación y, en consecuencia, la secreción de leche. Resulta curioso cómo la lactancia, pese a ser natural, debía ser inducida, por el medio que fuera, en algunos casos (Pimentel, 2014).

Varios discursos debieron perpetuarse con el pasar del tiempo hasta llegar a formar parte del consciente colectivo para que, finalmente, cambie la forma de ejercer la crianza de los niños, las prácticas socialmente aceptadas para cuidar de un hijo y la manera de concebir la maternidad. En la actualidad, las mujeres son más conscientes de la responsabilidad y compromiso que conlleva tener hijos; se cuestionan más sobre si desean concebir o no. Esto ha hecho que la crianza respetuosa esté en pleno auge, pues se ve a los infantes como individuos que merecen y deben crecer en las mejores condiciones posibles. Pese a seguir arrastrando prácticas y costumbres como la violencia física y verbal durante la crianza y aunque aún exista el mito del “instinto materno” y “el amor maternal”, cada día son más las mujeres que saben que no están obligadas a ser madres por el simple hecho de ser mujeres. Las madres ya no se sienten “malas madres” por no amamantar, por dedicarse tiempo a sí mismas o delegar más responsabilidades de crianza al padre.

4.1.1.1 El Nacimiento de la Maternidad. El cambio respecto a lo que representaba la feminidad y maternidad responde a diversos sucesos. Federici (2010) menciona que fue necesario un largo proceso de degradación social hacia las mujeres durante los siglos XVI y XVII para que

estas se vieran obligadas a ser madres. La exclusión de las mujeres del espacio laboral hizo que las actividades femeninas no fueran percibidas como trabajo, esto no solo devaluó su mano de obra, sino también las obligó a depender económicamente de los hombres. Más tarde se les quitó autonomía por el medio legal; no podían vivir solas ni administrar sus propios bienes por ellas mismas. El último suceso, y a su vez el que más impacto tuvo, fue la caza de brujas, pues acabó con una infinidad de prácticas femeninas y la condición necesaria para su resistencia ante el feudalismo. Federici (2010) menciona que “a partir de esta derrota surgió un nuevo modelo de feminidad: la mujer y esposa ideal” (p. 157).

El rol de la madre experimentó un cambio notable a partir de 1760, pues surgieron múltiples publicaciones que se encargaron de convencer a las madres de cuidar a sus hijos ellas mismas, poniendo especial énfasis en que debían darles pecho. Citando a la historiadora francesa Badinter (1980) a las mujeres les crearon la concepción de ser madres, ante todo, de modo que engendraron “un mito que doscientos años más tarde seguiría más vivo que nunca: el mito del instinto maternal, del amor espontáneo de toda madre hacia su hijo” (p. 117). Esta nueva manera de concebir la maternidad cobró fuerza por la forma en que se exaltaba el amor maternal como valor natural y social, pues se empezó a percibir como favorable para la especie y también para la sociedad. Pese a que las escritoras no le adjudiquen el surgimiento del mito del amor incondicional de una madre hacia sus hijos, es claro que se trata de algo impuesto mediante presión social.

De acuerdo con varias investigaciones como las de Badinter (1980) y Oiberman (2005) fueron necesarios múltiples discursos para que las mujeres estuvieran dispuestas a amamantar y criar a sus hijos, sin embargo, se abordan los tres más influyentes en su momento: el discurso económico, el filosófico y el médico. Donath (2016) considera que estas ideas no solo moldearon la estructura del “amor materno”, sino que también sirvieron para disciplinar a las mujeres. Si antes la sociedad veía a los niños como insignificantes, esta percepción cambió rápidamente cuando se creó conciencia sobre el papel que desempeñaba la población para una nación. Se cree que este repentino interés surgió, entonces, como resultado del nacimiento de la demografía. La tasa de mortalidad no señalaba la inminente extinción de la población francesa, pero fue más que suficiente para que la población lo viera como una amenaza y los pensadores Montesquieu (1748), Voltaire (1756) y Rousseau (1762) trataran de dar salida a dicho problema. Los funcionarios de Estado tomaron medidas humanitarias como instruir mejor a las comadronas y el interés por reducir la mortalidad durante los primeros meses de vida se tornó económico ya que les preocupaba cómo

dichas muertes podrían repercutir en la producción en general (Badinter, 1980). Los economistas aseguraban que la riqueza se construía dependiendo de la cantidad y calidad de sus habitantes. Por esta razón, a finales del siglo XVIII, el niño pasó a poseer un valor de mercancía, ya no era visto como un estorbo, sino como riqueza económica.

Aunado a esto, el Estado vio en su población no solo la capacidad de producir riquezas, sino también la garantía de poseer mayor poder militar, entre más grande fuera la cantidad de habitantes. Esto contribuyó a que la mujer perdiera, aún más, la capacidad de decidir sobre su propia reproducción. Según Federici (2010) el Estado tomó control por completo de la salud reproductiva de las mujeres condenando el aborto y la anticoncepción, de esta forma “llevó a reducir el útero a una máquina de producción de trabajo” (p. 199). La subsistencia de los niños que más tarde serían ciudadanos al servicio del Estado también contribuyó a la creación del mito del instinto materno porque la imagen de la maternidad intensiva, al igual que la imagen de los hijos como capitales económicos, son un modelo cultural construido históricamente para garantizar una adecuada atención de los niños (Hays, 1998). Por consiguiente, se llegó a una conclusión: era mejor emplear medidas que aseguraran la supervivencia de los niños, incluso de aquellos que eran abandonados a su suerte. Se tomaron medidas que disminuyeron la alta tasa de mortalidad en niños, pero dicho descenso fue mínimo. Debido a que todos los discursos poblacionistas de economistas estaban dirigidos a los padres, puesto que a ellos se los consideraba responsables de la familia. Las madres aún no estaban dispuestas a cargar con todo el peso de criar a sus hijos; se ignoraba que únicamente ellas, a través de múltiples cuidados, podían mantener con vida a los niños (Badinter, 1980).

La filosofía de las Luces fue la pieza que faltaba para que muchas mujeres se entreguen de lleno a ejercer su maternidad en cuerpo y alma. Pese a que esta corriente promovió la igualdad y libertad entre los humanos y, en consecuencia, ayudó a desestabilizar el poder absoluto del padre, Rousseau (1762) fue quien más influyó durante un tiempo considerable. Según él, la mujer era un individuo relativo que se debía definir en relación con el hombre; esta se encontraba limitada y determinada únicamente por su función como esposa y madre (Badinter, 1980). Rousseau fue, probablemente, uno de los pensadores de la época que más idealizó el amor materno. Mediante su libro *Emilio* (1762) expuso muchas de sus ideas y pensamientos acerca de la maternidad; predicaba la importancia de la lactancia materna debido a que creía que el contacto que conllevaba daba como resultado un vínculo afectivo entre la madre y el hijo. Rousseau (1762) aseguraba que una madre

que amamantara se ganaría la estima y respeto del público y que sería un ejemplo para sus hijas y demás niñas. Durante el Siglo de las Luces, tanto la dimensión carnal y espiritual de la maternidad se juntaron para así formar el modelo de buena madre, subyugada a la voluntad del padre y donde la función como madre terminó por absorber la individualidad de la mujer (Oiberman, 2005).

Además, Oiberman (2005) explica que los médicos fueron los principales responsables de establecer el dogma de que todo niño que fuese concebido debía vivir en las mejores condiciones posibles. Muchas de estas sugerencias respecto al cuidado de los niños escalaron rápidamente a amenazas. Algunos médicos afirmaban que si una madre se negaba a alimentar a su hijo podía correr el riesgo de morir. La lista de posibles padecimientos debido a la intención de detener la producción de leche materna o la decisión de no dar de lactar era larga; afectaciones crónicas a las glándulas mamarias, afecciones al útero, cáncer de mama, hemorragias nasales, hemoptisis e incluso la muerte repentina. Aunque muchas de las enfermedades no tenían ningún fundamento ni siquiera pseudocientífico, funcionaban muy bien para propagar miedo entre las lectoras (Badinter, 1980).

Asociado a esto, y como si las posibles enfermedades no inspiraran el suficiente temor en la población femenina, surgió la condena moral. Los doctores decían que la madre que se negara a dar de lactar a su hijo daba pruebas de depravación y merecía una condena sin derecho a apelación. Aquella mujer que ya fuera esposa y madre, además, debía privarse de cualquier tipo de placer o interés, de lo contrario tendría que enfrentar las consecuencias. Estas ideas no solo hicieron que las mujeres se vieran obligadas a asumir el papel de madre y esposa antes que sus propios intereses; también pusieron más responsabilidades sobre sus hombros al dejar la supervivencia y futura salud de los hijos en sus manos, incluso ante la irresponsabilidad del padre, la culpa caía sobre la madre por ser mala (Badinter, 1980). Esta división dispareja de responsabilidades en la crianza de niños se mantuvo a lo largo del tiempo, provocando que los padres se ausentaran por completo de los dilemas domésticos, pues “en la historia del hogar ellos siempre delegaron su cuidado a la madre” (Meruane, 2018, p. 134). En consecuencia, las madres aceptaron no contar con su ayuda; cuando la pedían, lo hacían como si se tratara de un favor en lugar de un reclamo para que cumplan con una responsabilidad que también les competía. En otros casos, las madres renunciaron a esa ayuda cuando notaron que no tenían la competencia o voluntad necesaria para realizar las labores del hogar. De esta manera, el padre fue eximido de los quehaceres domésticos y algunos lo continúan siendo (Meruane, 2018). Donath (2016) considera que esta paternidad existe, pero al mismo tiempo

no. Esto se da porque, aunque estos compartan el mismo espacio que sus hijos, no están del todo presentes y no se involucran como las madres.

Es así como se puede reafirmar que, allí donde hay maternidad, no necesariamente hay instinto materno, ni deseo por serlo. Muchas veces se trata del cumplimiento de un mandato social. Debido a esto es que la maternidad no ha sido comprendida ni practicada de igual forma a lo largo de la historia, sino que ha dependido de diversos factores tanto sociales como culturales (Pimentel, 2014). En consecuencia, también se han formado estereotipos sobre la maternidad y las acciones que se esperan de las madres. A continuación, se revisan los dos estereotipos que han cobrado más relevancia.

4.1.1.2 Las “Buenas” y “Malas” Madres. De acuerdo con Badinter (1980), a pesar del impacto que causaron los discursos a favor de la maternidad, el cambio no se dio de la noche a la mañana; la gran mayoría de las mujeres aún no estaban dispuestas a pagar el alto precio de ser madres. La nueva imagen de la madre se terminó de concretar a partir del siglo XVIII y, para que esto fuera posible, hubo varios puntos clave. El primer cambio hacia la madre modelo fue que esta aceptó voluntariamente darle pecho a su hijo, asumiendo así la completa responsabilidad de su cuidado. Más tarde prácticamente se prohibió que el bebé use faja, pues se decía que así crecería con mayor libertad y se le pidió a la madre que ponga especial cuidado en la alimentación e higiene de sus hijos (Stone, 1997, como se citó en Hays, 1998). Vale recalcar que todas estas prácticas vinieron de las recomendaciones de Rousseau (1762). Como si la carga no fuera lo suficiente extenuante, la nueva madre se volvió completamente responsable de la salud del neonato; los médicos incluso llegaron a considerar sus aliadas a las madres, de manera que la vigilancia materna se extendió sin límites y debía darse día y noche independientemente de si el niño estaba enfermo o no.

De esta manera, la supervivencia y también la futura salud del niño se volvió completamente una responsabilidad de la madre. Culpar a la madre e infundir este sentimiento en su inconsciente fue el siguiente paso (Badinter, 1980). Cuando la mujer no podía asumir dicha tarea adecuadamente o no lo hacía como debía, inevitablemente se sentiría culpable. Este sentimiento pasaría de manifestarse ante el malestar del hijo a surgir debido a aspectos más generales de su vida y a lo largo de su crecimiento. Al respecto, Rich (2019) argumenta que “es ella la única que se siente responsable de la salud de sus hijos, de las ropas que llevan, de su comportamiento en la escuela, su inteligencia y su evolución general” (pp. 100-101). Este peso acompaña a todas las madres,

incluso si la mujer es la encargada de sostener a la familia por sí sola, enfrentan la culpabilidad de dejar a los hijos al cuidado de otros. La autora menciona que, aunque se trate de aspectos fuera de su control como la contaminación, el racismo, componentes tóxicos, para la sociedad la madre es la principal y única que debe hacerse responsable y soportar el peso de la culpabilidad (Rich, 2019).

Como ya se mencionó, las ideas y prácticas sobre la maternidad cambian dependiendo del momento histórico y la sociedad. Un ejemplo de esto es la forma en que se convenció a las mujeres de ser madres hace aproximadamente un siglo. Durante el siglo XIX se creía que la felicidad femenina se obtenía únicamente mediante el sacrificio maternal, la abnegación y absoluta entrega a los hijos, pues se consideraba a estas virtudes innatas de la mujer. De acuerdo con Donath (2016) esto también se vio respaldado por un cambio en la percepción social del amor maternal, de manera que ahora este se volvió un hecho distinto y estructurado que estuvo más sujeto a la supervisión que antes. Dar a luz ya no era suficiente para que una mujer fuera considerada madre; se esperaba que cuide, proteja y eduque con dedicación, paciencia y mucho amor. Si es que la madre no estaba dispuesta a realizar dichas acciones, se usaba la moral para ordenarle que se sacrificara (Badinter, 1980). Es decir, de acuerdo con la lógica de la ideología de esa época sobre la crianza infantil, la madre ideal debía demostrar cariño incondicional hacia el niño, asegurarse de mantener su propia moral y usar los métodos adecuados para imbuir una buena virtud a su hijo (Hays, 1998).

Por consiguiente, a los ojos de la sociedad, la nueva madre o la madre ideal debía poseer instinto materno del que derivan virtudes como la paciencia, tolerancia, capacidad de cuidar, consolar, atender, proteger, sacrificarse, etc. Acorde con Badinter (1980) la abnegación de la madre “se define (...) inicialmente por su capacidad para preocuparse de su hijo excluyendo cualquier otro interés” (p. 169). A su vez, también se espera que las “buenas madres” quieran indistintamente a todos sus hijos sin ninguna objeción ni condición y, si se enfrenta a adversidades, se disponga a gozar del sufrimiento causado por su situación, ya que los tormentos “son algo necesario e inevitable en el transcurso de la vida de las madres” (Donath, 2016, p. 34).

La larga lista de requisitos que debería tener una madre es lo que hace que se pueda distinguir entre dos tipos de madres: las buenas y las malas. Ambas surgen dependiendo de qué tan cerca o lejos se encuentren del estereotipo de la madre ideal, es decir, los mandatos sociales que dan razón de lo que significa ser una “buena madre” producen, al mismo tiempo, lo que conlleva ser una “mala madre” (Palomar, 2004). La convivencia entre la madre y sus hijos es uno de los criterios que más peso tiene al momento de distinguir entre ambas de manera que, una de ellas, la

“mala” madre, emplea mucho menos tiempo con sus descendientes (Badinter, 1980). Las madres que cargan con el estigma de ser “malas” no son juzgadas solamente por aquello que hacen o dejan de hacer, sino también debido a las circunstancias en que mantienen su relación materno filial. Esta imagen establecida socialmente va más allá de las acciones o de la identidad de las progenitoras, impacta también en su bienestar emocional. Aquellas que experimentan y expresan dificultades o ira, desilusión y frustración suelen ser etiquetadas como "mujeres con problemas" que no pueden cumplir con lo que se considera su "verdadero destino" (Donath, 2016). En este sentido, Orna Donath (2016) sostiene que, colectivamente, la maternidad puede ser para las mujeres una relación que inspira alegría, amor, orgullo y realización como ningún otro vínculo; paralelamente, esta relación puede ser la causante de un cúmulo de tensiones, frustración, culpa, ira, hostilidad y desilusión.

Sin embargo, dentro del imaginario colectivo aún se espera que “experiencias de mujeres de carne y hueso no destruyan la imagen mítica de la madre por excelencia” (p. 5) y debido a esto aún se espera que la maternidad pudiera causar sentimientos como el arrepentimiento. Socialmente no se concibe que una madre se lamente abiertamente de haberlo sido, pues expresar arrepentimiento hacia la maternidad se percibe como una transgresión evidente de las normas emocionales maternas (Donath, 2016). Los sentimientos negativos sobre la maternidad son inconcebibles; el arrepentimiento es uno de ellos, en tanto que se vincula a la ausencia de amor maternal y supuestamente no es posible que exista con el amor de madre (Donath, 2016).

De acuerdo con Donath (2016) “la fuerza del aspecto afectivo del modelo de maternidad exigente reside en el hecho de que las propias madres lo tienen interiorizado” (p. 35). De manera similar, Castellanos (2006) afirma que, debido a los siglos de ideología sobre el sacrificio y abnegación materna, las mujeres son más propensas a recurrir a la crianza intensiva para lograr el bienestar de sus hijos e hijas. Por consiguiente, la idea de que la mujer como madre es sagrada, pura, asexual y que la maternidad es su única justificación en la vida se ha “arraigado profundamente en las mujeres, incluso entre las más independientes, entre las que parecen llevar vidas más libres” (Rich, 2019, p. 79). Debido a que la creencia extendida e impuesta de una “buena” maternidad está muy presente en el imaginario colectivo femenino, esto puede resultar en que las mujeres cuestionen a otras madres por su manera de criar a sus hijos. Estas madres, que no obran de acuerdo con lo que se les impone, pueden verse tildadas no solo por otras mujeres, sino por ellas mismas, al mirarse como madres incompetentes (Donath, 2016). La madre “perfecta” que se dedica

exclusivamente a cuidar a sus hijos puede llegar a ver como "mala madre" a aquella mujer que se desenvuelve en otros ámbitos como el laboral, que no involucran a la maternidad, considerando que "asumió, egoístamente 'otras opciones' que la apartan de su rol esencial" (Meruane, 2018, p. 102).

El adoctrinamiento moral y presión por parte de la sociedad que experimentaron las madres se convirtió en tener que asumir la responsabilidad de todo lo negativo que ocurra durante la crianza y escaló hasta la autculpa, incluso ante lo inevitable. El deseo de cumplir con los requerimientos para ser una "buena" madre viene de evitar que su condición de madre e incluso como mujer sea puesta en duda, si es que llega a fallar a sus hijos (Rich, 2019). Donath (2016) argumenta que a las mujeres se les dicta desde el punto de vista social como deben relacionarse con sus hijos no solo para ser consideradas buenas mujeres y madres, sino también para ser vistas como personas morales. Las mujeres que renuncian a esa imagen corren el riesgo de destruir su imagen ante los demás.

En consecuencia, dentro de los estereotipos de "buena" y "mala" madre no hay cabida para una madre diferente, para aquella que no cumple con ninguno de ambos arquetipos. Meruane (2018) habla de la madre "relajada" como aquella que está dividida entre su trabajo y su hijo. La autora la describe como aquella progenitora para la cual el hijo es una parte importante de su vida, pero definitivamente no es el centro de esta, ni es la razón por la cual debería sacrificar su individualidad. Esta madre ha llegado a "aceptar ser simple y sencillamente una persona humana" (Meruane, 2018, p. 112). Es decir, es consciente de sus propias limitaciones con respecto a la crianza de su hijo y no tiene la intención de atormentarse por estas. Al no cumplir con ningún estereotipo tiene que sobrellevar la condena social que conlleva su forma de criar a sus hijos, el agravio que comete al despreciar la idea de la "buena" madre, ese es el precio que debe pagar por su osadía.

Los arquetipos embellecidos de la maternidad, especialmente el del "ángel del hogar", se han mantenido vigentes con el pasar del tiempo en parte, como ya se mencionó, debido a que las propias mujeres han contribuido a que se mantenga y propague esta imagen (Meruane, 2018). Esto, sumado a la presión por ser una "buena" madre, hizo que muchas mujeres se sientan en la obligación de serlo, incluso si no lo deseaban en lo absoluto. Debido a esto, experimentaron frustración y culpa mientras criaban a sus niños; esto pudo desencadenar la desdicha que más tarde se convertiría en neurosis donde, el mejor de los casos, esto dé como resultado a una "mala madre"

(Badinter, 1980). Estas mujeres se caracterizan por no seguir los ideales de la maternidad que se han construido socialmente. Ellas no cumplen con los criterios para ser una “buena madre”, no tienen instinto materno, no se sacrifican ni entregan su vida por sus hijos. Las “malas madres” han sido y son señaladas, penalizadas y estigmatizadas bajo la creencia de que contradicen a la supuesta “naturaleza” de todas las mujeres al no desear ser madres y al no saber hacerlo “bien” (Palomar, 2004).

A pesar de esto, no se ve a las “malas madres” como mujeres que son madres, incluso sin querer serlo o estando obligadas a criar sus hijos en medio de carencias y sin apoyo emocional o económico. No se contempla todo el espectro de factores que influyen al momento de que una mujer ejerza la maternidad, que la manera en que una mujer viva este proceso depende, entre muchos otros factores, de la capacidad de cada mujer de balancear los aspectos positivos y negativos que conlleva (Donath, 2016). Badinter (1980) habla sobre la falta de amor hacia los hijos y el mito de la maternidad, asegurando que “el amor maternal es solo un sentimiento, y como tal es esencialmente contingente (...) Este sentimiento puede existir o no existir; puede darse y desaparecer. Todo depende de la madre, de su historia y de la Historia” (p. 309). Dicho así, se puede entender que estas mujeres en realidad son víctimas de un sistema de género que no les dio lugar para elegir convertirse en madres, sin que importe si existe el deseo subjetivo de experimentar la maternidad (Palomar, 2004).

La mujer, por el simple hecho de ser madre, es duramente criticada; incluso si procura, dentro de sus posibilidades, ser una “buena madre” porque eso es lo que se espera de ella. Si bien los hombres que abandonan su rol como progenitores puede que sean despreciados socialmente, no reciben el mismo trato que las mujeres. De hecho, que los padres se alejen de sus hijos no preocupa a la opinión pública, pues hay más padres que madres que dejan el hogar luego de una separación o divorcio. Esta condena se fundamenta en la percepción mítica y ahistórica de acuerdo con la cual las mujeres cuentan con la capacidad natural para la crianza, mientras que los hombres carecen de esta (Donath, 2016). Según Badinter (1980), dentro del consciente colectivo, aún se cree que la crianza es un asunto de mujeres; el padre representa una especie de colaborador, uno con menos responsabilidades por lo que su participación es menos necesaria. Estos comportamientos responden al discurso de género y están estrechamente ligados a este. Existe un imaginario femenino y uno masculino que tienen un efecto normativo en todos los individuos; este a su vez genera varios efectos sociales.

La comprensión de las dimensiones simbólico-sociales de la construcción de la maternidad, como parte crucial del imaginario de género, podría contribuir a prevenir los efectos negativos de una práctica social de la maternidad en condiciones adversas. Finalmente, la maternidad no puede, ni debe ser valorada por medio de categorías como “bueno” y “malo”, sino que debería ser vista como una tarea social de reproducción de los sujetos sociales por lo que, en consecuencia, no puede ser únicamente tarea de las mujeres. Estas pueden no poseer ni las aptitudes, ni las ganas y habilidades necesarias para criar a individuos que más tarde sean seres plenos (Palomar, 2004).

4.1.1.3 Siglo XXI: las nuevas madres. El rol de las mujeres como madres y las labores del hogar que debían realizar no solo contribuyeron a que se afiance un modelo de crianza materna exhaustiva, también impulsaron el surgimiento del capitalismo como modelo económico. Según Federici (2010) para propiciar el capitalismo fue necesaria la construcción de un nuevo orden patriarcal que hacía que las mujeres fueran percibidas como sirvientas de la fuerza de trabajo masculina. Con base en esto se impuso una nueva división sexual del trabajo que distinguió entre las tareas que hombres y mujeres debían desarrollar. Esta fue principalmente una relación de poder, una división dentro de la fuerza de trabajo y “un inmenso impulso a la acumulación capitalista” (p. 173). Debido al ascenso del capitalismo, un sistema de familia nuclear se comenzó a afianzar. La maternidad se centraba en el cuidado de la prole, haciendo que se idealice y degrade las funciones desempeñadas por la población femenina (Vivas, 2019). El trabajo no remunerado que las mujeres realicen en el hogar es visto como el pilar fundamental para edificar la explotación de los trabajadores asalariados (Costa, 1971, como se citó en Federici, 2010). El trabajo doméstico y de cuidados ejecutado por las mujeres que sirvió para consagrar al capitalismo continúa siendo invisible e invisibilizado, pese a sostener al mismo, pues permite la acumulación de riqueza (Vivas, 2019).

Durante el siglo XIX las concepciones sobre el trabajo, el hogar y las relaciones de la mujer con la productividad sufrieron cambios cruciales (Rich, 2019). De acuerdo con Vivas (2019), a finales del siglo mencionado e inicios del siglo XX, debido a la industrialización, se dio la inminente introducción de la mujer al mercado laboral; esto significó jornadas laborales extensas y agotadoras para esta. Las mujeres trabajaban a la par de los hombres, debido a que no existían leyes que regularan las horas de trabajo. La mujer, luego de cumplir con sus doce horas laborales, regresaba a casa a encargarse de las tareas domésticas. Las madres debían trabajar para apoyar a la

economía familiar, aunque recibían salarios escasos. Esto hacía que se vieran obligadas a dejar a sus hijos al cuidado de terceros (Rich, 2019).

El trabajo femenino era percibido como una amenaza para la idea del hogar, el matrimonio patriarcal (Rich, 2019) y la maternidad; lo mismo sucedió con las altas tasas de mortalidad infantil de la época y las condiciones inhumanas que debían soportar las madres (Vivas, 2019). Ante esto se ejerció presión para que el trabajo de las mujeres fuera legislado, propiciando la idea de que el hogar y las obligaciones de este eran el espacio de la mujer (Rich, 2019). Debido a esto, se consolidó la imagen de que la madre y los hijos tenían que permanecer dentro del hogar, se dio a consagración de las mujeres a la maternidad de modo que se consolidó una separación del hogar del “mundo del hombre”, la diferencia abismal entre el mundo “doméstico” al que pertenecía la mujer y el otro “público” del hombre (Rich, 2019). Al respecto, Vivas (2019) asevera que la maternidad ha sido usada como un medio por el cual el capitalismo y el patriarcado han supeditado y controlado a la mujer, relegándola únicamente al ámbito doméstico, privado e invisible. Esto ha dado como resultado que el hombre sea propenso a ser el único que gane un salario y el papel de la mujer sea el de ama de casa, madre y soporte emocional de hombres e hijos (Rich, 2019).

Pese a que actualmente la forma de ejercer la maternidad ha cambiado, las opiniones de los investigadores difieren entre sí. Hays (1998) afirma que un modelo de crianza intensiva está presente en la actualidad; este se caracteriza por ver a los niños como seres inocentes que deben ser criados por madres individuales y centradas en solventar sus necesidades. Los requerimientos de los infantes deben ser vigilados por expertos, así mismo, deben implicar atención intensiva y ser altamente costosos. Por otro lado, Molina (2006) sostiene que desde finales del siglo XX ya se estaban gestando, aunque no muy significativos, cambios en la crianza ya que esta empieza a ser vista como una tarea colectiva. Esto se puede ver reflejado en las licencias de maternidad y paternidad que se comenzaron a otorgar en diferentes países y en la proliferación de instituciones para apoyar a los padres en la crianza (Molina, 2006). Además, se comenzó a dejar de lado la idea de que una mujer debía ser madre para alcanzar su autorrealización. El valor de la mujer y su feminidad dejaron de relacionarse estrechamente con la procreación, maternidad y crianza, debido a que empezaron a ser vistas como opciones que podían o no ser elegidas (Abajo et al., 2016). La lucha femenina por conseguir equidad, tanto dentro de la esfera pública como en la privada, ha dado lugar a cambios en el núcleo familiar, especialmente con respecto al papel que asume la mujer dentro de la misma. El acceso al mundo laboral ha hecho que más mujeres sean autónomas

económicamente y esto ha cambiado las relaciones de poder propias de la familia tradicional. Ante un claro aumento de la emancipación femenina se ha dado, progresivamente, una redefinición de la institución matrimonial. En la actualidad las parejas no suelen tener como prioridad la procreación, sino la relación afectiva en sí y los proyectos de vida en común que posean ambos adultos (Parella y Solé, 2004).

En consecuencia, las familias ya no tienen tantos niños como en el pasado; aunque las mejoras en las condiciones de vida son propicias para esto, ahora las madres deben escalar laboralmente si desean poder ser económicamente solventes. Esta y diversas razones más han dado como resultado la creciente postergación de la maternidad (Izzedin y Pachajoa, 2011). Y es que esta ha pasado a ser una especie de complemento de su profesión para la mujer, misma que suele ser considerada como una prioridad. Para estas mujeres, tener un hijo puede limitar la libertad personal, ser incompatible con una vida profesional intensa y generar una falta de control sobre el proyecto de vida propio (Parella y Solé, 2004). No es de extrañar que la tasa de natalidad sea cada vez más baja en muchos países y probablemente continúe en declive, pues cada día son más los adultos que se niegan a tener hijos.

A pesar de que han surgido cambios en lo que respecta a las formas de ejercer la maternidad, la mujer posmoderna se enfrenta a nuevos retos. Según Molina (2006), las progenitoras actuales muy posiblemente están agobiadas debido al exceso de responsabilidades, ya que ahora deben desempeñarse en el ámbito profesional, familiar, social y laboral. Sharon Hays (1998) ha denominado a este fenómeno “crianza intensiva” y asegura que se ha mantenido desde que se dejó de percibir a los recién nacidos como una molestia. Menciona que debido a que las mujeres son parte de la fuerza laboral, en la actualidad esta ideología se ha extendido y vuelto más elaborada. Sin embargo, gracias a la creciente concientización acerca de la ardua labor que implica la maternidad, las madres pueden acceder a algún tipo de apoyo, ya sea psicológico o económico, con mayor frecuencia y facilidad que en el pasado. Más allá de que el panorama parece ser mucho más alentador y positivo para las madres, la discusión sobre la maternidad aún no tiene como voceras a los sujetos de mayor importancia en este fenómeno: las propias madres.

4.1.1.4 La maternidad ¿qué tienen que decir las madres? La maternidad ha estado presente incluso antes de que se comenzara a analizar desde disciplinas rigurosas y científicas como lo es la medicina humana. Con el transcurso del tiempo, este fenómeno se ha convertido en objeto de estudio de diversos campos de la ciencia; incluidos aquellos que tenían enfoques ajenos a la

medicina como la sociología y la antropología. Esto ha hecho que el punto de interés ya no esté enfocado únicamente en hablar sobre este fenómeno mediante cifras y porcentajes, sino en los aspectos subjetivos que conlleva, como en las nuevas investigaciones tales como las de Donath (2016), Freixas (2015), Meruane (2018), Palomar (2004), Rich (2019) y Vivas (2019) sobre el tema han sido lanzadas, abordando aspectos que han terminado por ser escasamente discutidos como la experiencia de las propias madres. Al respecto, Palomar (2004) menciona que para comprender la maternidad como un fenómeno sociológico, antropológico y subjetivo “es necesario mirarlo desde ángulos nuevos que permitan otras posibilidades de comprensión y de explicación de su fenomenología” (p. 13). Teniendo en cuenta lo mencionado, a continuación, se aborda la maternidad desde un ángulo distinto, donde se ve este fenómeno como una experiencia humana, con base en las perspectivas de las propias madres.

Este fue el reclamo de la escritora feminista Rosario Castellanos (1965) en su artículo titulado “Y las madres, ¿qué opinan?” En este critica la nula participación de las mujeres cuando se trata de la toma de decisiones sobre su propia salud reproductiva. Señala la forma en que los niños y madres son deshumanizados ya que los infantes son reducidos a una cifra y las madres pierden su individualidad al momento de dar a luz: “un niño es (...) una criatura concreta, un ser de carne y hueso que ha nacido de otra criatura concreta, de otro ser de carne y hueso (...) Esta segunda criatura a la que nos hemos referido es la madre” (párr. 3). A pesar de que las responsabilidades propias de la crianza recaen únicamente sobre las madres, estas dependen enteramente de lo que decidan especialistas como políticos y economistas. La autora recalca que, lo mínimo que deberían hacer los hombres que deciden sobre asuntos relacionados con la maternidad, es preguntarse ¿qué opinan las madres? Para contrarrestar el desconocimiento de la maternidad, desde el punto de vista de las madres, Castellanos (1965) considera necesario plantearse lo que significa la maternidad ya no como un proceso biológico, sino como una experiencia humana.

En 1976, es lanzada una de las obras más importantes para contemplar la maternidad desde un punto de vista que había sido ignorado hasta el momento: el de las madres. Siendo este *Nacemos de mujer: la maternidad como experiencia e institución* (2019) en el cual la escritora feminista Adrienne Rich relata sus vivencias siendo madre. A la par, la autora incluye una extensa y detallada investigación histórica y antropológica sobre la maternidad como constructo social. Uno de los primeros puntos que señala son las exigencias que deben cumplir las mujeres al convertirse en

madres, pues se espera que la progenitora deje de lado intereses y pasatiempos que no involucren a sus hijos, debido a que:

una madre «natural» es una persona que carece de otra identidad, alguien que puede hallar gratificación pasando el día entero con los niños, acompañando su paso al de ellos; que hay que aceptar como cierto el aislamiento de las madres y de los niños, juntos dentro de la casa; que el amor maternal es y debería ser literalmente desinteresado. (Rich, 2019, pp. 66-67)

En este sentido, la sociedad pretende que la crianza conlleve entrega absoluta a los hijos por parte de las madres, porque es ella quien se encarga de darle el pecho, vestirlo, acostarlo, alimentarlo, cuidarlo y tratar sus enfermedades y demás actividades (Donath, 2016). Esto implica poner las necesidades de los hijos por encima del de las progenitoras. Al igual que muchas otras mujeres, la autora “experimentaba la desigualdad entre ambos: mis necesidades siempre equilibradas contra las del niño, y perdía siempre” (Rich, 2019, p. 67). Esto da como resultado que la madre no solo deba dejar en segundo plano su propio bienestar, también conlleva la pérdida del tiempo a solas o demás actividades que no involucran a sus hijos debido a que estos se niegan a mantenerse mucho tiempo lejos de ella. Rich (2019) describe la situación de la siguiente manera:

si me trasladaba —no sólo física sino espiritualmente— a un reino que estuviera más allá de nuestra vida en común apretadamente circunscrita, era como si un hilo invisible se estirara entre nosotros hasta romperse. Era como si mi placenta hubiera comenzado a negarle oxígeno. (p. 67)

La autora menciona que no podía concebir que ese reducido espacio en el que debían mantenerse ella y sus hijos, como si se tratara de un campo magnético, no fuera un fenómeno natural, algo innato de su relación de madre e hijo. Lo descrito por Rich (2019) no es algo apartado y, como se aborda a continuación, podría deberse a las creencias colectivas sobre la maternidad infligidas a las mujeres. Orna Donath en su libro “*Madres arrepentidas*” (2016), luego de realizar una investigación que recopila testimonios de diversas mujeres y exponer una revisión bibliográfica sobre la maternidad a la par, asegura que muchas madres no pueden dejar de pensar en su condición de madres en ningún momento; no pueden dejar de velar por sus hijos ni siquiera cuando estos se vuelven independientes y demandan menos cuidados:

El sentimiento de obligación, responsabilidad y preocupación por los hijos no suele desaparecer (...) para muchas mujeres la condición de madre siempre está presente,

veinticuatro horas al día, siete días de la semana. El cordón umbilical entre la mujer y el feto se convierte en una metáfora del vínculo materno filial mucho más allá del útero. (p. 83)

Donath (2016), pese a no emplear las mismas palabras de Rich, también habla de la relación madre e hijo comparando esta conexión como una suerte de cordón umbilical que se ha mantenido tras el parto. Sin embargo, Donath (2016) teoriza que la sensación que tienen las madres de estar atadas a sus hijos es una de las muchas variantes del modelo actual de maternidad exigente, pues según este “la conciencia de las madres debe forjarse con la maternidad” (p. 85). Es decir, dicho modelo espera que la maternidad sea parte de ellas mismas, pues con base en esta deben regir toda su vida. La maternidad exigente no contempla las condiciones en las que se dé la relación con los hijos, de lo contrario serían vistas como “malas” madres. La relación madre e hijo que debe existir, según el modelo de maternidad intensiva, puede resultar asfixiante en tanto que, “para algunas madres, este cordón umbilical imaginario elimina su capacidad para moverse, distanciarse y sentir que son dueñas de sí mismas” (Donath, 2016, p. 85). La autora menciona que, pese a que dentro de la literatura de investigación los testimonios de las madres se centran en el esfuerzo que conlleva cuidar de los hijos sin olvidarse de su propio bienestar, para muchas otras mujeres resulta insoportable dicho esfuerzo.

Rich (2019) mira retrospectivamente a su manera de ejercer la maternidad y expresa haber sido “atrapada por el estereotipo de la madre cuyo amor es «incondicional» y por las imágenes visuales y literarias de la maternidad como una identidad unívoca” (p. 67). La escritora especula que esto se debió al constructo social de la maternidad y no por deseo propio ni porque poseía instinto maternal: “la forma cargada de tradición en la cual me vi obligada a interpretar el papel de madre parecía entonces tan inevitable” (p. 68). Como se puede evidenciar, Rich reflexiona sobre cómo se vio forzada a asumir el papel de madre de acuerdo con las convenciones sociales y culturales debido a que ella, al igual que muchas otras mujeres, no tuvo la oportunidad de cuestionar su maternidad o lo vio como algo que simplemente debía hacer ya que “no tenía idea de qué deseaba, de qué podía o no elegir” (p. 71). Los datos recogidos por Donath (2016) coinciden con que las creencias sociales son determinantes para que esto suceda; estas se imponen mediante promesas que les aseguran plenitud a las mujeres si se convierten en madres y a través de la presión social basada en los constructos colectivos de género. Para Meruane (2018) el poder de estas disposiciones de los roles de género radica en que se dan desde la niñez mediante juguetes para

recrear quehaceres domésticos y bebés de plástico. La idea de la mujer como madre está tan normalizada que “algunas mujeres adultas no alcanzan siquiera a plantearse si desean o no una muñeca de piel y carne” (p. 22). Además, menciona que otras mujeres simplemente evitan reflexionar sobre esto por miedo a concluir que ese deseo fue impuesto o fueron conducidas hacia él.

La culpa, al igual que la moral en el pasado (Badinter, 1980), ha fungido como una de las más poderosas formas de control social sobre las mujeres para que tengan hijos y se encarguen de estos, pues ninguna mujer es completamente inmune a esta (Rich, 2019). Rich (2019) sostiene que “la institución de la maternidad en mayor o menor medida halla culpables a todas las madres por haber fallado a sus hijos” (p. 296). La construcción social de la maternidad hace que existan mandatos relativos a la forma de ejercerla personificados en sujetos e instituciones, produciendo un imaginario atemporal del cual se desprenden los estereotipos para aquellas mujeres con hijos, que luego ellas mismas se auto aplican (Palomar, 2004). De la imposibilidad de cumplir con el arquetipo de “buena” madre o en su defecto de acercarse más al de la “mala” madre, es que viene este sentimiento. De acuerdo con Vivas (2019) “el mito de la madre perfecta, de hecho, solo sirve para culpabilizar y estigmatizar a las mujeres que se alejan de él” (p. 10). Este sentimiento puede surgir por razones muy diversas indiferentemente de la etapa de la maternidad ya sea antes, durante o después del embarazo. Suele darse por no desear tener hijos o por tenerlos demasiado tarde, por no cumplir con los criterios para ser una buena madre, por pasar por un aborto espontaneo o inducido (Donath, 2019), por la insatisfacción sentir insatisfacción ante la maternidad, por los fracasos y dichas de los hijos (Vivas, 2019), por dejar a los hijos al cuidado de otros, por sufrir ataques de cólera o tener sentimientos adversos ante la maternidad o, incluso, por no gozar de salud durante el embarazo (Rich, 2019), por alimentar a sus hijos con comida poco saludable (Meruane, 2018), por la salud de los hijos, por la responsabilidad del padre (Badinter, 1980), entre otras. La culpa no es el único sentimiento que acompaña permanentemente a las madres; el cúmulo de sentimientos negativos como la soledad y el sufrimiento pueden dar como resultado melancolías y crisis nerviosas (Rich, 2019).

Palomar (2004) habla sobre la maternidad como “una práctica social que — paradójicamente, respecto a la sobrecarga simbólica que conlleva— no suele ir acompañada de un proceso reflexivo acerca de lo que motiva la experiencia” (p. 1). La autora menciona que el alumbramiento de hijos no deseados está estrechamente ligado con los derechos reproductivos de

las mujeres. Debido a esto, la penalización del aborto es un factor más que se une con una situación social en la que la decisión de tener hijos es un acto forzado y lleno de consecuencias subjetivas y también sociales. Esta falta de reflexión tiene varias consecuencias; no solo provoca que niños nazcan porque las madres no ven o no tienen otra opción (Donath, 2016) y que algunas mujeres pasen por un embarazo, un parto y la crianza sin desearlo o sin saber cómo enfrentarlo, también puede desembocar en situaciones dolorosas y violentas (Palomar, 2004). Según el estudio llevado a cabo por Donath (2016), la maternidad puede afectar con la salud física y mental de las mujeres mediante: fatiga, depresión, crisis emocionales, náuseas, entre otros, esto incluso años después de haber dado a luz. Rich (2019) describe que la mayoría de las mujeres vivencian la maternidad de manera incansable, impaciente, agotada e inconsciente, pues el choque con la maternidad las deja tambaleándose.

Algunas de las repercusiones que debe enfrentar la madre y los hijos también son: exceso de esfuerzo y responsabilidades, dificultades para desarrollarse en el ámbito profesional y abandono infantil. Consecuentemente, las madres no pueden elegir no ser madres ni poner fin a su relación con los hijos pues, como ya se mencionó anteriormente, debido a la normalización del discurso sobre el amor maternal incondicional, muchas fantasean con nunca haber tenido hijos o ser ellas quienes desaparezcan del núcleo familiar (Donath, 2016). Esto suele ser una herramienta para sobrellevar su situación, este sentimiento suele estar relacionado a su imposibilidad de ver una salida o posibilidad de descansar de su deber como madres y todo lo que esto implica (Donath, 2016).

Pese a que en la actualidad son más las mujeres que tienen la capacidad de decidir ser madres o no en comparación con el pasado, aún se espera que tengan hijos, pues esa es la opción “adecuada”. De acuerdo con Susan Himmelweit (1988, como se citó en Donath, 2016) en el presente hay un número considerable de mujeres que tienen hijos bajo coacciones sociales diversas. Este es el caso de las mujeres de etnias o estatus socioeconómicos oprimidos, pues suelen tener poca o nula información sobre métodos anticonceptivos o acceso limitado a estos, por lo cual no tienen realmente derecho de decidir plenamente sobre su fertilidad. Lo mismo ocurre con las mujeres que deciden continuar con embarazos que son producto de una violación, ya que siguieron con el proceso de gestación por presiones externas o decisiones que no son propias. Aunado a esto, prácticamente se sigue exigiendo a las mujeres de distintas partes del mundo que se reproduzcan por el futuro de su nación (Donath, 2016). Como se puede ver, la maternidad vista como una

experiencia subjetiva, facilita la comprensión de los procesos, sentimientos y deseos que experimentan las madres y ayuda a visibilizar un lado de este fenómeno que ha sido ignorado y del que se debe discutir.

4.1.1.5 La maternidad en la literatura. Como ya se había mencionado, la extendida creencia de la mujer como madre dentro del imaginario colectivo no solo se ha visto reflejada, al igual que muchas otras ideas y discursos, en sus costumbres, creencias y prácticas; también ha estado presente en la literatura. Debido a que desde hace siglos se ha obligado a las mujeres a asumir su papel como madres de lleno y sin ningún tipo de cuestionamientos, ha sido inevitable su completa ausencia dentro la literatura. El hombre, en el mejor de los casos, ha escrito sobre la maternidad desde la periferia, por esto trataba el embarazo, parto y crianza de los hijos de manera lejana y desacertada. Con respecto a la presencia de la madre, diversas autoras coinciden en que, cuando hay un personaje femenino que es madre, casi siempre se presenta de manera idealizada y arquetípica, ya sea en la figura de una madre angelical o una diabólica (Freixas, 2015).

Laura Freixas (2015), escritora española, recalca que luego de advertir la falta de personajes femeninos en la literatura universal realizó una extensa búsqueda y encontró que estos no se definen por sus características intrínsecas, sino por cómo se relacionan con los varones. Rich (2019) coincide con este punto; asegura que la esposa victoriana asexuada y la prostituta victoriana eran instituciones que no tenían ninguna relación con la sensualidad femenina real, pero sí respondían completamente a la experiencia subjetiva que los hombres tenían con las mujeres. Si las mujeres dentro de la literatura ya eran casi imperceptibles, las madres eran prácticamente inexistentes. Según la autora “los pocos que hay suelen ser unos tipos extremos, idealizados o demonizados, que más que relatos parecen proyecciones del amor o del odio de sus hijos” (Freixas, 2015, p. 136). Teniendo en cuenta lo mencionado, es propicio revisar las variantes que ha experimentado el concepto de maternidad de la sociedad mediante la literatura. Para esto se realiza a continuación un recorrido sobre las figuras maternas en algunas obras de la literatura universal de manera cronológica.

En el arquetipo de madre diabólica se encuentran personajes como *Medea* (430 a. C.), esta tragedia griega escrita por Eurípides, narra la historia de la venganza de una poderosa hechicera y princesa, Medea. Un ambicioso héroe griego llamado Jasón, tras permanecer diez años casado con Medea y procrear dos hijos, abandona a su familia para casarse con Glauce, hija del rey de Corinto. Medea, al sentirse traicionada, engañada y profundamente enojada, decide vengarse. Tras asesinar

a Glauce con un vestido envenenado y a su padre Creonte, que murió en un intento de salvarla, Medea decide tomar la vida de sus propios hijos como golpe final en contra de Jasón. La historia termina con Medea huyendo a la tierra de Egeo y escapando completamente impune de todos sus crímenes. A lo largo de toda la historia, Medea se muestra distante de sus hijos; en todo momento queda claro que es capaz de todo con tal de vengarse de Jasón. Según Calderón (2019) el personaje de Medea manifiesta que, tras la maternidad tan apreciada por la civilización, está la exigencia femenina del amor y pasión erótica pues una madre es, en primer lugar, una mujer.

La *Virgen María* es una de las figuras que más ha influido en las creencias y características que se supone, debía poseer una madre, tales como la asexualidad, aceptación del dolor, abnegación y santidad (Castellanos, 2006; Gallardo, 2023; Rosero, 2019). La figura de María tiene implícito el carácter de madre y virgen, aunque se trate de un suceso biológicamente imposible fue recurrente para la figura femenina (Gallardo, 20023). Esto está presente especialmente en la cultura del Occidente y en su imaginario colectivo debido a que está “abnegadamente cuida de los hijos y hace de la casa el espacio de la armonía y la felicidad para el marido” (Guerra, 2007, p. 10). Durante el medievo esta representación fue fundamental, pues contribuyó a que se exalte y atribuya santidad a una virtud únicamente femenina; la capacidad de dar vida (Lizabe, 2017). En consecuencia, el modelo de madre basado en María se ha mantenido a lo largo de la historia de occidente y ha sido reproducido en varios aspectos “como la escuela, la iglesia, los medios y la literatura” (Gallardo, 2023, p. 130).

Así, se visualiza, por ejemplo, *Genoveva de Brabante*, es una leyenda del medievo que fue escrita por el sacerdote Christoph von Schmid (1768-1854). La leyenda narra la historia de Genoveva, una heroína que es falsamente acusada de cometer adulterio por el ayudante de su marido, Golo, en venganza por haberlo rechazado. Como castigo es abandonada a su suerte en medio de un bosque mientras nieva con su hijo recién nacido. Pese a las contrariedades que enfrenta, Genoveva agradece a Dios por haberse librado de sus verdugos y ruega por abrigo y sustento. Una cierva aparece y alimenta a la mujer y su hijo. Años más tarde su esposo encontraría a Genoveva y su hijo en una excursión para cazar. El relato termina con la muerte de Genoveva, que es venerada como una santa y el sitio donde vivió todo ese tiempo se convierte en un santuario (Panero, 2022). En la leyenda está muy presente la religión católica mediante simbolismos y las creencias de la propia Genoveva al rezar constantemente a Dios. Este cuento ayudó a “reforzar valores culturales como las virtudes de la esposa cristiana, la abnegación de la madre” (Panero,

2022, p. 86). Maurici (2008) también resalta cómo el perfil del personaje se ve enmarcado en la paciencia y la conformidad, “dos virtudes, diríamos, cristianas” (p. 582).

Madame Bovary (1856), novela escrita por Gustave Flaubert, presenta a un personaje que brinda matices diferentes de la maternidad. El libro narra la historia de Emma Bovary, una mujer frustrada a causa de su matrimonio, que muestra gran deseo por los lujos característicos de la clase alta parisina. Conforme avanza la novela, Emma descubre que no ama a su esposo, pues el matrimonio y la maternidad no cumplieron sus expectativas. Cuando su hija nació, a quien nombró Berta, Emma no sintió más que amargura e insatisfacción; nunca mostró cariño ni afecto hacia la niña. La protagonista estaba más centrada en complacer sus deseos por lo que terminó manteniendo una relación fuera del matrimonio. Debido a las deudas y demás preocupaciones, Emma decidió terminar con su vida. Según Gallardo (2023) la descripción detallada de Emma da a entender que su rechazo hacia su hija y falta de interés hacia la maternidad venía de la insatisfacción y decepción profunda ante la vida. En la novela, la protagonista rompe con el perfil de madre ideal y el supuesto instinto materno al no amar a su hija y responsabilizar a otros de su cuidado.

Más tarde, surgen los libros como *La madre*, de Maksim Gorki (1907) y *Libro de mi madre* (1954), estos son algunos de los ejemplos que da Freixas (2015) acerca de madres con un altruismo sobrehumano, madres que se entregan por completo al cuidado de su familia. Aparentemente lo que los autores más rescatan de la labor de una madre es que esta renuncie a sus ambiciones por dedicarse a sus hijos. Esta visión de los escritores masculinos sobre la maternidad tiene sus cimientos en ideologías y construcciones sociales (Gallardo, 2023).

La representación del amor materno incondicional se ha mantenido vigente durante siglos y no parece que vaya a desaparecer del imaginario colectivo en un futuro próximo. No obstante, las obras contemplan a la maternidad sin caer en los arquetipos mencionados. La visión de este fenómeno, como un proceso extremadamente demandante y agotador física y emocionalmente para la mujer, están contribuyendo lentamente para generar un cambio. Las madres saben que “se puede ser una buena madre, sin entregarse a la maternidad en cuerpo y alma, sin renunciar a la propia vida, sin ser una madrecita de cuento de hadas” (Freixas, 2015, pp. 144-145).

4.2 El Ecofeminismo: epistemología del término

A principios de la década de 1970 y comienzos de la década de 1980 emergieron diversos movimientos sociales: el feminista, el pacifista y el ecologista (Bergère, 2016; Carcaño, 2008).

Resulta complicado determinar en qué momento de su historia el movimiento feminista se involucró en cuestiones ecológicas, pues esta iniciativa parece haber surgido simultáneamente en diversas ramificaciones de este. No obstante, se especula que el movimiento feminista francés MLF (*Mouvement de Libération des Femmes*) fue uno de los primeros en interesarse por fusionar dos luchas que, hasta antes de la década de 1970, se habían considerado completamente ajenas entre sí: la lucha feminista y la lucha ecológica (D'Éaubonne, trad. en 2022). Con esta iniciativa brotó una nueva visión sobre la opresión de la mujer y el deterioro ambiental que, años más tarde, y tomando como base investigaciones, artículos, ensayos y libros de varias escritoras feministas como Françoise d'Éaubonne, dio lugar al Ecofeminismo.

El Ecofeminismo es el resultado del encuentro entre el feminismo y la ecología. Esta filosofía y movimiento social establece que existen puntos de conexión entre la sobreexplotación y degradación del medio ambiente y la opresión y subordinación de la mujer. Por lo tanto, son el resultado de un sistema gobernado por una sociedad patriarcal (D'hers, 2021; Puleo, 2017; D'Éaubonne, trad. en 2022). El debate planteado por este movimiento gira en torno al papel que cumple la diferencia de género dentro de los procesos de jerarquización social que se han construido con base en el falocentrismo, en la división del trabajo y en sus consecuencias medioambientales. De esta manera, la filosofía ecofeminista toma parte del pensamiento ecologista que señala al dualismo como causa de la objetivación de la naturaleza y a esto le suma la manera en que contribuye a la dominación de la mujer (Leef, 2004).

La escritora francesa Françoise d'Éaubonne acuñó el término “ecofeminismo” por primera vez en 1974, en su obra *Le féminisme ou la mort*, traducida al español como “El feminismo o la muerte”. d'Éaubonne realizó una investigación que recopilaba información histórica y antropológica sobre el origen y la forma en que se ejercía la vulneración en el ámbito político, social, cultural y económico que enfrentó y enfrenta la mujer únicamente por serlo. En añadidura, presentó datos estadísticos sobre las consecuencias de la contaminación, la sobreexplotación de los recursos naturales y la sobrepoblación en América y Europa antes y durante la década de 1970. Además, la autora cuestiona la nula capacidad de decisión de la mujer sobre el embarazo y la reproducción, así como también, la falta de interés de los dirigentes políticos, en su mayoría hombres, sobre cuestiones ambientales. Si bien, señala en reiteradas ocasiones que la mujer debería tener control total sobre su propia reproducción, pues su falta de autonomía ha contribuido a la sobrepoblación, resolver dicha cuestión no terminará con el problema, pues debe darse un cambio

global. Por esta razón, se considera como imprescindible hacer un cambio sistemático de manera urgente, pues la cuestión va más allá de los objetivos del movimiento; se trata de una cuestión de vida o muerte “(...) nuestra urgencia de rehacer el planeta con base en un modelo totalmente nuevo no es una ambición, es una necesidad; el planeta está en peligro de muerte, y nosotros con él” (d’Eaubonne, 2022, p. 228). Así pues, d’Eaubonne no ve al Ecofeminismo como un simple movimiento, sino como una nueva forma vida, un nuevo modelo sistemático que se interesa por el bienestar de la mujer y la lucha feminista. En palabras de la autora “sería un nuevo humanismo: el Ecofeminismo” (d’Eaubonne, 2022, p. 231). Para la escritora, el Ecofeminismo es más viable que otros movimientos porque no evade la subyugación de la mujer como lo hacía el socialismo, pese a resaltar el rol de la mujer en la revolución, y ataca el problema desde su origen. Más adelante se aborda ampliamente esta idea, pues guarda mayor relación con dicho apartado.

En un principio el Ecofeminismo no tuvo gran acogida en Francia, el país donde surgió, debido a que sus hipótesis eran consideradas ridículas por relacionar dos conceptos que, aparentemente, no tenían conexión entre sí. Sin embargo, en Estados Unidos y Australia hubo especial interés por sus postulados; gracias a esto, años más tarde, se originaron nuevas corrientes del Ecofeminismo (Bergère, 2016; Herrero, 2015). La filósofa española Alicia Puleo (2009) menciona que “el Ecofeminismo no es uno sino múltiple. Incluso se ha llegado a señalar que hay tantas posiciones como teóricas del Ecofeminismo” (párr. 12). A pesar de esto, la autora señala que se puede diferenciar entre dos líneas de pensamiento: un Ecofeminismo clásico que es esencialista y espiritualista pues considera que las mujeres son cercanas a la naturaleza y otro constructivista que contempla las condiciones históricas y económicas.

En los siguientes apartados se pone en manifiesto cómo, a pesar de las diferencias entre un enfoque y otro, todos los ecofeminismos convergen al plantear que la subordinación de las mujeres hacia los hombres y la sobreexplotación de los recursos naturales provienen de la misma problemática y dan razón de una lógica común: la lógica de la dominación y del sometimiento de la vida ante los intereses económicos (Herrero, 2015). A su vez, denuncian los problemas enfrentados por las mujeres a causa de la contaminación y sobreexplotación de los recursos, tales como: enfermedades o padecimientos y peores condiciones de vida para aquellas que habitan en zonas desfavorecidas (Puleo, 2022). De acuerdo con Puleo (2019) la contaminación también “es causante de serias patologías en las mujeres y en la salud reproductiva” (p. 86).

Una vez que ya ha sido presentado el escenario en el que se gestó el Ecofeminismo, es propicio ahondar con mayor detenimiento en su definición teórica algunos de sus postulados, los tipos de ecofeminismos existentes y cómo estos están vinculados. Cada una de las vertientes que son nombradas promueven una ideología y una praxis comprometidas con la transformación social, pues buscan elaborar un nuevo y mejor modelo de desarrollo humano sostenible. El activismo de los ecofeminismos va desde la resistencia pacífica de manera presencial para detener proyectos peligrosos o destructivos hasta el activismo en línea mediante campañas que hablan sobre problemas ecológicos que afectan a las mujeres. Su principal objetivo es informar, crear conciencia y fomentar otras formas de organización y participación (Solís, 2012).

4.2.1 El Ecofeminismo clásico

La pronta acogida por parte de países de habla inglesa dio lugar a la creación de nuevos libros inspirados por el libro *El feminismo o la muerte*, de d'Eaubonne. La obra más destacada fue *Gyn/Ecology. The Metaethics of Radical Feminism* (1978), escrita por la estadounidense Mary Daly, quien más tarde se convertiría en precursora del Ecofeminismo clásico (Puleo, 2000). Es necesario señalar que, debido a que Daly escribió en medio de la Guerra Fría y ante la amenaza del inicio de una guerra atómica entre la Unión Soviética y Estados Unidos, las ideas de la autora y demás pensadoras ecofeministas estaban orientadas a buscar la paz. Por consiguiente, ponían toda su esperanza en que las mujeres sean quienes salven al planeta; esto debido a que estaban convencidas de que una cultura femenina, conectada con la biología por su capacidad de crear y cuidar la vida, completamente distantes a la masculinidad ligada a la destrucción y la guerra podría hacer la diferencia (Puleo, 2017).

En su obra, Daly (1978) teoriza las inquietudes de los grupos feministas de autoayuda de aquella época, el principal interés era desarrollar maneras alternativas de terapia ante el daño involuntario causado por parte del personal médico durante procesos ginecológicos. La escritora estaba a favor de la recuperación del control del cuerpo de la mujer, dicha premisa respondía a la lucha del feminismo radical de finales de la década de los 70's contra la prostitución y la pornografía (Puleo, 2000). Pese a la distancia entre los postulados de Daly y las premisas ecofeministas, un punto de conexión entre ambos es la búsqueda del bienestar físico y la salud de la mujer. Recuperar la autonomía corporal individual y preservar el cuerpo de la manipulación y la contaminación ambiental a causa de las industrias, fue un tema crucial para el surgimiento y se ha mantenido presente en la evolución de la filosofía y lucha ecofeminista (Puleo, 2000).

El libro de Daly parte de una contraposición entre mujeres y hombres como realidades ontológicas muy distintas, donde se explica que cada una posee esencias biológicas que determinan diferencias que no pueden ser alteradas. Estas se ven caracterizadas por el principio de Eros, relacionado al amor y el cuidado, en la mujer y por el principio de Thánatos, la destrucción y la guerra, en el caso del hombre (Puleo, 2017). De esta manera, la autora se encargó de analizar diversos mitos, incluyendo a los científicos y a las religiones hegemónicas para así llegar a la conclusión de que el único elemento que se mantiene presente en todas estas responde a una única religión imperante: el culto al patriarcado (Martínez, 2017; Puleo, 2000). Es decir, Daly (1978, como se citó en Puleo, 2000) en su obra expone la oposición entre una naturaleza masculina, que se caracteriza por ser agresiva y violenta, y una naturaleza femenina, fértil y dedicada a velar por la vida.

La teóloga considera que el desarrollo tecnológico que envenena el aire, la tierra y el agua guarda relación con la guerra puede ser explicado por el odio hacia la vida, odio que vendría de la incapacidad masculina de parir (Daly, 1978, como se citó en Puleo, 2000). Esta hostilidad de los hombres también nace de la necesidad de apropiarse de una supuesta energía femenina que desprende amor por la vida; en consecuencia, surge la envidia masculina perpetua (Simonis, 2012). Estas ideas, al igual que muchos otros de los pasajes de la obra, dan cuenta de una especie de demonización del varón (Osborne, s.f., como se citó en Puleo, 2000). Simonis (2012) apoya este criterio, donde según la autora Daly (1978) ve al hombre como un parásito que vive de la energía femenina que emana de la mujer por su condición biológica capaz de crear y cuidar la vida. Daly, al igual que otras pensadoras pertenecientes a esta ramificación del movimiento ecofeminista como Susan Griffin, sostienen una premisa crucial; el cuerpo femenino y sus funciones tiene la capacidad de resistir al patriarcado mediante la tecnología (Puleo, 2000).

El discurso de Mary Daly se enmarcó en el feminismo radical y su intersección con la ecología; en ningún momento escribió sobre el Ecofeminismo, ni siquiera llegó a emplear el término en sus escritos, pues “no le parecía lo suficientemente fuerte” (Wozna, 2016). No obstante, es ampliamente conocida por sus aportes al Ecofeminismo clásico y varias premisas abordadas en su obra se han mantenido vigentes a través de las ideas de pensadoras mayormente feministas y ecofeministas contemporáneas; siendo algunas de estas la recuperación de la autonomía corporal femenina y proteger al cuerpo de la mujer de la manipulación y contaminación ambiental debido a los métodos de producción de las industrias. En los ochenta, y como respuesta a esa ramificación

del Ecofeminismo, la física nuclear Vandana Shiva, en sus obras *La praxis del Ecofeminismo biotecnología, consumo y reproducción* (1998) y *Abrazar la vida: Mujer ecología y supervivencia* (1988), criticó la idea de que el varón era el principal responsable de la destrucción del planeta y la dominación de la mujer (Puleo, 2013). Sus posturas al respecto no solo la hicieron encabezar la filosofía ecofeminista esencialista, también pusieron dentro del debate ecofeminista temas que no habían sido contemplados.

4.2.2 El Ecofeminismo esencialista

Los ecofeminismos de naturaleza esencialista establecen que las mujeres son más cercanas a la naturaleza por su capacidad de dar vida, razón por la cual tienden a cuidarla más que su contraparte masculina. Las autoras, como Vandana Shiva y Maria Mies, y seguidoras de esta corriente, les otorgan mayor valor a las mujeres y a lo femenino en general, reivindicando así una feminidad salvaje (Carcaño, 2008; Herrero, 2015). Según Puleo (2012) este se diferencia por afirmar que hombres y mujeres emanan esencias opuestas; las mujeres representan un erotismo no agresivo y capacidades maternas que las hacen más propensas a ser pacíficas y cuidar de la naturaleza. Por otro lado, los hombres estarían instintivamente interesados por involucrarse en empresas destructivas. Dichas ideas levantaron numerosas críticas dentro del feminismo, las acusaciones se centran en cómo demonizan al varón.

Vandana Shiva, una de las pioneras del Ecofeminismo esencialista, sostenía que el varón no era el culpable del deterioro medioambiental, sino el hombre blanco colonizador y sus métodos de producción. Su denuncia se centró en señalar las consecuencias de la revolución verde de mediados del siglo XX (Puleo, 2012). Shiva (1995) parte de la cosmovisión india para explicar la profunda relación entre la mujer y la naturaleza. Más tarde extiende esta premisa a todos los países del Tercer Mundo y denomina a las mujeres “guardianas de la biodiversidad”. Dicha conexión es fundamentada mediante diversas prácticas y conocimientos agrícolas que son desarrolladas ancestralmente por el colectivo femenino. De acuerdo con Shiva (1998) “en la mayoría de las culturas, las mujeres han sido las guardianas de la biodiversidad. Ellas producen, reproducen, consumen y conservan la biodiversidad en la práctica de la agricultura.” (pp. 18-19). Para lograr cuidar adecuadamente a las plantas, debían estar familiarizadas con las enfermedades que pueden afectar a estas, conocer las estaciones de crecimiento, la cantidad de agua ideal para el riego, a los posibles depredadores y el mantenimiento del suelo (Mies y Shiva, 1998).

De acuerdo con Shiva (1998) la biodiversidad tiene un valor intrínseco para las agricultoras hindúes, pero para las empresas multinacionales que comercializan semillas y productos agrarios, esta es solo “materia prima”. La autora considera que las empresas que comercializan con las semillas producen deliberadamente granos que no son capaces de generar futuras generaciones, esto hace que las “agricultoras dejen de ser guardianas de las semillas para convertirse en consumidoras de semillas” (p. 24). Shiva califica a este modelo de producción de alimentos como masculinista, pues atenta con el “principio femenino”. Además, se ha expandido mediante etiquetas como la “revolución verde” y “agricultura científica” siendo el principal responsable de las semillas modificadas mediante biotecnología o “semillas profanadas” (Shiva, 1995, Shiva y Mies, 1998).

Las semillas modificadas genéticamente vulneran la integridad de los ciclos y nexos ecológicos; por otro lado, los monocultivos abonados con fertilizantes químicos arruinan la fertilidad del suelo y son la causa de deficiencias y desequilibrios en la alimentación. En este sentido, la nueva agricultura ha surgido con la revolución verde ya que “reemplaza recursos renovables de la granja por insumos no renovables de las fábricas y desplaza el trabajo de las mujeres” (Shiva, 1995, p. 152). Estas prácticas hacen más eficiente al mercado y las ganancias, sin embargo, esto sucede a costa del capital de la naturaleza. Shiva (1995) considera que se ha pasado de concebir a la agricultura como un proceso de nutrición de la tierra a una visión machista que percibe a la agricultura como un proceso para generar ingresos. De esta manera, “la destrucción ecológica es un resultado inevitable de esta visión comercial” (p. 152). La producción masiva de alimentos conlleva que las industrias alteren procesos ecológicos esenciales mediante “la contaminación del aire, el agua y el suelo” (Shiva, 1995, p. 38).

En esa misma línea, Mies (1998) establece que mantener el modelo de crecimiento industrial provoca la destrucción ecológica y un notable aumento de la pobreza y “los primeros que se verán perjudicados serán las mujeres, los niños y las niñas” (p. 139). Mies se basa principalmente en las obras de Shiva (1995, 1998) donde, a través de estas, habla sobre la situación de las mujeres en algunas zonas rurales de la India. De acuerdo con Shiva (1995, 1998) estas se encargan de producir sus propios alimentos y de recolectar otros en bosques cercanos, pues son las encargadas de nutrir a su familia. Así, expone cómo la explotación de los recursos naturales les ha arrebatado su soberanía alimentaria para dejarla en manos de las industrias, ha terminado con la mayoría de sus fuentes de agua y atenta contra su alimentación debido a la extinción masiva de los bosques (Shiva, 1998, p. 131).

Las mujeres y madres de pequeñas aldeas indias se han visto especialmente afectadas debido a que encabezan la producción agrícola, la cría de animales para el consumo y son quienes se encargan de proveer alimentos a sus familias. Según Fernandes y Menon (1987, como se citó en Shiva, 1998) en la India las mujeres dedican el doble de jornadas anuales de trabajo a operaciones agrícolas. La cantidad de horas que estas le dedican a una hectárea de terreno es incluso mayor a la que realizan los animales de tiro (Singh, 1987, como se citó en Shiva, 1998). De igual forma, las mujeres se encargan de recolectar el forraje de los bosques para transferir la fertilidad y así mejorar la producción de cultivos, generar mayor estabilidad en el ciclo del agua y mantener la gestión del suelo. De esta manera, la agricultura es la ocupación por excelencia de las mujeres de zonas agrarias. En otras palabras: “la mayoría de las mujeres de la India no son meras amas de casa, sino agricultoras” (Shiva, 1988, como se citó en Shiva, 1998).

La alta demanda de productos para la exportación implica dejar de producir alimentos básicos para plantar verduras. También significa perder una fuente de alimento como lo son los tallos de cereales. En consecuencia, este alimento para los animales de granja escasea y debe ser recolectado de otras zonas, causando erosión (Shiva, 1995). Este esfuerzo adicional que deben realizar las mujeres también es necesario para mantener en pie a su familia. Así pues, las mujeres se encargan de alimentar a sus hijos con frutas y plantas secas que recolectan en los bosques cercanos a sus viviendas. No obstante, el daño ecológico causado por los cultivos comerciales y demás actividades propias de la revolución verde, hacen que las mujeres tengan que caminar distancias más largas para obtener agua, pienso y combustible (Shiva, 1995). Las prácticas de la revolución verde han provocado que las tierras terminaran contaminadas por boro, hierro, molibdeno y selenio, lo cual no solo resulta una amenaza para la producción agrícola sino también para los animales (Shiva, 1995).

Ahora bien, también es destacable lo que menciona Shiva (1995, 1998) sobre un movimiento de mujeres rurales de la India llamado Chipko que se manifestó en contra de la explotación de los bosques en el Himalaya a principios de la década de los setenta; esto como reclamo ante los estragos de la industria maderera como la desaparición de riachuelos, aumento en las sequías e inundaciones. Maria Mies (1998), en el libro escrito en conjunto con Shiva, habla sobre un caso similar y su viabilidad. El Club Seikatsu de Japón es uno de los primeros movimientos de liberación de los consumidores. Esta agrupación fue creada por mujeres, en su mayoría madres, a principios de los años setenta como respuesta a la enfermedad de Minamata.

Estas mujeres estaban preocupadas debido a la contaminación de alimentos. El uso de la energía atómica estaba envenenando el medioambiente y los productos químicos para la agricultura estaban contaminando la leche materna. Los miembros del club, mayormente mujeres, se interesaron por los métodos agrícolas y decidieron consumir los productos de agricultores orgánicos con los que tuvieran relación directa (Nomura et al., 1983, como se citó en Mies y Shiva, 1998).

Shiva (1995) concibe a los conocimientos de las mujeres indias como procedimientos amigables con el medioambiente que son necesarios, pues forman parte y contribuyen a la recuperación del “principio femenino”. Este “permite trascender de los cimientos patriarcales del mal desarrollo y transformarlos. Permite redefinir el crecimiento y la productividad como categorías vinculadas a la producción –no a la destrucción– de la vida” (p. 44). Para la autora, las formas de producción autosustentables, propias de las mujeres que viven en países en vías de desarrollo, responden a una supuesta cualidad de cuidado innata del género femenino que, sumado a la capacidad de concebir, sería la causa de su conexión con la naturaleza. De ahí que Shiva asegure “decir que la mujer y la naturaleza están íntimamente asociadas no es decir algo revolucionario. A fin de cuentas, fue precisamente una suposición de este tipo lo que permitió la dominación de ambas” (Shiva, 1995, p. 88).

Mies (1998), al igual que Shiva, rechaza las formas de producción que resulten agresivas con el medioambiente. No obstante, Mies (1998) es mucho más radical al respecto y su discurso rechaza cualquier alteración, por mínima que sea, que pueda realizar la tecnología genética a diversos procesos naturales. La autora sostiene que no es posible continuar con la discusión de si son positivas o negativas las prácticas de tecnología de reproducción o genética, pues “es preciso criticar tanto los principios más básicos de estas tecnologías como sus métodos. Dichos principios se basan en la explotación y la subordinación de la naturaleza, de las mujeres y de otros pueblos” (Mies, 1998, p. 29). La autora fundamenta su oposición en las prácticas sexistas, machistas, misóginas y racistas que desempeñaron un papel crucial en los primeros principios de la ciencia y que contribuyeron a su desarrollo posterior.

En la obra *La praxis del ecofeminismo biotecnología, consumo y reproducción* (1998) se indica la conexión entre dichos antecedentes con la opresión de la mujer y la naturaleza donde, en palabras de Mies (1998) “la fuerza y violencia son los cimientos invisibles sobre los que se construyó la ciencia moderna. Esto explica la violencia contra las mujeres durante la caza de brujas y la violencia contra la naturaleza, concebida como femenina” (p. 31). En virtud de esto, se

considera que las convicciones que condujeron a las ideas mencionadas tienen su origen en el sesgo antropocéntrico, es decir, la creencia de que el ser humano es superior a la naturaleza y demás seres vivos por su capacidad para razonar. En este sentido se entiende que “el ser humano se concibe, no como parte de la naturaleza, sino como su dueño y señor” (Mies, 1998, p. 41).

Más adelante, la escritora relaciona el incremento progresivo de las intervenciones de la ciencia en el proceso de embarazo con la deshumanización y violencia hacia la mujer. De acuerdo con Mies (1998) las nuevas tecnologías han convertido a la maternidad en un proceso de producción industrial debido a que, al igual que durante la creación de cualquier producto, a lo largo del embarazo los médicos se encargan de monitorear, planificar y controlar el proceso. Así “la mujer queda transformada más que nunca en un objeto y reducida a la pasividad” (p. 44). Adicionalmente, estas intervenciones pueden resultar dolorosas, humillantes, agresivas e invasivas. Las formas de intervención en el embarazo señaladas por la autora incluyen la fecundación *in vitro*, la maternidad subrogada, las cesáreas, el testeo de métodos anticonceptivos y todo tipo de monitoreos prenatales. Por dichas razones, Mies (1998) considera a la biotecnología, la ciencia y tecnología modernas esencialmente amorales.

Las premisas de esta ramificación del Ecofeminismo han sido fuertemente criticadas por su naturaleza esencialista. Se considera que apoyan a la vinculación impuesta entre la naturaleza y la mujer pues van en contra de postulados de la filosofía feminista, legitimando así la subordinación de la mujer ante el hombre (Herrero, 2015). Puleo (2017), una de dichas opositoras, afirma que los términos “mujer” y “ecología” no son sinónimos, ya que señala que ser ecofeminista no significa defender que las mujeres están más ligadas a la naturaleza por el simple hecho de ser mujeres. Es innegable que los postulados de Mies y Shiva (1998) defienden una idea de feminidad esencialista que va en contra de la lucha del movimiento feminista, en tanto que puede llegar a legitimar la división de trabajo por género. Sin embargo, las investigaciones, especialmente de Shiva, han presentado una perspectiva que ni siquiera había sido contemplada hasta ese momento: la manera en que la producción masiva e industrialización afectan a las mujeres de países del Tercer Mundo y sus hijos.

4.2.3 El Ecofeminismo espiritualista

El Ecofeminismo espiritualista defiende una supuesta dimensión sagrada y espiritual de la naturaleza. Esta habría sido denigrada por el materialismo capitalista, debido a la consideración de que la felicidad humana está sujeta al crecimiento de la producción de bienes materiales. La

pensadora de esta corriente, Rosemary Radford Ruether (1993), establece que las premisas del Ecofeminismo espiritual conllevan revivir y sacralizar la dimensión natural. Le otorgan un valor sagrado a la vida, de ahí vendría la necesidad de cuidar y conservar todas las formas de vida. Esta corriente busca un “reencantamiento del mundo” (Díaz, 2019) ante la desacralización que habría convertido a la madre tierra en simple materia prima.

La filósofa y escritora estadounidense Rosemary Ruether fue pionera de la teología feminista y se interesaba por la ecología. Esto se ve reflejado en su obra *Gaia y Dios: una teología ecofeminista para la recuperación de la tierra* (1993); dicho libro está escrito desde tres perspectivas: la ecológica, la teológica y la feminista. En esta habla del problema ecológico desde la visión religiosa del mundo, específicamente, parte de la visión de las religiones y tradiciones monoteístas que convergen en el cristianismo en todas sus denominaciones. Ruether (1993, como se citó en Comesaña, 2003) cuestiona la interpretación que las culturas monoteístas le han dado a Dios como figura masculina, debido a que esto ha reforzado simbólicamente las relaciones de dominio por parte del hombre hacia la mujer. Además, propone que parte de las creencias cristianas pueden ser empleadas para generar cambios a nivel global y así evitar el deterioro total del planeta.

Desde el punto de vista de Ruether (1993), únicamente los humanos, de entre todos los seres vivos que habitan en la Tierra, pueden reflexionar de manera consciente en sus palabras “somos la mente del universo” (p. 256). Esta capacidad contribuyó a que hombres de clases acomodadas hayan tomado ventaja de otros hombres, la mujer y la naturaleza. Sin embargo, esta capacidad debería emplearse para “comprender la trama de la vida y vivir dentro de esta trama como sus sostenes, no como sus destructores” (Ruether, 1993, p. 256). Aunado a esto, Ruether (1993) menciona que es necesario construir una espiritualidad ecológica, para recordar la finitud de los animales y plantas, de manera que la humanidad pueda dejar de percibirlos como un bien del que puede servirse ilimitadamente. Esto podría contribuir a que, paulatinamente, se deje de concebirlos como inferiores. La pensadora concibe que los humanos y demás seres vivos que habitan la tierra están conectados físicamente y podrían llegar a estarlo espiritualmente.

Las sustancias materiales de nuestro cuerpo continúan viviendo en plantas y animales, al igual que nuestros propios cuerpos se componen minuto a minuto de sustancias que alguna vez fueron parte de otros animales y plantas (...) necesitamos nuevos salmos y meditaciones para hacer de este parentesco una presencia vivida en nuestras devociones comunitarias y personales. (Ruether, 1993, p. 259)

Debido a que la autora defiende una supuesta conexión física y espiritual que siempre ha existido entre la humanidad y el medioambiente, es que se considera a Ruether una escritora ecofeminista esencialista. Esta corriente también ha sido denominada esencialista y ha sido acusada de demonizar toda forma de explotación por menos invasiva que sea (Díaz, 2019). Además, su discurso implica que la analogía entre la naturaleza y la mujer realizada por determinadas sociedades no es un constructo social, sino que se trata de una conexión más bien metafísica.

4.2.4 El Ecofeminismo constructivista

Entre las autoras más destacadas que se oponían al esencialismo del Ecofeminismo clásico están: Val Plumwood, Bina Agarwal, Alicia Puleo, quienes dieron lugar al Ecofeminismo constructivista. A continuación, se revisan algunos de los puntos en los cuales convergen cada una de las autoras y los aportes adicionales que han realizado dentro de esta corriente. Las escritoras que han sido catalogadas como parte de la corriente ecofeminista constructivista consideran inaceptables los postulados esencialistas acerca de la mujer y la naturaleza. Alicia Puleo (2023), cree que “la identificación de la mujer con la madre nos devuelve a un pasado patriarcal prebeauvoiriano que no es deseable. No lo es ni desde el punto de vista feminista de la autonomía de las mujeres ni desde el punto de vista ecológico de la necesaria reducción de la natalidad” (Puleo, 2023, p. 27).

Esta corriente resalta el carácter construido, histórico, de las diferencias entre hombres y mujeres, especialmente en lo relacionado con el cuidado de la naturaleza (Puleo, 2017). De esta manera, el enfoque del Ecofeminismo constructivista defiende que la presunta relación entre la naturaleza y la mujer está sustentada únicamente en una construcción social. Esta es presentada como una consecuencia de la asignación de roles y funciones que están determinadas por la división sexual del trabajo, la injusta distribución del poder y la propiedad son factores que han ocasionado que la mujer sea más propensa a desarrollar conciencia ecológica (Puleo, 2017). De acuerdo a Puleo (2017), históricamente, el colectivo femenino no ha tenido acceso a las armas ya que, por tradición, ha sido responsable de las tareas del cuidado de aquellos que son más frágiles como los niños, enfermos y ancianos. Gilligan (1982, como se citó en Donath, 2016) asevera que las relaciones intersubjetivas se encargan de sustentar la idea de que la mujer debe entregarse a cuidar de sus hijos y las personas de su entorno. Debido a que ellas deben reflejar su responsabilidad moral con el prójimo, es necesario que se interesen, atiendan y se adapten a las necesidades de los demás, hasta el punto de eliminar las necesidades y sentimientos de la mujer de ser necesario.

La escritora hindú Bina Agarwal, (1996, como se citó en Márquez y Padilla, 2023) también señala que el papel de las mujeres en la conservación y defensa del medioambiente es relevante debido a que son las encargadas de proveer de objetos de primera necesidad al hogar. Sin embargo, no se trata de un pasatiempo, ni mucho menos de una actividad que les resulte disfrutable, sino de una predisposición que responde al género; las mujeres están obligadas a garantizar las condiciones necesarias de subsistencia. Por dicha razón es que esta autora considera que las mujeres son las más afectadas; esto también provoca que su participación en la conservación del medio ambiente sea crucial. Sin embargo, la escritora se encargó de señalar un factor que había sido dejado de lado al momento de hablar de la mujer y su relación con la naturaleza: la diversidad del colectivo femenino.

Agarwal (1992) menciona que, si bien la filosofía ecofeminista abarca los principales vínculos conceptuales entre las mujeres y la naturaleza, el argumento de la misma resulta problemático debido a varias razones. En primera instancia, se habla de la mujer como si se tratara de un conjunto de personas completamente unitario. Esto impide que se contemple distinción alguna entre mujeres por clase, raza o etnia. Como resultado, se pueden pasar por alto formas de dominación diferentes de las relacionadas con el género, que inevitablemente también influyen en la posición que ocupa la mujer. Además, ubica a la dominación de la mujer y la naturaleza, casi exclusivamente, en el ámbito ideológico descuidando las fuentes materiales, como el poder adquisitivo y político, que están interrelacionadas con la dominación. Sumado a esto, sostiene que la degradación ambiental y la apropiación selectiva de recursos naturales por parte de un reducido grupo tienen consecuencias particulares en relación con la clase social, el género y la ubicación geográfica, siendo las mujeres pertenecientes a zonas rurales y de escasos recursos las más afectadas (Agarwal, 1992).

Ante esto, Agarwal (1992) sugiere una alternativa a la cual denominó ambientalismo feminista, esta entiende la relación de hombres y mujeres con el medio ambiente partiendo de su realidad material y de las formas particulares en las que se relacionan con este. Para llevar a cabo al ambientalismo feminista, se considera imprescindible realizar alteraciones complejas e interrelacionadas en la estructura de la producción, en las tecnologías empleadas, los procedimientos que guían las decisiones acerca de productos y tecnologías, los sistemas de conocimiento que sustentan esas decisiones y la distribución de productos y responsabilidades según la clase social y el género (Carcaño, 2008).

La filósofa y escritora australiana Val Plumwood, al igual que Agarwal, rechazaba abiertamente ideas biologicistas sobre la mujer y la naturaleza. Es una de las más importantes pensadoras ambientalistas y una de las autoras imprescindibles dentro del pensamiento ecofeminista. Pese a que ella misma intentó desvincularse del término “ecofeminismo” para autodenominarse “feminista ecológica crítica”, gran parte de las menciones sobre ella la relacionan con la primera palabra (de Godoy, 2021). Es conocida por ser una de las autoras que mejor representa a la posición del Ecofeminismo constructivista debido a que ha explicado el carácter histórico de la racionalidad dominadora patriarcal, tomando distancia de discursos esencialistas (Puleo, 2012).

Plumwood también advirtió el riesgo de los discursos esencialistas en torno a la conexión entre la mujer y la naturaleza, no obstante, la autora explica dicha relación desde el dominio y sus consecuencias. Por esta razón, elaboró una crítica al dominio de la naturaleza a la que denominó “la tesis del dominio”. Esta se trata de varios puntos de vista del *yo* y sus relaciones con el *otro*, vinculado con el sexismo, el colonialismo, el capitalismo, la dominación de la naturaleza y la globalización. Esta teoría sostiene que el dominio involucra ver al otro como separado e inferior, sirve como base el *yo* que posee el estatus de supremacía. En consecuencia, percibe al otro como aquel del que se puede prescindir, pues su existencia es secundaria, periférica y cuyo actuar es rebajada y negada. De esta elaboración la pensadora identifica el dualismo hombre/naturaleza como uno de los más relevantes de una serie de dualismos conectados entre sí como hombre/mujer, humano/animal, civilizado/primitivo, cuerpo/mente. Con base en esto, Plumwood presenta un estudio de cómo aquella división se ha construido tanto histórica como lógicamente y cómo son parte de diversas categorías de pensamiento occidental (de Godoy, 2021).

Adicionalmente, Plumwood (2003) sostiene que la conexión entre la mujer y la naturaleza, al igual que la inferiorización de ambas, continua vigente, por ejemplo, mediante la negación a que las mujeres participen de manera más activa en el proceso de reproducción. Sumado a esto, indica que la relación entre la mujer y la naturaleza radica en que las capacidades de ambas son negadas y deben servir como base o trasfondo para una esfera dominante, en este caso, el sistema patriarcal. Para aludir a la negación de las funciones que desempeñan, Plumwood emplea el término "*backgrounding*", que se traduce como “en segundo plano”. Según la filósofa, el acto de relegar a las mujeres y la naturaleza a un segundo plano está profundamente arraigado en la racionalidad del sistema económico y en las estructuras de la sociedad contemporánea. La naturaleza es dejada en

segundo plano cuando se acelera procesos de la biosfera, porque se le niega autonomía y al concebirla como un ente separado de la humanidad que puede proveer de manera ilimitada. En el caso de las mujeres, se ejerce esta invisibilización al delegarles el rol de ama de casa, enfermeras y secretarias, es decir, al no permitirles acceder a espacios sociales y públicos con la misma facilidad que su contraparte masculina (Plumwood, 2003).

Plumwood (2003) resalta que las mujeres son vulnerables a estar en segundo plano incluso si abandonan roles tradicionales. Sus capacidades son sistemáticamente negadas o relegadas, especialmente cuando desempeñan roles específicos de género, como el de la maternidad. Para la autora, las habilidades físicas, sociales y personales que una madre le enseña a sus hijos son considerados el trasfondo del aprendizaje “real” que se percibe como parte de la esfera masculina de la razón y el conocimiento. Es decir, pese a que la madre es quien más influye en la crianza, todo aquello que les inculcó a sus hijos, su participación en ese proceso es minimizada. Y así como la identidad humana en Occidente se define en oposición y mediante la negación de la naturaleza, la descendencia de la madre, paradigmáticamente el niño varón, define su identidad masculina en oposición al ser de la madre, y especialmente su cuidado, expulsándolo de su propia constitución y sustituyéndolo por la dominación y la reducción de los demás a un estatus instrumental.

Bina Agarwal (1992) y Val Plumwood (2003) comparten perspectivas similares debido a que plantean una interconexión entre el género y el medioambiente. Para ambas pensadoras, no existe una esencia femenina que les otorgue capacidades de cuidado y mayor proximidad a la naturaleza a comparación con los hombres. Ambas explican la cercana relación entre la mujer y la naturaleza como resultado de una serie de hechos y sucesos culturales, históricos, económicos y sociales. Esta visión constructivista también ha sido apoyada por la más reciente línea de pensamiento ecofeminista: el Ecofeminismo crítico.

5.2.5 El Ecofeminismo crítico

Alicia Puleo, escritora, filósofa y autodenominada ecofeminista, es una de las autoras más influyentes del movimiento en el habla hispana y también es la principal exponente del Ecofeminismo constructivista en Iberoamérica (Tapia, 2017). Young (2013) explica que la nueva variante del Ecofeminismo propuesta por Puleo da razón de una reflexión ética y sociopolítica acerca de las relaciones de la humanidad con la naturaleza; de ahí que se le llame crítico. Se trata de una corriente que reivindica los principios de la igualdad, la universalización de la ética del

cuidado, no solo con el ser humano, sino también con los animales y la naturaleza, mientras se establece un diálogo intercultural y afianza la compasión para crear una nueva cultura ecológica.

En virtud de esto, Puleo (2012) asegura que su teoría ecofeminista surge de las posiciones feministas de su propio contexto cultural y vital. La autora ha denominado Ecofeminismo crítico a su posición ecofeminista con la finalidad de resaltar la necesidad de conservar el legado ilustrado, de combatir el prejuicio y buscar la igualdad y autonomía de las mujeres. La autora considera que “el Ecofeminismo, que es la corriente más vanguardista del feminismo, tiene que conservar ciertos conceptos ilustrados para preservar a las mujeres de los problemas derivados del contacto con el ecologismo en el mundo de la globalización neoliberal” (Puleo, 2017, p. 16). Mantener ciertos conceptos ilustrados implica que las mujeres no deben retroceder en sus demandas de autonomía e igualdad, entiéndase por igualdad en el sentido de integrarse en el mundo transformando a este. Al respecto, Puleo (2017) admite que se trata de una hazaña complicada, pero necesaria pues no se puede transformar sin tener poder y no se puede poseer poder si se continúa en los deberes y espacios históricamente femeninos.

De acuerdo con Puleo (2017), no se puede renunciar a la autonomía, concepto claramente ilustrado; esto implica no depender de tutores políticos, religiosos o patriarcales. La autora señala que el acceso de las mujeres a la autonomía, la libertad de tomar decisiones sobre su propio cuerpo, algo que siempre les ha sido prohibido, son principios tomados de la Ilustración. Estos resguardan los derechos reproductivos de las mujeres y, más globalmente, la capacidad de tomar decisiones que siempre les han sido prohibidas. La filósofa enfatiza este punto diciendo que “son principios propios de lo que significa ser persona en una sociedad de iguales” (p. 16). Esta es una de las características que diferencia su posición de otras teorías ecofeministas, otros aspectos son su visión reflexiva sobre la tecnología y la ciencia, la promoción de una ética de cuidado, un diálogo intercultural y un trato justo hacia los seres vivos y ecosistemas.

Puleo (2017) no rechaza la ciencia y la tecnología, por el contrario, este planteamiento acepta los beneficios de los avances y conocimientos en ambas disciplinas con prudencia y actitud crítica. En este sentido, propone esta misma actitud para reflexionar sobre lo que significa una buena vida. Y es que sería peligroso concebir este concepto desde el modelo capitalista neoliberal; el estilo de vida que se apega a este, es insostenible a nivel mundial (Puleo, 2017). Para Puleo (2023) el modelo de vida a alcanzar no debe significar el retorno a un pasado rudimentario, que muy seguramente no será beneficioso para las mujeres, sino un futuro con base en la medida. Por

otro lado, el Ecofeminismo crítico rescata los principios de la igualdad y está a favor de globalizar la ética del cuidado no únicamente en relación con el ser humano, sino también con los animales y la naturaleza (Puleo, 2013). De acuerdo con Puleo (2012) “no se trata de conservar celosamente la especificidad femenina de las tareas del cuidado. Hay que universalizarlas, enseñar actitudes, virtudes y prácticas del cuidado a los varones, ya que todos los seres humanos podemos desarrollarlas” (párr. 30).

Si bien, la autora afirma que las mujeres, especialmente en países subdesarrollados, no son únicamente víctimas del deterioro ambiental, sino también sujetos activos en el cuidado medioambiental y la construcción de una nueva cultura que conserve a la naturaleza, no consideran que las mujeres sean las únicas capaces de llevar a cabo estos cambios (Puleo, 2011). De acuerdo con Puleo (2011) “no se debe pedir a las mujeres que sean las principales cuidadoras del medio ambiente, no sería justo solicitar a quien se halla en situación de desventaja, que haga más esfuerzo que quien se encuentra en condición privilegiada” (p. 18). Por esta razón, la autora propone que se creen proyectos medioambientales que no requieran sacrificios a las mujeres, sino que favorezcan su empoderamiento, un mayor acceso a empleos relacionados con la sostenibilidad como las nuevas tecnologías ecoeficientes y aquellos que se relacionan con la agricultura ecológica.

Adicionalmente, Puleo (2013) propone un diálogo intercultural, especialmente con culturas latinoamericanas, en el que cada cultura aprenda de otras, pues ninguna cultura es perfecta, pero todas pueden mejorar mediante el aprendizaje intercultural. Se trata entonces de adquirir conocimiento de culturas sostenibles como medida correctiva ante las acciones destructivas de nuestra civilización sin caer en la admiración beata (Puleo, 2022). No venerar costumbres solo porque estas son parte de la tradición cultural propia o ajena, es esencial para construir, en conjunto, una cultura ecológica de la igualdad. De acuerdo con Puleo (2022) se debe evitar caer en la veneración hacia prácticas culturales debido a que “todas las culturas han sido y continúan siendo injustas con las mujeres y con los animales no humanos” (p. 37).

El Ecofeminismo crítico de Puleo (2011) no pretende dar respuesta a todos los problemas de la sociedad actual, sin embargo, tampoco es un planteamiento indiferente al mundo plagado de desigualdades y a la naturaleza al borde del colapso. Según la autora, se trata de un diálogo entre el feminismo y el ecologismo con la convicción de que no solo es necesaria, sino también posible una alianza entre ambos. La propuesta de Puleo parece estar más enmarcada en los problemas ambientales de la sociedad contemporánea, pues sus planteamientos aspiran a ir más allá de lo

teórico y buscan generar cambios también a través de la práctica. La filósofa deja de lado ideas problemáticas que van en contra de la lucha feminista y adopta una postura más prudente, a comparación de otras pensadoras ya mencionadas, ante los beneficios de la ciencia y la tecnología. Es claro que sus postulados en todo momento invitan a adoptar una posición crítica y reflexiva para hacer frente a los problemas ecológicos desde cuestiones de género. Se trata, sin duda, de una propuesta que se ha nutrido de diversas fuentes y está consciente de sus propias limitaciones.

4.3 El Ecofeminismo: una respuesta a la naturalización de la mujer

Díaz (2019), Bergère (2016) y Puleo (2013) explican que la formación de las bases del Ecofeminismo surge cuando pensadoras como Simone de Beauvoir comienzan a cuestionar la forma en que se relacionaba a la mujer con la naturaleza. De Beauvoir fue la primera en indagar más a fondo sobre la asignación del sexo femenino al mundo natural frente al concepto de progreso de la civilización. Además, la autora habla sobre cómo la creencia según la cual todas las mujeres deberían parir se basa en una asociación intrínseca entre la feminidad y la capacidad reproductiva del cuerpo humano. Se asocia a las mujeres con la naturaleza debido a su capacidad reproductiva, incluyendo el embarazo, el parto y la lactancia, aspectos considerados de índole animal. Sin embargo, no solo las reflexiones de Simone de Beauvoir formarían las bases del Ecofeminismo, pues más tarde, Sherry Ortner (1974) realizó un estudio antropológico sobre la misma cuestión que había abordado de Beauvoir; la relación de las mujeres con la naturaleza. En su trabajo *Is female to male as nature is to culture?* Ortner formuló la teoría de que la concepción universal de la mujer como mediadora entre el hombre y la naturaleza podía explicar no solo el origen, sino también la lógica del orden patriarcal. Según sus postulados, las mujeres pasan por un proceso de naturalización que las devalúa frente a los hombres. Por dicha razón, su trabajo se considera elemental para la teoría ecofeminista en todas sus corrientes.

El trabajo de Ortner dio una explicación a la subordinación y dominación de la mujer, asegurando que se establece una relación entre la mujer y la naturaleza, debido a que ambas desempeñan funciones y ocupan espacios de mediación entre naturaleza y cultura, la procreación de los hijos, la transformación de los alimentos de crudos a cocidos, entre otros (Díaz, 2019).

4.4 El Ecofeminismo: más allá del sesgo antropocéntrico

La crisis ecológica no sería consecuencia únicamente del sesgo antropocéntrico, dicho sesgo cultural hace que se tenga en consideración moral solamente a los seres humanos y no al resto de seres vivos y la naturaleza; este denotaría, en realidad, la marcada presencia de

androcentrismo. Es decir, un modelo cultural en el cual se imponen las visiones masculinas sobre las femeninas, pues estas últimas son vistas como inferiores. Los dos sesgos son parte de la epistemología patriarcal, que sería la principal responsable de brindar soporte a los modelos de pensamiento mencionados. En estos modelos de pensamiento se establece una conexión que aparenta ser antagónica entre dos partes, una de ellas siempre es vista como superior y siempre saca ventaja de la otra. Entonces, la naturaleza está subordinada al ser humano y la mujer, al hombre (Díaz, 2019; Mies y Shiva, 1998).

Cada una de las pensadoras que han sido mencionadas previamente están conscientes del problema que representa el antropocentrismo, por esto han buscado la raíz de esta problemática y posibles soluciones desde diversas perspectivas. Como ya se había mencionado, Bina Agarwal (1992) plantea el ambientalismo feminista; este considera de vital importancia la forma en que se relaciona la humanidad con la naturaleza. De acuerdo con esta postura, es esencial llevar a cabo cambios significativos e interrelacionados con las distintas formas de producción para contrarrestar las consecuencias de la opresión de la naturaleza y la mujer. Así también, Alicia Puleo (2011) propone una serie de cambios necesarios para superar la degradación del medio ambiente y la subyugación de la mujer, siendo algunas de estas la globalización de la ética de cuidado para que el género masculino se involucre más en tareas que le han sido impuestas exclusivamente al colectivo femenino (Puleo, 2011; Puleo, 2013) y el diálogo entre culturas que pueda dar paso a la producción sustentable de alimentos (Puleo, 2011; Puleo, 2022).

Pese a las diferencias que existen entre las diferentes corrientes ecofeministas, todas las pensadoras han llegado a conclusiones similares, que se han categorizado en tres puntos: en primer lugar, las autoras señalan la necesidad de la crítica al antropocentrismo y al sesgo antropocéntrico presente en la ciencia, tecnología y el modelo de producción actual para dar lugar a mejores prácticas que eventualmente hagan posible construir una nueva cultura que sea más incluyente y respetuosa de la diversidad, ya sea cultural, étnica, o de género. En segundo lugar, coinciden en la importancia de la soberanía alimentaria, al igual que el desarrollo de prácticas de producción sostenibles y amigables con el medioambiente. Finalmente, también convergen en la reivindicación de los saberes ancestrales de las mujeres de comunidades nativas o indígenas y la forma en que influye su participación para la construcción de un futuro más sostenible y equitativo.

4.4.1 El Ecofeminismo y los espacios eco-distópicos

George Orwell escribió el ensayo *You and the Atom Bomb* (1945), donde reflexiona sobre las armas y su capacidad destructiva y hace énfasis en la bomba atómica, por ser un arma de destrucción masiva que ha influido en la sociedad y la política. El escritor, citando al novelista H.G Wells, advierte sobre el peligro que estas representan, pues los avances científicos acercan cada día más a la humanidad a destruirse a sí misma con sus propias armas. Este ensayo se enmarca en las devastadoras secuelas de la Segunda Guerra Mundial y la incertidumbre general provocada por la amenaza de la bomba atómica. El potencial devastador de los avances tecnológicos y el peligro que pueden representar para la humanidad son ideas que, tan solo cuatro años más tarde, se verían reflejadas en su novela de ciencia ficción distópica *1984*. Una vez que se aborde la distopía, será notorio que no se trataba de conspiraciones ni miedos inexistentes, sino de una preocupación fundamentada.

La distopía o utopía negativa se basa principalmente en la denuncia que se realiza de los hipotéticos desarrollos nocivos de la sociedad actual. Este concepto nace como una crítica a la utopía. No obstante, no se trata de varios prejuicios, sentimientos o ideas ante ciertos aspectos de una sociedad utópica. Se diferencia de la utopía debido a que está más relacionada con el presente y no tiene como base los principios morales para construir un modelo de sociedad ideal, sino que deduce un futuro con un mundo indeseable partiendo de la extrapolación de realidades actuales (López, 1991). La distopía toma la idea de que el futuro depende del presente, pero la muestra de manera pesimista. Paralelamente advierte que, si no se cambia la forma de actuar, las nuevas generaciones no tendrán un buen futuro; por el contrario, habitarán un mundo desolado y opresivo a causa de la falta de interés y sabiduría de sus predecesores. Esta le atribuye una índole racionalizada y generalmente científicista al futuro, advirtiendo de los riesgos inherentes a la racionalidad instrumental que está regida por la lógica del cálculo y de la eficiencia, direccionada al dominio total de la naturaleza (Campos, 2020).

El abuso de la naturaleza y los recursos naturales a su vez se relaciona con las prácticas presentes en la sociedad actual, más específicamente con los problemas y miedos generados por las condiciones de dicha sociedad. Bauman (2010) menciona la omnipresencia de los miedos, esto sucede cuando ese miedo puede colarse fácilmente a cualquier espacio. Ese temor, que puede venir de algo que se ha consumido, de algo con lo cual el cuerpo ha tenido contacto, de aquello a lo que se denomina naturaleza. Este representa una mayor amenaza debido a que, pese a estar presente en

todo momento, en primera instancia y a simple vista no representa peligro alguno. Este temor tiene cabida debido a la degradación de la naturaleza y está presente en obras literarias como *Distancia de rescate* que será analizada.

En este sentido los postulados del Ecofeminismo, en la literatura, se relacionan con los espacios eco-distópicos. Esto se da pues se busca crear conciencia acerca de la degradación del medio ambiente que se ha dado en las últimas décadas y amenaza con perjudicar de manera irreversible a la humanidad y todos los seres vivos que habitan el planeta Tierra si no se toman medidas al respecto. A su vez, comparten una preocupación por la interconexión entre la opresión de género y la degradación ambiental y ambos abogan por la necesidad de cambiar los sistemas opresivos que perpetúan estas injusticias. Al explorar estas temáticas conjuntamente, se puede tener una comprensión más profunda de los desafíos que se enfrentan en la actualidad con relación al género y al medio ambiente.

4.4.2 El Ecofeminismo, una alternativa viable

Puleo (2017) afirma que las condiciones ambientales del siglo XXI necesitan que el feminismo y ecologismo tomen mayor importancia y desempeñen un rol fundamental, pues representan una solución para el deterioro del medio ambiente. La mirada ecofeminista es vital en este momento en el cual el modelo de desarrollo afecta la salud de una parte de la población, desplaza de sus tierras a pueblos nativos que viven de los recursos en estas, extermina a la biodiversidad y acaba con los recursos naturales no renovables (Puleo, 2023). Desde la década de los 60, la humanidad ha sido consciente de que, contrario a lo que creían, la naturaleza no podía recuperarse tan fácilmente de la degradación masiva que avanzaba a un ritmo vertiginoso. Notaron que la Tierra no era una fuente inagotable de recursos, sino que tenía un límite. A pesar de que haya pasado el suficiente tiempo para establecer medidas que prevengan el daño al medio ambiente y preserven lo que queda del mismo, hoy la escasez de recursos ofrece las mínimas condiciones de vida para el hombre en ciertas zonas (Aguilar, 2010).

En este punto es indispensable responder a una pregunta puntual: ¿cómo puede contribuir el Ecofeminismo ante tal escenario? El Ecofeminismo proporciona ciertas claves necesarias para repensar las contradicciones de la actualidad, restablecer los imaginarios dominantes y presentar nuevas formas de relación entre la humanidad y la naturaleza (Díaz, 2019). La crisis ecológica actual no es más que una consecuencia de la sobreexplotación de los recursos naturales, de un

modelo de producción que está más interesado en generar dinero masivamente que en respetar los principios de vida (Aguilar, 2010; Shiva, 1995).

El Ecofeminismo propone una transformación basada en la evidencia material del cuidado y sostenibilidad de la vida mientras que, paralelamente, denuncia los anclajes del sistema de dominación capitalista. Estos anclajes son la invisibilización, la desvalorización, el menosprecio, la explotación, el despojo y la apropiación del saber; el conocimiento, el trabajo o cualquier actividad realizada, en su mayoría, por mujeres. Sin ellas, la sobrevivencia humana, la producción y la reproducción de la cultura y de la sociedad serían imposibles (Herrero 2013). Este movimiento denuncia la manera en que tanto los ciclos vitales humanos como los ciclos ecológicos han sido completamente ignorados por la economía actual (Shiva, 1995). A pesar de que la humanidad obtiene todo aquello que necesita para seguir con vida de la naturaleza y, en consecuencia, dependen de ella, el hombre ha creado una especie de pared que lo separa a él del resto del mundo. Esto, a su vez, guarda relación con la idea del progreso, pues se cree que la superación de los límites de la naturaleza representa un avance. Entonces, la dominación de la naturaleza es el resultado del insaciable deseo por eliminar aquellos obstáculos que impiden obtener los recursos de la naturaleza más rápido y más fácilmente. Tras dicho progreso se esconden las consecuencias de superar los límites de recursos escasos, la destrucción, el agotamiento y degradación de eso que es imprescindible para la vida (Shiva, 1995; Herrero, 2015).

Por otro lado, el sesgo patriarcal de la cultura o androcentrismo es la consecuencia de la exclusión histórica de las mujeres en espacios de gran importancia. El pensamiento occidental ha extendido la creencia de que la naturaleza es simple materia prima que, además de ser inferior, existe únicamente para que se sirvan de ella, para ser explotada y dominada por el hombre (Puleo, 2009). Sin embargo, en las sociedades patriarcales, quienes se han encargado, casi exclusivamente, de las tareas que involucran atención y cuidado a las necesidades de las personas vulnerables son las mujeres, debido a que así es como lo dicta la división sexual del trabajo (Herrero, 2015).

5. Metodología

El presente apartado está compuesto por tres momentos: en primera instancia, se abarca el tipo de enfoque que se emplea en la investigación; a continuación, se describe el tipo de diseño y su fundamentación y, para concluir, el corpus de la investigación.

5.1 Enfoque de investigación

El presente estudio involucra el análisis e interpretación de la literatura, por dicha razón se ha elegido el enfoque de investigación cualitativo debido a que es el que mejor se acopla a la naturaleza del estudio. Según Creswell (1998, como se citó en de Gialdino, 2006) la investigación cualitativa es un proceso interpretativo de indagación que tiene como base diversas tradiciones metodológicas, la bibliografía, la teoría fundamentada en datos y el estudio de casos.

En virtud de esto, en la presente investigación, se pretende analizar la novela *Distancia de rescate* (2014), de la escritora argentina Samanta Schweblin, desde algunos de los postulados del Ecofeminismo de las corrientes aludidas anteriormente, siendo estos:

- Las relaciones de cuidado y responsabilidades de la crianza como prácticas que se encuentran determinadas por los roles de género y le son infligidas a la mujer como los constructos sociales en torno a la maternidad (Ecofeminismo constructivista y crítico).
- La contaminación del medio ambiente y la sobreexplotación de los recursos, consecuencia del modelo de producción capitalista, como una problemática que afecta especialmente a las mujeres que habitan en zonas desfavorecidas o países en vías de desarrollo donde hace que empeoren sus condiciones de vida y la de sus hijos (Ecofeminismo esencialista), afecta su bienestar y salud reproductiva (ecofeminismo constructivista y crítico), las responsabiliza de realizar tareas extra que involucran el cuidado de ancianos y enfermos debido a una visión antropocéntrica del mundo que les es impuesta (Ecofeminismo constructivista, esencialista, crítico, clásico).
- La falta de autonomía corporal femenina cuando involucra el embarazo y el control de la salud reproductiva de las mujeres en general como un medio por el cual se propicia el sistema de producción capitalista y la sobreexplotación del medio ambiente y los recursos naturales (Ecofeminismo esencialista, clásico).
- La dominación de la mujer y la naturaleza como raíz de un mismo problema: el sesgo antropocéntrico. A su vez, de este se desprende la devaluación del trabajo doméstico y de

cuidado; el nacimiento y auge del capitalismo como modelo económico (Ecofeminismo constructivista, esencialista).

Para esto se ha tomado en cuenta a las representaciones de ciertas actitudes y acciones del ejercicio de la maternidad de las figuras femeninas de la obra literaria escogida.

5.2 Tipo de diseño

El diseño empleado en el presente estudio es de tipo documental, más específicamente el análisis literario. Este diseño involucra la recopilación y estudio sistemático de las fuentes documentales. Estas pueden ser de diversa naturaleza: personales, institucionales o grupales; formales o informales (Sandoval, 1996). Según Gómez (2011, como se citó en Vargas, 1992) la investigación documental parte de propuestas y resultados sistemáticos que fueron alcanzados en procesos de conocimiento previos al estudio que se está realizando con la intención de leerlos y comprenderlos. Puesto que para el análisis literario de la obra *Distancia de rescate* de Samanta Schweblin, se pretende recopilar y contrastar información bibliográfica acerca de los postulados del Ecofeminismo, resulta un diseño ideal para la ejecución de este.

5.3 Conformación del corpus

La presente investigación surge del interés en la literatura contemporánea de autoras latinoamericanas con obras protagonizadas por personajes femeninos y narrativas que describen sus vivencias. Además, durante la revisión de diversos escritos, se tomó en cuenta dos características fundamentales con las cuales debía cumplir una obra para ser seleccionada. Esta debía: estar escrita originalmente en español, retratar la maternidad desde una perspectiva femenina y representar la crisis climática actual. Para esto se revisaron las siguientes obras: *Las cosas que perdimos en el fuego* (2016), de Mariana Enriquez; *Sanguínea* (2020), de Gabriela Ponce; *Pelea de gallos* (2018), de María Fernanda Ampuero; *Distancia de rescate* (2014), de Samanta Schweblin; *Su cuerpo y otras fiestas* (2017), de Carmen Manchado y *Las voladoras* (2020), de Mónica Ojeda. Una vez se realizó la lectura de las obras se determinó que la novela corta *Distancia de rescate*, de Samanta Schweblin, era el único escrito que cumplía con todos los requerimientos mencionados anteriormente.

Si bien las autoras ya señaladas narran experiencias femeninas desde un realismo gótico, las obras que fueron estudiadas no presentan ninguna problemática ambiental como la contaminación o sobreexplotación de los recursos. Esta ausencia de temáticas que podrían ser vinculadas con la crisis ambiental impidió que se pudieran acoplar al Ecofeminismo. Por otro lado,

Distancia de rescate se diferencia de los demás escritos de Schweblin debido a que es una de sus pocas obras que aborda a profundidad la maternidad desde una perspectiva realista y libre de idealizaciones. En su novela, la autora retrata la misma experiencia desde distintas posiciones, poniendo en evidencia la escala de matices que conlleva la maternidad. *Distancia de rescate* se diferencia de su otra novela, puesto que en *Kentukis* (2018), Schweblin presenta la forma en que la tecnología interviene en las experiencias humanas y, aunque la gran mayoría de los personajes son mujeres, esta obra no retrata la maternidad ni la crisis ambiental. Sus libros de cuentos *Pájaros en la boca* (2008) y *Siete casas vacías* (2015) abordan diversas temáticas; la mayoría reflejan experiencias femeninas, pero no lo hacen con la misma profundidad que *Distancia de rescate* y su diversidad hace que no se acoplen a ninguno de los criterios señalados.

Por lo antes expuesto, el corpus utilizado en esta investigación es la novela corta *Distancia de rescate*, publicada en 2014. A lo largo de su carrera, Schweblin ha recibido numerosos elogios de la crítica, consolidándose como una de las autoras más destacadas y premiadas de la literatura latinoamericana actual. Los reconocimientos a su obra comenzaron en 2001 cuando ganó el premio del Fondo Nacional de las Artes en Argentina con su libro de cuentos *El núcleo del disturbio*. Posteriormente, su segundo libro de relatos, *Pájaros en la boca* (2008), fue galardonado con el premio Casa de las Américas durante ese mismo año. La consagración de Schweblin llegó cuando la revista inglesa *Granta*, en 2010, la seleccionó como uno de los mejores veintidós autores menores de treinta y cinco años que escribían en español. La autora, a la par de escritoras contemporáneas como Lucía Puenzo y Julia Navarro, fue una de las cinco mujeres seleccionadas por la revista. Más tarde, la escritora recibió el premio Internacional de Cuento Juan Rulfo en su edición número 30, en el año 2012, por su relato *Un hombre sin suerte*. Posteriormente, su primera novela, *Distancia de rescate* (2014), le valió el prestigioso Premio Tigre Juan de Narrativa en 2018 (Cárdenas y Parra, 2020; Juristo, 2018).

Por otro lado, Bogotá 39, un evento que surgió en 1997 de la colaboración entre *Bogotá, UNESCO World Book Capital City 2007* y el *Hay Festival* de Cartagena, seleccionó en su segunda edición, llevada a cabo en 2017, a los treinta y nueve escritores más prometedores de América Latina que, en ese momento, tenían menos de cuarenta años. Schweblin figuró en esta lista, junto con otras doce autoras, tales como Mónica Ojeda, Claudia Ulloa y Brenda Lozano. Entre sus logros más recientes se destaca el premio IILA-Literatura en 2021 por su última obra publicada *Kentukis* (2018) y el National Book Award, uno de los más prestigiosos de Estados Unidos, le fue otorgado

en 2022 por la traducción al inglés de su obra *Siete casas vacías* (2015) (Criales, 2022; Piqué, 2021). Estos reconocimientos no solo demuestran la calidad literaria de Schwebelin y su contribución significativa al panorama literario hispanohablante contemporáneo, sino también su trayectoria como escritora.

La elección de su novela *Distancia de rescate*, para la presente investigación, y su vinculación con los postulados del Ecofeminismo señalados previamente, nace debido a que presenta características que posibilitan su estudio desde dicha corriente. Según Kördel (2022), parte central del análisis ecofeminista en la obra se construye teniendo en cuenta dos ejes fundamentales: la maternidad y la relación de las figuras femeninas con el medioambiente. En *Distancia de rescate*, la maternidad es la base sobre la que se construye la narrativa, siendo así un tema de gran interés, al igual que el medioambiente, considerado como una amenaza, pues las protagonistas femeninas y sus hijos se convierten en víctimas de las consecuencias de habitar zonas en las que se ha desarrollado un ambiente tóxico para los humanos y animales como resultado de la contaminación del agua y las cosechas (Espinoza, 2022; Kördel, 2022; Korsan, 2021).

La narrativa de Schwebelin es percibida como parte de la creciente ola de literatura femenina o feminista, pues sus escritos exploran lo siniestro y poco usual, así como también lo ominoso de las relaciones familiares. La autora aborda dichas temáticas desde la perspectiva femenina (Benavides, 2018). La producción de la escritora ha sido catalogada de dicha manera por su visión sobre aspectos y circunstancias de la vida familiar y social, en la que las protagonistas siempre son mujeres. Además, su mirada acerca de la desigualdad de género pone en evidencia aquello que es parte de la vida personal e íntima de la mujer. Schwebelin aborda las experiencias de la mujer desde su propia voz, explorando sus palabras y silencios, así como los sentimientos de miedo, angustia y soledad que puede experimentar en diversas facetas de su vida, como las relaciones de pareja, la maternidad, la vida conyugal y la familiar (Cárdenas y Parra, 2020). Es claro que su obra *Distancia de rescate* brinda una perspectiva idónea si se pretende estudiar la maternidad desde una perspectiva femenina y, paralelamente, la relación de este fenómeno con el medioambiente.

Una vez presentadas las razones que respaldan la elección del corpus de esta investigación, es pertinente detallar la metodología que guía el análisis. Las unidades de análisis seleccionadas abarcan las siguientes temáticas: el espacio distópico, la relación entre la maternidad y el medioambiente, la contaminación de los recursos naturales y su relación con los cuerpos; y la

sobreexplotación de los recursos naturales, el sistema capitalista, la división del trabajo por género y las relaciones de cuidado en situaciones de riesgo.

5.4 Técnicas e instrumentos para la recolección de datos

Para realizar la presente investigación se han empleado técnicas de lectura y análisis literario. Por consiguiente, se ha elaborado un modelo de tabla que está compuesto por cuatro columnas que son: categoría, fragmentos de la obra, correlación teórica y comentario. De esta manera, cada uno de los apartados ayuda a complementar, presentar y analizar cada una de las temáticas de las unidades de análisis. A continuación, se presenta la estructura de la tabla mencionada.

Tabla 1

Ejemplo del instrumento de recolección de datos, donde se vincula las unidades de análisis y sus categorías

Categorías		Fragmentos de la obra	Correlación teórica	Comentario
La representación de la maternidad: estereotipos	“Buena” madre	Tradiciones de crianza impuestas		
		Priorización de las necesidades del hijo		
		Culpa ante descuidos de en la crianza		
	“Mala” madre	Rechazo hacia el hijo		
		Priorización de los intereses personales		
		Falta de cuidado hacia el hijo		
En situaciones seguras	Sobreprotección			

Relaciones de cuidado	En situaciones de riesgo	Ante el malestar y la enfermedad			
		Ante la vulnerabilidad			
Los espacios eco-distópicos, los recursos naturales y su relación con el capitalismo		El medioambiente			
		El agua			
		Las plantaciones			
		En humanos			
		En animales			

6. Resultados

6.1 Estereotipos sobre la maternidad

6.1.1 La “buena” madre

La maternidad es el tema principal de la novela, pues todos los acontecimientos que suceden en la historia, de alguna manera u otra, están ligados a esta. Desde el inicio de la novela, el personaje Amanda es retratado como el arquetipo de “buena” madre. Este se caracteriza por la abnegación y completa entrega a los hijos debido a que se percibe a estas capacidades como propias de la mujer (Badinter, 1980). Para Amanda, su vida entera gira en torno a criar adecuadamente a su hija Nina, aunque eso implique dejar de lado sus propias necesidades e intereses. De esta forma, en la novela se da a entender que Amanda dejó de preocuparse por su propio bienestar mental y físico tan pronto como Nina nació, pues ella se convirtió en su única prioridad.

Cambio el peso de mi cuerpo de una pierna a la otra (...) Porque me alivia, porque últimamente siento que mantenerme en pie implica un gran esfuerzo. Se lo dije una vez a mi marido, y él dijo que quizá estaba un poco deprimida, eso fue antes de que Nina naciera. Ahora el sentimiento es el mismo, pero ya no es lo más importante. (Schweblin, 2014, p. 21)

Para Amanda, no hay nada más significativo que Nina y por esto se presiona constantemente a sí misma a ser una “buena” madre. Este estereotipo requiere actos de sacrificio que llevan a Amanda a intentar cuidar de Nina en todo momento. Esto provoca que incluso, cuando se encuentra en estado de delirio a causa de la intoxicación de la que es víctima, la protagonista en lo único que piense es en su hija: “¿y Nina? Si todo esto realmente sucede, ¿dónde está Nina? Mi Dios, Dónde está Nina. *Eso no es importante* [responde David]. Eso es lo único importante” (Schweblin, 2014, p. 21). Amanda no puede dejar de preocuparse por Nina; la idea de no poder cuidarla a causa de su enajenación trasciende el mismo envenenamiento. Amanda, pese a las circunstancias, en ningún momento olvida su condición como madre (Donath, 2016). Lo que experimenta la protagonista se ve correlacionado con lo dicho por Molina (2006), donde se expone que las progenitoras actuales viven episodios de agobio frecuentes debido al exceso de responsabilidades. Además, autoras como Rich (2019) y Badinter (1980) mencionan que socialmente se espera que una “buena” madre ponga a sus hijos sobre sus intereses personales. Aunado a esto, Rich (2019) sostiene que esto crea una especie de desigualdad entre la madre y el

hijo, pues las necesidades de la madre, en comparación con las de su descendiente, siempre serán opacadas.

El temor de Amanda ante la idea de que Nina resulte herida de cualquier manera es tan grande que se niega a estar lejos de ella. Esto la lleva a medir constantemente la distancia entre ambas. De esta manera, es capaz de saber aproximadamente cuánto tiempo le tomaría llegar hasta Nina si algo le pasara repentinamente; esta práctica está muy presente en su vida, llegando a esclavizarla. A esta acción la denomina “distancia de rescate”. Más adelante, Amanda le explica a David que prácticamente todas las acciones que emplea para proteger a Nina son enseñanza de su madre: “¿cuándo empezaste a medir esta distancia de rescate? [pregunta David] Es algo heredado de mi madre. «Te quiero cerca», me decía. «Mantengamos la distancia de rescate»” (Schweblin, 2014, p. 26). Rich (2019) asegura que las cualidades que se consideran propias de una madre, como la paciencia y el sacrificio son en realidad habilidades aprendidas, por lo que llegan a ser el resultado de la autodisciplina de las mujeres. Para la protagonista, la distancia de rescate representa un mecanismo para garantizar el bienestar de Nina y a su vez da razón de su conexión de madre e hija. Rich (2019) habla sobre la necesidad de mantener cerca al hijo como si un hilo invisible los uniera a ambos, argumentando que esto es percibido como una condición propia de la maternidad, como un fenómeno natural.

Como puede verse, el mito del instinto maternal se le impuso a Amanda a través de la idea de que una madre solo puede garantizar el bienestar de sus hijos mediante el cuidado constante y permanente. De esta derivan la necesidad de Amanda de mantenerse en estado de alerta gran parte del tiempo, priorizar el cuidado de Nina, incluso si eso significa no preocuparse por su propio bienestar y ver su rol de madre como primordial e irremplazable. Amanda estuvo expuesta a dicha creencia desde una edad muy temprana por el simple hecho de ser mujer. De ahí que la protagonista no haya cuestionado las acciones que implicaba, o si realmente deseaba ser madre. La protagonista no sabía que podía decidir sobre esto; simplemente lo aceptó como algo que debía hacer (Rich, 2019).

Según Meruane (2018) los roles de género contribuyen a que las mujeres sean madres sin antes reflexionar sobre esto e incluso evitan pensarlo por temor a descubrir que no se trata de un deseo propio, sino uno impuesto. Amanda no solo mantiene esta especie de tradición, también planea inculcar dichas prácticas a Nina, pues asegura que “tarde o temprano sucederá algo terrible. Mi abuela se lo hizo saber a mi madre, toda su infancia, mi madre me lo hizo saber a mí, toda mi

infancia, a mí me toca ocuparme de Nina” (Schweblin, 2014, p. 55). Ninguna mujer de las últimas tres generaciones en la familia de Amanda ha sido capaz de decidir sobre cómo quería hacerse cargo de sus hijos, se ha asumido que tendría hijos. Badinter (1980) y Palomar (2004) sostienen que la creencia de que existen “cuestiones de mujeres” y determinadas tareas exclusivamente para cada género, siendo un ejemplo de estos la maternidad, forma parte de los comportamientos relacionados con el género. Estos, a su vez, dan razón de un imaginario femenino y uno masculino que determina el comportamiento de los individuos, generando efectos sociales como el mencionado anteriormente.

Esta costumbre lleva a Amanda a intentar incesantemente, y por todos los medios, ser una excelente madre; cualquier acción que atente contra dicho propósito la atormenta y debe ser evadida a toda costa. Se martiriza a sí misma con la idea de llegar a ser una “mala” madre por el simple hecho de no poder vigilar lo suficientemente a Nina, de no ser capaz de prevenir posibles riesgos, incluso si se mantiene en estado de alerta permanentemente. Durante su estado de vulnerabilidad a causa de la intoxicación, y sabiendo que podría morir en cualquier momento, Amanda continúa preguntando a David si hizo algo mal:

¿Se trata del veneno? Está en todas partes, ¿no, David? *Siempre estuvo el veneno* [responde David]. ¿Se trata entonces de otra cosa? ¿Es porque hice algo mal? ¿Fui una mala madre? ¿Es algo que yo provoqué? La distancia de rescate. (...) Cuando estábamos sobre el césped con Nina, entre los bidones. Fue la distancia de rescate: no funcionó, no vi el peligro. (Schweblin, 2014, p. 71)

Al respecto, Badinter (1980) señala que la sociedad patriarcal ha diseñado mecanismos de control para que la madre se sienta con toda la responsabilidad del cuidado de sus hijos, siendo el sentimiento de culpa el más efectivo, pues ninguna madre puede ser inmune a este (Rich, 2019). Incluso ante la irresponsabilidad del padre, o en este caso, su ausencia, el esposo de Amanda no se encuentra presente ni se involucra demasiado en la crianza de Nina; la culpa cae sobre la madre por no cuidar bien a su hija y ser “mala” madre. La propia Amanda se recrimina no haber prevenido la intoxicación ni siquiera mediante la distancia de rescate: “estoy distraída. *¿Qué tiene Nina?* [pregunta David] No sé, David, ¡no sé! Hablo con Carla como una estúpida” (Schweblin, 2014, p. 40). La culpa que siente Amanda, y que yace en su subconsciente, la atormenta por no haber detectado el peligro a tiempo y por ignorar el riesgo al que estaba expuesta su hija. Esto, a su vez, guarda relación con lo dicho por Meruane (2018), en tanto que la madre es “quien carga con el

devenir de su vástago ante la sociedad, la familia e incluso ante el juicio de sus propios hijos” (p. 176). Como ya se mencionó, el sentimiento de responsabilidad y culpa vienen condicionadas por las tradiciones de crianza hacia el género femenino y causan diversas consecuencias.

La idea de que la maternidad conlleva sacrificio, dolor y abnegación, derivada de la imposición del instinto materno, está muy arraigada en Amanda. Por esa razón cree inconcebible una crianza distinta. Esto es evidente cuando David le cuenta sobre los niños envenenados del pueblo y ella pregunta: “¿son chicos intoxicados?, ¿cómo puede una madre no darse cuenta?” (Schweblin, 2014, p. 63). Amanda no solo anhela cumplir con el perfil de madre ideal; está convencida de que es la única forma en que se debe ejercer la maternidad. En el momento en que David habla sobre su gusto por salir a caminar en las noches, Amanda no pregunta a David sobre sus razones para hacerlo, pero sí cuestiona inmediatamente a Carla y las acciones que ha tomado al respecto: “¿y Carla te lo permite?” (Schweblin, 2014, p. 27). La idea de “buena” madre lleva a la protagonista a juzgar a la otra madre pues percibe que esta ejerce su crianza sin pretender encajar con el arquetipo aludido como ella lo hace. Incluso si esta también procura asegurar el bienestar de sus hijos dentro de sus posibilidades, Amanda la cuestiona internamente por no llevar a cabo prácticas metódicas similares a las suyas. De acuerdo con Meruane (2018), la “buena” madre, es aquella que se dedica exclusivamente al cuidado de sus hijos, puede llegar a percibir como negligente a la mujer que no prioriza el cuidado de sus vástagos y se desenvuelve en otros ámbitos. Esto se da debido a que le resulta un acto de egoísmo que haya renunciado al que debería ser su deber primordial por asumir otras responsabilidades. A su vez, esto se relaciona con la estigmatización, penalización y señalamiento que experimentan las madres que no cumplen con las expectativas necesarias para cumplir con su rol de madres (Palomar, 2004).

Como parte de las creencias del personaje de Amanda sobre el instinto materno, Schweblin emplea la metáfora del hilo invisible como una conexión natural e innata que las mujeres comparten con sus hijos al convertirse en madres. Para la protagonista, esta especie de cordón umbilical que la une con su hija es inquebrantable, pues se trata de algo intangible e innato. El hilo siempre está presente y la protagonista es capaz de sentirlo dependiendo de si conoce el estado de Nina o no: “siento, con una claridad espantosa, el hilo que se tensa, la imprecisa distancia de rescate” (Schweblin, 2014, p. 28), pero cuando Amanda experimenta inmenso dolor y se aproxima más a la muerte, siente al hilo estirarse corriendo el riesgo de dividirse. No obstante, Amanda se niega a aceptar la posibilidad de que esto llegue a suceder, asegurando que “eso no puede pasar con el hilo,

porque yo soy la madre de Nina y Nina es mi hija” (Schweblin, 2014, p. 71). Para Amanda el hilo no es algo meramente emocional, pues pese a ser incorpóreo, este es capaz de producirle dolor físico al tensarse: “algo tira más fuerte del hilo y las vueltas se achican. El hilo me va a partir el estómago” (Schweblin, 2014, p. 71) y aunque dicha sensación podría atribuirse al envenenamiento, los síntomas que presenta son distintos. Estando intoxicada Amanda siente “una jaqueca feroz (...) es un dolor punzante y pesado desde la nuca hacia las sienes” (Schweblin, 2014, p. 57) y le “tiemblan mucho las manos” (Schweblin, 2014, p. 48). Su estado constante de alerta le genera preocupación extrema y estrés; esto hace que Amanda pueda palpar claramente la sensación del hilo tensándose en su estómago, causándole dolor y, a largo plazo, resultando insoportable. El hilo que une a una madre y su hijo puede ser visto como algo natural y propio de la relación entre ambos (Rich, 2019). No obstante, la sensación de las madres de estar conectadas a sus hijos es el resultado de un modelo de maternidad altamente demandante que le exige a las mujeres tener instinto maternal y que este se encuentre siempre presente en la crianza (Donath, 2016).

Al enterarse de que va a morir, la preocupación hace que el dolor provocado por el hilo se intensifique, sabe que ya no podrá encargarse de criar a su hija, como lo había hecho hasta ese momento: “¿me estoy muriendo? *Sí. Quedan segundos* [responde David]” (Schweblin, 2014, pp. 71-72). Cerca del desenlace de la novela, Amanda siente el hilo cortarse, pues está agonizando: “ya no hay tensión. Pero yo siento el hilo, todavía existe” (Schweblin, 2014, p. 72). Con la muerte de Amanda, la madre, el hilo es cortado y ahora hay dos extremos. A diferencia de lo que creía, el hilo no ha desaparecido, simplemente se ha separado en dos partes. La conexión madre e hija ha sido fragmentada, pero sigue existiendo, pues solo una de las dos personas conectadas ha fallecido. Según Badinter (1980) las creencias en torno a la maternidad dependen de una sociedad dada en un determinado momento histórico, el instinto materno surge debido a que la sociedad le crea a las mujeres la concepción de ser madres. De ahí nace “el mito del instinto maternal, del amor espontáneo de toda madre hacia su hijo” (Badinter, 1980, p. 117). Esta nueva forma de entender la maternidad gana fuerza al resaltar el amor de una madre como un valor tanto natural como social, ya que se comienza a ver como beneficioso tanto para la especie como para la sociedad.

Por otro lado, Carla también tiene muy presente la idea del instinto maternal pese a que, como se abordará en la siguiente subcategoría de análisis, el personaje no cumpla con las características de una “buena” madre según los estándares dados por la sociedad. Cuando Carla es consciente de que la vida de su hijo está en peligro a causa de una intoxicación por beber agua

contaminada, decide actuar rápidamente, ya que desde su perspectiva “tenía pocas horas, minutos quizá, para encontrar una solución” (Schweblin, 2014, p. 13). Carla es consciente de que la vida de su hijo depende de sus decisiones, por esto sabe que no puede “esperar media hora a un médico rural que ni siquiera llegaría a tiempo a la guardia” (Schweblin, 2014, p. 13). Ante la falta de personal médico, Carla decide buscar a la mujer de la casa verde. Su determinación por salvar a su hijo hace que aceptara el ritual de la curandera, la migración de almas, y sus posibles consecuencias. Aun sabiendo que parte de su hijo sería reemplazado y que existe la posibilidad de que algo salga mal, decide que esa es la mejor alternativa, y que va a asumir la responsabilidad de sus actos: “incluso sin David en ese cuerpo, yo [Carla] seguiría siendo responsable del cuerpo, pasara lo que pasara” (Schweblin, 2014, p. 17). Carla decide asumir la responsabilidad de lo que sea que pasara con su hijo porque cree que “era la única manera que tenía de conservar a David” (Schweblin, 2014, p. 16). Carla también siente la necesidad de garantizar el bienestar de su hijo, cumpliendo así con el perfil de madre abnegada o “buena” madre, pues su principal característica es su capacidad de preocuparse por su hijo por encima de cualquier otra cosa (Badinter, 1980). Luego del ritual, David no es el mismo, el cambio radical en su actitud hace que Carla deje de considerarlo su hijo, pues piensa que el verdadero David, más específicamente su alma, está cerca y un día podrá encontrarlo. Carla está convencida de que reconocerá a su hijo tan pronto como lo vea, por eso se dedica a revisar “a todos los chicos de su edad (...) los tomo [*sic*] de los hombros para mirarlos bien a los ojos” (Schweblin, 2014, p. 62). Carla, al igual que Amanda, cree que la conexión con su hijo es innata, inquebrantable y trasciende la materialidad del cuerpo de David “cuando encuentre a mi verdadero David, (...) no voy a tener dudas de que es él” (Schweblin, 2014, p. 69). Para Carla, la relación madre e hijo que tiene con David es una suerte de cordón umbilical que los une y se ha mantenido presente desde el momento en que se convirtió en madre, el parto (Donath, 2016).

Como se puede comprobar, la protagonista es consciente de que la idea de estar conectada a su hija por un hilo invisible ha sido inculcada por su madre como una forma de crianza, pero ha llegado a aceptarlo como algo propio de la maternidad. Esta creencia genera en Amanda la necesidad de velar por el bienestar de su hija, tanto que cuando no tiene la certeza de que Nina está bien, se siente ansiosa y preocupada. La angustia de Amanda es tanta que llega a causarle dolor físico y es capaz de sentir el hilo en su estómago a punto de partir su cuerpo en dos fragmentos si se llega a tensar demasiado. Amanda está convencida de que hay un hilo invisible que la ata permanentemente a su hija desde el momento en que esta nació y la muerte sería lo único que

podría separarlas. Algo similar sucede con el personaje de Carla, pues también cree fielmente que está conectada con su hijo y debido a esto es capaz de reconocerlo en cualquier otro cuerpo con tan solo mirarlo a los ojos. Sin embargo, cuando sucede la separación del hilo debido a la muerte de la protagonista, la conexión entre Nina y Amanda sigue ahí pues este hilo está tan arraigado en su psique que, incluso al borde de la muerte, es capaz de percibirlo, demostrando así que el estereotipo de la “buena” madre moldea y condiciona las acciones y creencias de quien lleva este título.

6.1.2 La “mala” madre

El personaje de Carla es completamente opuesto al de Amanda con respecto a la forma de crianza que emplea con su hijo. Muchas de sus acciones y afirmaciones podrían hacer que sea catalogada fácilmente en el arquetipo de “mala” madre. No obstante, la actitud de Carla hacia su hijo no es más que una consecuencia de varios sucesos que estaban fuera de su control. La intoxicación, pese a tratarse de algo circunstancial, provoca un profundo sentimiento de culpa en Carla y, paralelamente, rechazo hacia su hijo. El padecimiento que sufre David y las secuelas irreversibles de este, el cambio de actitud radical del niño y las marcas en la piel, le recuerdan que no pudo cumplir con su tarea como madre, generando culpa y aversión en Carla.

Carla es consciente de que sus sentimientos hacia su hijo son socialmente inaceptables y podrían poner en duda sus capacidades como madre e incluso su condición de mujer (Rich, 2019); por esto no quiere hablar sobre lo sucedido con Amanda. En un inicio, contrariada, asegura “—si te lo cuento —dice—, ya no vas a querer verme más (...) —No vas a querer, Amanda —dice, y los ojos se le llenan de lágrimas” (Schweblin, 2014, p. 9). Sin embargo, está tan desesperada por compartir con alguien todo lo que ha vivido desde que David casi muere intoxicado, que acepta la posibilidad de ser percibida como una madre terrible por Amanda, con tal de ser escuchada. La negativa a compartir sentimientos negativos relacionados con la maternidad sucede debido a que las creencias sobre este fenómeno y el estereotipo de la “buena” madre niegan que de la maternidad deriven sentimientos como el arrepentimiento. Una madre no puede admitir ante la sociedad sentirse agobiada o arrepentida de ser madre, pues se piensa que ambas emociones son sinónimo de ausencia de amor hacia el hijo y no son compatibles con este (Donath, 2016). Para Carla, expresar la forma en que se siente sobre ser madre no solo implicaría admitir que es una madre negligente, también sabe que habría la posibilidad de que su reputación se vea afectada (Donath, 2016).

Mientras Carla le cuenta a Amanda sobre aquel día, expresa no considerar a David su hijo: “—¿es tuyo? ¿Es tu hijo? [pregunta Amanda] (...) —Era mío. Ahora ya no (...) —Ya no me pertenece” (Schweblin, 2014, p. 10). El desapego de Carla hacia su primogénito se desarrolla progresivamente; en un inicio se trata de miedo ante las consecuencias del ritual para combatir la intoxicación. Carla detalla cómo, tan pronto como vio a David, luego de que la mujer de la casa verde trasladara su alma a otro cuerpo, procuró mantenerse alejada de él: “no quería verlo, Amanda, lo que quería era escapar. Desesperadamente. (...) Nos miramos, pero yo enseguida aparté la vista (...) cuando él dio un paso más hacia mí, por su cuenta, yo me eché para atrás” (Schweblin, 2014, p. 19). Pese a que David estuvo a punto de morir y no podía moverse con normalidad, Carla no se acercó a él para asistirlo: “David se subió a la silla con esfuerzo, pero no pude ayudarlo” (Schweblin, 2014, p. 20). Carla no siente rechazo inmediatamente hacia su hijo, sino que está atemorizada por haber permitido que David pase por algo así y también teme por las posibles consecuencias. Cuando sus miedos se materializan y es consciente de que, definitivamente, algo ha cambiado en su hijo, Carla evita el contacto con David, pues ya no lo ve como su vástago; no logra tener el mismo aprecio o conexión hacia él. Con respecto a esto, Badinter (1980) asegura que el amor maternal es meramente un sentimiento, debido a que es incontinente, este puede existir o no; puede estar ahí y desaparecer, depende de la madre, su entorno y del momento histórico en que se ubique.

El sentimiento de repulsión que vive Carla luego del ritual de transmigración de almas incrementa cuando David mejora y comienza a actuar de manera anormal, respondiendo a todo con “eso no es importante” y enterrando patos, que ella creía David asesinó, en el jardín trasero. Carla comenta a Amanda que, la primera vez que lo vio haciendo esto, “tenía cuatro años y medio y estaba enterrando un pato” (Schweblin, 2014, p. 43). Simultáneamente, David empieza a desaparecer durante las noches. De acuerdo con Carla: “a veces, nos despertábamos en la noche y David no estaba en su cuarto, ni en ninguna otra parte de la casa” (Schweblin, 2014, p. 49). Por las razones nombradas, a los ojos de Carla, David se ha convertido en una criatura terrorífica; no se trata de un niño, mucho menos de su hijo y admite con resignación: “—éste [*sic*] es mi nuevo David. Este monstruo” (Schweblin, 2014, p. 20). La pérdida de su hijo como lo conocía, la incertidumbre que siente al tenerlo cerca y el remordimiento de haberlo descuidado, provocan que Carla desee huir del pueblo y empezar de nuevo: “—a veces fantaseo con irme —dice Carla—, con empezar otra vida donde pueda tener una Nina para mí, alguien para cuidar y que se deje”

(Schweblin, 2014, p. 51). A Carla le resulta tan agobiante su vida que ve como posible solución escapar. Carla no puede poner fin a la relación con su hijo; fantasear con dejar el núcleo familiar es una manera de lidiar con su situación, pues es el único momento en el que es capaz de descansar de su deber como madre (Donath, 2016). El hijo que tiene no es el niño al que amó, ni el hijo que quiere, pues carece de las características que ella ha preconcebido como perfectas; no es alegre y sonriente, por esto no cumple con sus expectativas de lo que espera de su primogénito. Está claro que es un niño que, después del incidente, no podrá desarrollarse como los otros.

El envenenamiento de David es un punto de quiebre en la relación madre e hijo con Carla, pues las acciones y la manera en que ella percibe a su niño habían sido completamente distintas antes de ese suceso. En el pasado, Carla apreciaba de forma genuina a su hijo; esto se ve reflejado en la manera en que lo describe y recuerda con profunda añoranza tan solo unos años atrás: — cuando David nació era un sol. (...) — Era un sol, Amanda, te digo que era un sol. Sonreía todo el día. Lo que más le gustaba era estar afuera. La plaza lo volvía loco, desde chiquito” (Schweblin, 2014, p. 10). Carla realmente se preocupaba por el bienestar de David. Por esta razón, cuando su hijo bebió el agua contaminada, actuó sabiendo que la intoxicación podría acabar con su vida y estaba dispuesta a encontrar la ayuda necesaria al precio que fuera:

Tenía pocas horas, minutos quizá, para encontrar una solución que no fuera esperar media hora a un médico rural que ni siquiera llegaría a tiempo a la guardia. Necesitaba a alguien que le salvara la vida a mi hijo, al costo que fuera. (Schweblin, 2014, p. 13)

Estas acciones, a su vez, dejan en evidencia que Carla, al igual que Amanda, está segura de que puede notar cuando algo le sucede a su hijo inmediatamente con solo verlo. Así lo da a entender cuando le habla a Amanda sobre un momento en específico del comportamiento inusual de su hijo, resaltando que David “estaba acucillado de espaldas, no podía entender muy bien qué hacía, pero me preocupó, no podría decirte por qué, pero algo en sus movimientos me alarmó (...) es algo de madre” (Schweblin, 2014, p. 43). Este momento es esencial para entender mejor el cambio en la relación de Carla y David antes y después del ritual. Antes de la intoxicación, Carla cuidaba de forma diligente de David, de ahí que, solamente hablando de un recuerdo, Carla habla de sí misma indirectamente como la madre de David, porque en ese momento aún era el niño que conocía y amaba. Carla no solo da indicios de extrañar a la antigua forma de ser de David, también lo manifiesta, “—lo extraño muchísimo—” (Schweblin, 2014, p. 62). Dicho sentimiento de añoranza está presente en su incapacidad de superar lo que sucedió, las consecuencias de haber aceptado

cualquier riesgo con tal de salvar la vida de su hijo, como si viviera una especie de luto por la pérdida de David. Desde la perspectiva de Carla, esta suerte de luto terminará únicamente cuando encuentre a su verdadero hijo, cuando sepa en qué cuerpo habita ahora el alma de este. Carla se encuentra invadida por un cúmulo de emociones debido a lo confuso que resulta para ella misma haber perdido una parte de su hijo, por esto tampoco puede aceptar la nueva forma de David ni experimentar el duelo de manera apropiada. Todo esto lleva a que Carla no sepa cómo manejar la situación en que se encuentra y decida escapar, cumpliendo así con su sueño de empezar una nueva vida, así lo expresa su esposo al final de la novela, “—mi mujer se fue.” (Schweblin, 2014, p. 73). Fantasear con escapar pasa de ser una forma mediante la cual Carla podía sobrellevar sus problemas a ser la única posibilidad de tener la vida que anhela. De acuerdo con Donath (2016) el abandono infantil es una de las muchas consecuencias que pueden surgir de la concepción sin un proceso de reflexión previo.

La carga física y emocional que conlleva tener un hijo “anormal”, cuando antes tuvo un niño completamente diferente, es demasiado para ella, va más allá del amor incondicional que se supone debería sentir por David. El personaje de Carla transgrede al mito del instinto materno, debido a que ella niega a su hijo, le teme y no lo ama por encima de todo como se supone debería hacerlo al ser su madre. Su idea de la maternidad es muy diferente a la de Amanda, quien le asegura: “—Carla, un hijo es para toda la vida. —No, querida [responde Carla]” (Schweblin, 2014, p. 10). Para Carla, el incidente que vivió David significó una pérdida simbólica, aunque el aspecto y, a grandes rasgos, el cuerpo de David es el mismo, ella sabe que el alma de un desconocido está ocupando el lugar que antes era del espíritu de su hijo. Carla es consciente de que parte de su hijo sigue presente, como su cuerpo, por ejemplo, y que existe la posibilidad de que el alma de este siga ahí; de ser el caso, todos los cambios que hubiera notado serían efectos colaterales de la intoxicación. No obstante, no es capaz de amar la nueva forma de ser de su hijo, no quiere relacionarse con David y no se interesa ya por su bienestar “—vamos, David. [dice Carla] Tu madre no te espera. Se aleja y baja las escaleras [Amanda hacia David]” (Schweblin, 2014, p. 30), características, desde los estereotipos sobre la maternidad, de una “mala” madre.

Esto se da debido a que dicho arquetipo materno, se caracteriza porque la madre está ausente o emplea poco tiempo con sus hijos en comparación con la “buena” madre. Aunado a esto, Carla no quiere relacionarse con su propio hijo porque lo considera peligroso. Cuando ve a David enterrando patos en el jardín, asegura que siempre estuvo observando “—lo vi todo desde la

ventana (...) No tuve fuerzas para salir” (Schweblin, 2014, p. 45). En otro momento, Carla se muestra muy alarmada al notar que David está en casa de Amanda, le advierte abiertamente que eso podría traer problemas y deben actuar rápidamente: “—está en tu casa. David está en tu casa (...) Tenemos que entrar rápido” (Schweblin, 2014, pp. 28-29). Gran parte de las experiencias de Carla derivadas de la maternidad no son agradables, la hacen vivir ansiosa y preocupada. La maternidad puede provocar en las mujeres sentimientos como amor y realización como ningún otro vínculo, pero también puede causar un cúmulo de tensiones, frustración, culpa y hostilidad (Donath, 2016).

Carla siente culpa, al igual que Amanda, por no haber podido anteponerse al peligro al que estuvo expuesto David, por haber descuidado a su hijo, aunque se trate de un momento muy breve: “no sé cómo no lo vi, por qué mierda estaba ocupándome de un puto caballo en lugar de ocuparme de mi hijo” (Schweblin, 2014, p. 13). Este sentimiento no solo lo experimenta por la situación de su hijo; Carla también cree que, de alguna manera, todo lo que pasa en el pueblo es culpa suya, las muertes de los animales y las intoxicaciones. Desde la perspectiva de David “*Carla cree que todo es culpa suya, que cambiándose esa tarde de un cuerpo a otro cuerpo ha cambiado algo más. Algo pequeño e invisible, que lo ha ido arruinando todo*” (Schweblin, 2014, p. 67). La responsabilidad que siente Carla es demasiado abrumadora porque piensa que sus acciones no solo han afectado a su hijo, también han perjudicado a todo el pueblo. La culpa ha funcionado como herramienta de control social para que las mujeres se sientan enteramente responsables del bienestar de sus hijos, pues ninguna mujer puede estar completamente libre de ella (Rich, 2019). La maternidad como institución encuentra a todas las madres, en mayor o menor medida, culpables por haberles fallado a sus niños (Rich, 2019). Esto a su vez genera una serie de comportamientos de los cuales se desprenden los estereotipos sobre este fenómeno a los que incluso las propias madres se someten (Palomar, 2004). Amanda y Carla, aunque plasman dos arquetipos completamente opuestos, no son tan diferentes. Ambas son incapaces de perdonarse a sí mismas por no haber cuidado a sus hijos. Ambas trataron de cumplir con sus responsabilidades con respecto a la crianza, de acuerdo con lo que la sociedad espera de una “buena” madre, protegieron a sus niños tanto como les fue posible y, pese a esto, sienten remordimiento por no haberlo hecho mejor. Este sentimiento acompaña permanentemente a todas las madres, independientemente de cómo se desempeñen en dicho rol (Rich, 2019). Por consiguiente, la culpa es un sentimiento que ambas madres comparten, pues los estereotipos sobre la maternidad les afectan por igual. Aunque el

arquetipo de la “buena” y “mala” madre que ambas representan son opuestos, cada uno se genera y se alimenta del otro. De acuerdo con Palomar (2004) el estereotipo de la “buena” genera al de la “mala” madre.

Aunque Carla posee ciertas actitudes y prácticas, como el rechazo hacia su hijo y la incapacidad de cuidarlo, propias de una “mala” madre, según ideas preconcebidas de la sociedad que juzgan a la mujer con base en estereotipos sobre la maternidad, es más bien una madre que ha criado sola a su hijo. Omar, su esposo, se dedica a criar caballos y está tan comprometido con su trabajo que su familia pasa a segundo plano. Cuando Carla queda embarazada, su esposo se dedica enteramente a cuidar a un potrillo. Carla asegura que “Omar lo miraba todo el día, lo seguía como un zombi” (Schweblin, 2014, p. 11). Omar no solo no es capaz de notar cuando su hijo no está bien, como cuando casi muere por intoxicación, simplemente evita involucrarse en su crianza. Lo mismo pasa con los cambios en David como consecuencia del padecimiento; estos, a su vez, hacen que Omar no desee estar cerca de su hijo.

Carla le cuenta a Amanda que Omar “decía cosas feas sobre David. Que no le parecía un chico normal. Que tenerlo en la casa lo hacía sentirse incómodo (...) Prácticamente no le hablaba” (Schweblin, 2014, p. 49). Carla no solo afronta las secuelas de la intoxicación, también se encarga de cuidar de su hijo, aunque tampoco se sienta cómoda con él y aún no acepta la pérdida del antiguo David, pues Omar no se preocupa por cuidar del niño ni de su estado. Carla debe encargarse de criar a su hijo sola debido a que Omar siempre evita involucrarse por completo en los asuntos que tengan que ver con David. Al respecto, Carla explica que:

Omar algo sospechaba y prefería no saber. Cuando pasó lo de la mujer de la casa verde y los días de fiebre él no hizo preguntas. Por ahí es que simplemente no le interesaba. Más velaba la pérdida de su bendito padrillo prestado. (Schweblin, 2014, p. 50)

Carla no solo es consciente de cómo Omar se ha desvinculado completamente de la crianza y cuidado de David al evitarlo e ignorarlo sin ningún tipo de consideración ni remordimiento, también lo ha aceptado. Carla cuenta cómo su esposo se interesa más por el bienestar de uno de sus caballos que por su único hijo, pues él nunca quiso saber, ni tuvo la intención de averiguar, sobre la intoxicación de David y sus secuelas. De acuerdo con Badinter (1980), en el consciente colectivo se ha mantenido la creencia de que criar a los hijos es un asunto de mujeres, el padre es una especie de colaborador sin tantas responsabilidades, pues es prescindible. Esta ausencia del padre dentro de las responsabilidades relacionadas con la crianza se da por una división desigual

de estas que se mantiene desde la antigüedad, haciendo que las madres aceptasen ser las únicas encargadas de las tareas del hogar. En consecuencia, numerosos padres fueron y continuarán siendo ajenos a muchas actividades propias del cuidado de sus hijos (Meruane, 2018). Sin embargo, desde el pasado, incluso ante la irresponsabilidad del padre, la culpa llega a ser de la madre por no ser lo suficientemente buena (Badinter, 1980).

Como se ha presentado, tanto Carla como Omar se alejan emocional y físicamente de David por los cambios a nivel físico y mental que ha sufrido luego de la intoxicación. No obstante, Carla, al ser su madre, es quien carga con el estigma social, por no amar a su hijo a pesar de sus cambios, por no cuidarlo con devoción y entrega. Ella es la única que vive presa del arrepentimiento por no poder cuidar y querer a su hijo como lo hacía en el pasado, por haber “provocado” la intoxicación de su niño y haber permitido el ritual que cambió su alma de cuerpo. Consecuentemente, se puede evidenciar que se tortura a sí misma, aun por aquello que no está bajo su control. Esto se da debido a que está convencida de que ella es la responsable de esto, que lo ha ocasionado por no poder hacerse cargo de David, como se supone que debía hacerlo, como lo hubiera hecho una “buena” madre.

6.2. Relaciones de cuidado

6.2.1. En situaciones seguras y de riesgo

La capacidad de cuidar de Amanda y Carla, y la forma en que lo hacen, está estrechamente relacionada con su condición de mujeres, pues debido a esto se asume que tienen la capacidad para cuidar de otros. Por esto, al convertirse en madres, dichas exigencias aumentan. Se espera que ellas se encarguen exclusivamente de velar por el bienestar de sus hijos y que esa sea su única prioridad. Ambas aceptan esta disposición social, sin cuestionamientos. Carla se dedica a cuidar de David diligentemente durante sus primeros años de vida, no obstante, a raíz de la intoxicación ya no considera a David su hijo y su figura pasa a ser más bien una criatura extraña que está reemplazando a su verdadero hijo. En el caso de Amanda, ella tiene mucho más presente esta virtud, pues se le ha sido impuesta desde su niñez y su contexto es completamente diferente al de Carla, de ahí que tenga un término para referirse a su forma de cuidar a Nina y haya adaptado su estilo de vida a las prácticas que conlleva mantenerla segura.

En situaciones cotidianas, Amanda actúa de manera sobreprotectora hacia su hija, incluso cuando no hay una amenaza aparente, llegando a realizar algunas acciones de manera automática: “todo está en orden (..) abro la puerta mosquitero, entro y cierro. Pongo el pasador, porque siempre

lo hago, instintivamente” (Schweblin, 2014, p. 20). Lo hace pues cree que necesita estar alerta en todo momento; desde su perspectiva, cualquier cosa podría suceder y necesita reaccionar rápidamente, esto debido a que siempre piensa “en el peor de los casos. Ahora mismo estoy calculando cuánto tardaría en salir corriendo del coche y llegar hasta Nina si ella corriera de pronto hasta la pileta y se tirara” (Schweblin, 2014, p. 13). Aunque la situación no lo amerite, Amanda siempre hace lo posible para asegurarse de garantizar el bienestar de Nina. Medir la distancia de rescate para Amanda es una actividad cotidiana y prácticamente obligatoria si desea asegurarse de que su hija está a salvo: “paso la mitad del día calculándola [*sic*], aunque siempre arriesgo más de lo que debería” (Schweblin, 2014, p. 13). Como consecuencia, Amanda se niega a alejarse de Nina en zonas desconocidas sin antes comprobar si es seguro o no: “las primeras horas que pasamos en la casa quería tener a Nina siempre cerca. Necesitaba saber cuántas salidas había, detectar las zonas del piso más astilladas, confirmar si el crujido de la escalera significaba algún peligro” (Schweblin, 2014, p. 22). Amanda menciona que esto la hizo incapaz de mantener la calma, de descansar adecuadamente y narra que, durante el primer día en la casa vacacional alquilada, por la preocupación:

no puedo dormir, no la primera noche. Antes tengo que saber qué rodea la casa. Si hay perros y si son confiables, si hay zanjas y qué tan profundas son, si hay insectos ponzoñosos, culebras. Necesito ir por delante de cualquier cosa que pudiera ocurrir. (Schweblin, 2014, p. 54)

Como puede comprobarse, la protagonista está en estado constante de alerta, busca detectar posibles amenazas rápidamente y esto la llevaba a intentar buscar posibles soluciones a lo que podrían ser futuros problemas. Por eso, luego de que Carla le contara sobre la mujer de la casa verde y su labor siendo la única persona que se encargaba de asistir a los enfermos, aunque Amanda dice no creer en las conspiraciones de Carla, se asegura de saber cómo llegar hasta donde la curandera. Vale recalcar que este suceso se da a pesar de que, hasta ese momento, Nina no ha sufrido ningún daño y se encuentra perfectamente sana. Amanda prefiere estar segura de cómo actuar por si llegara a pasar algo:

Y entonces pienso en la casa verde, y me pregunto qué tan lejos estará (...) Es que necesito medir el peligro, sin esta medición es difícil calcular la distancia de rescate. Así como al llegar revisé la casa y los alrededores, ahora necesito ver la casa verde, entender su gravedad. (Schweblin, 2014, p. 26)

La necesidad de Amanda de cuidar de Nina permanentemente es una de las consecuencias del modelo de crianza exhaustivo (Donath, 2016) que les fue impuesto a las mujeres, que las obliga y les ha hecho creer que deben estar siempre velando por el bienestar de sus hijos (Badinter, 1980; Rich, 2019). Esto puede ser asfixiante y causar que no se sientan dueñas de sí mismas (Donath, 2016). Por otro lado, su relación de cuidado responde a lo que pensadoras ecofeministas han denominado ética del cuidado, sin embargo, la práctica de esta se centra en la protección de los hijos y no en el cuidado del medioambiente.

De acuerdo con Shiva (1998), una pensadora esencialista, esta es una virtud innata de las mujeres, pues al tener la capacidad de dar vida saben cómo cuidar de la misma. A su vez, dicha virtud hace que tengan una conexión con la naturaleza y tiendan a cuidarla más que su contraparte masculina. Contrario a esto, la pensadora Puleo (2011) argumenta que la mujer cuida de la vida, de sus hijos y del medio ambiente, debido a que históricamente le han sido asignadas esas tareas, más no porque su condición de mujer le otorgue la capacidad de cuidar. De acuerdo con Meruane (2018), lo mencionado se debe a la imposición de los roles de género desde la niñez, Agarwal (1996, como se citó en Márquez y Padilla, 2023) sostiene que las actividades que deben realizar las mujeres, como encargarse de adquirir los productos de primera necesidad para su familia, no son tareas desarrolladas como un pasatiempo por el colectivo femenino, se trata más bien de actividades que deben realizar debido a la distribución de tareas por género.

Por otro lado, las relaciones de cuidado entre las protagonistas y sus hijos en situaciones de riesgo, aunque están claramente influenciadas por las ideas sobre la maternidad que les han sido impuestas, se ven agravadas por los padecimientos derivados de situaciones peligrosas que están fuera de su dominio. Esto alimenta el sentimiento de culpa de las protagonistas y hace que se apeguen más a su papel como madres y a las acciones que la sociedad les ha impuesto como necesarias para proteger a sus hijos adecuadamente. De esta manera, el entorno en que se encuentran resulta fundamental para que las dinámicas dentro de la crianza experimenten cambios. En el caso de Carla, se puede evidenciar un cambio radical antes de la intoxicación de David y después de este suceso.

En el momento en que Carla vio al padrillo agonizando por beber el agua contaminada, supo que David estaba en peligro y decidió que “tenía pocas horas, minutos quizá, para encontrar una solución” (Schweblin, 2014, p. 13). Carla es consciente de que la vida de su hijo depende de ella, no puede “esperar media hora a un médico rural que ni siquiera llegaría a tiempo a la guardia”

(Schweblin, 2014, p. 13). Por esta razón decide ir con la mujer de la casa verde pues, como ya se mencionó, está dispuesta a salvar la vida de su hijo pese a las consecuencias que esto pudiera ocasionar. Pese a que Carla hace todo lo que está en sus manos para actuar lo más rápido posible y tomar la mejor decisión para mitigar el envenenamiento de su hijo, su “cabeza era una maraña de culpa y terror” (Schweblin, 2014, p. 13). Carla, está convencida de que la salud de su hijo es únicamente responsabilidad suya. Al no ser capaz de cumplir con su tarea como madre adecuadamente, el sentimiento de culpa es inevitable. De acuerdo con Badinter (1980), este sentimiento les ha sido impuesto a las mujeres a tal punto que, al igual que Carla, sienten que son culpables incluso de aquello que está fuera de su control, como la contaminación y la exposición a componentes tóxicos (Rich, 2019).

Una vez Carla es consciente de que el ritual reemplazó el alma de su hijo por la de una persona desconocida, es incapaz de ver a David como su hijo. Al respecto, admite lo siguiente: “escuché sus pasos, muy suaves sobre la madera. Cortos e inseguros, tan distintos a los de mi David” (Schweblin, 2014, p.19). Aunque aún no había presenciado las consecuencias más graves de la intoxicación, Carla no quiere ni siquiera acercarse para comprobar el estado de su débil hijo: “David se subió a la silla con esfuerzo, pero no pude ayudarlo” (Schweblin, 2014, p. 20). La actitud que toma Carla hacia David es distante pues, pese a no tener la certeza de que realmente se trata de algún desconocido en el cuerpo de su hijo, ya no lo considera como suyo. Sin embargo, aun cuando cree que David tiene alguna capacidad sobrenatural, se preocupa por su bienestar ya que asegura que cuando este desaparece en medio de la noche, lo busca: “salíamos a buscarlo. Omar iba adelante con la linterna, yo lo agarraba de atrás, de la remera, y me concentraba en los ruidos” (Schweblin, 2014, p. 49). Si bien la forma en que Carla cuida a David no es la misma, a diferencia de Omar, ella no opta por pretender que no existe. A pesar de la aversión que siente, sigue cuidando de lo que queda de David, es decir, su cuerpo. Un ejemplo de esto es que Carla nota los cambios progresivos en David, por ejemplo, cuando él pasa de expresarse con palabras que nunca había usado y apenas hablar adecuadamente a enterrar animales en el jardín. En Carla, el sentimiento de obligación y responsabilidad por su hijo no desaparece pese a las circunstancias y sentimientos adversos (Donath, 2016).

Por otra parte, Amanda no es capaz de notar que su hija y ella están en riesgo cuando se sientan en el césped y sus manos y muslos se empapan de algún agroquímico debido a que confundió el líquido con agua. En ese momento, su tendencia a sobreproteger a Nina y contemplar

siempre escenarios trágicos, ignoraron las sutiles señales de riesgo. Esto se comprueba cuando Nina le dice que el rocío huele mal y Amanda lo pasa por alto. Más tarde sucede algo similar; Amanda está completamente ensimismada en la historia de Carla. En virtud de esto, no está poniendo la misma atención de siempre a su hija: “—mami —dice Nina—, mami —pero no le hago caso, estoy concentrada en Carla y Nina vuelve a alejarse” (Schweblin, 2014, p. 44). Esto no significa que Amanda no se preocupe por su hija, simplemente no tiene razones para vigilar a Nina ni contempla ningún riesgo, pues aparentemente no hay indicios de esto.

Amanda, horas luego de la intoxicación, y en medio de su estado de delirio, es capaz de recordar que Nina “está pálida (...) y transpirada” (Schweblin, 2014, p. 56). Consecuentemente, con sus últimas energías, “antes de quedarme completamente dormida, abrazo a Nina y la aprieto contra mi cuerpo” (p. 62). Al estar en casa de Carla, Amanda opta por mantener a su hija entre sus brazos, esto para asegurarse de que nada malo le pase mientras ella duerme. Amanda intenta proteger a su hija, aunque ella no se encuentre en condiciones para hacerlo, debido a que su propia salud está por debajo de la de Nina. Con respecto a esto, Rich (2019) explica que las necesidades de la madre siempre son desestimadas frente a las de los hijos, no solo por la sociedad sino también por la misma madre, pues se espera que la progenitora tenga como único objetivo cuidar de su descendencia.

De esta manera se puede evidenciar que la toxicidad del pueblo, debido a la contaminación, cambia la forma en que Amanda y Carla protegen a sus hijos. Si antes trataban de vigilarlos para evitar que fueran perjudicados de cualquier manera, una vez que se volvieron víctimas de envenenamiento, ambas madres tienen que emplear más energía y esfuerzo en acompañarlos durante sus padecimientos y recuperación. Adicionalmente, deben afrontar las consecuencias de la intoxicación mientras experimentan profunda culpa, aunque no tengan manera de prevenirlo. Carla debe aceptar la pérdida de su hijo, vivir con las secuelas de la intoxicación de este y tratar de sobrellevar la culpa ante todo lo sucedido. De igual modo le sucede a Amanda, quien tiene que proteger a su hija independientemente de su estado de salud y pasa los últimos momentos de su vida, desde el eco de la voz de su conciencia, preguntando por el estado de su hija y pensando en cómo dejó pasar indicios de algo imposible de anticipar. De esta manera se comprueba que no solo las mujeres son víctimas de la contaminación, sus hijos también lo son.

Además, las relaciones de cuidado en situaciones seguras están influenciadas por creencias y prácticas impuestas a los personajes femeninos desde la infancia debido a su género y su

condición de madres. Esto no solo da como resultado que Amanda esté convencida de que debe proteger a su hija mediante prácticas que resultan física y emocionalmente agotadoras para ella, también hacen que cada error en la crianza de su hija, por más pequeño que sea, le genere culpa y arrepentimiento. Algo similar sucede con Carla, pues su preocupación por el bienestar de su hijo también está determinada por sus creencias sobre cómo debe ejercer su maternidad. Aunado a esto, en situaciones de riesgo, este cuidado es aún más meticuloso por parte de Amanda y Carla debido al estado de vulnerabilidad en el que se encuentran sus hijos a causa de las enfermedades desencadenadas por la toxicidad del entorno en que se hallan.

6.3 Los espacios y los recursos naturales y su relación con el capitalismo

6.3.1 Espacios eco-distópicos

6.3.1.1 En humanos. La intoxicación es uno de los temas de mayor interés en la novela, de ahí surge el argumento de esta, al igual que el nudo y posterior desenlace. La conversación que sostienen Amanda y David con la que inicia la novela, se fundamenta en la búsqueda del lugar en donde se origina la intoxicación, cómo sucede y el por qué es el hecho que une a todos los sucesos. Como se ve a continuación, el modelo de producción capitalista ha dado como consecuencia la contaminación de la naturaleza y recursos naturales como el agua y los sembríos. Estos vuelven al pueblo, que no tiene nombre, un lugar peligroso e inhóspito; convirtiéndose así en un espacio distópico. Este sitio no solo daña la salud de David y las demás personas intoxicadas, de manera irreversible, también se vuelve parte de lo que sería un ecosistema antiutópico. De esta manera, Samanta Schweblin (2014) expone, de forma implícita, la contaminación y afectaciones en la salud de las personas como consecuencias del uso indiscriminado de químicos para la producción agrícola en su novela.

La razón de la explotación desmedida de los recursos naturales del pueblo es explicada mediante Sotomayor. Este personaje puede pasar desapercibido, debido a las escasas ocasiones en las que Carla habla sobre él; a pesar de esto, es el causante de los sucesos desfavorables que se dan en la zona debido a sus prácticas. Sotomayor es un hombre que posee una gran cantidad de tierras que “empiezan con una gran casona al frente y se abren hacia atrás, indefinibles” (Schweblin, 2014, p. 36) y las emplea para cultivar a gran escala. El poder adquisitivo de Sotomayor es cuantioso y evidente, pues además de los numerosos terrenos, posee oficinas y varios autos. Mantener y multiplicar sus riquezas hace que necesite contratar a un grupo de personas del pueblo como

trabajadores fijos: “dos hombres (...), y una mujer” (Schweblin, 2014, p. 36) siendo Carla, que se encargaba de la contabilidad, una de estos.

De esta manera, es Sotomayor quien lidera y controla la producción en masa de alimentos en la zona. Sus prácticas para obtener la mayor cantidad de ganancias posibles no son éticas y las lleva a cabo independientemente de los daños que provocan. Sotomayor usa de forma desmedida químicos para que sus sembríos produzcan exageradamente, pues a su oficina llega un camión lleno con “muchos bidones” (Schweblin, 2014, p. 38) que sus trabajadores se encargan de trasladar. El uso de fertilizantes químicos no solo pone en riesgo la salud de los hombres que los manipulan, también atentan contra la vitalidad de los suelos (Shiva, 1995), y la degradación y agotamiento de recursos esenciales para la vida (Herrero, 2015). De acuerdo con Puleo (2012), las académicas del Ecofeminismo esencialista creen que las acciones que conllevan la explotación de los recursos para generar ganancias son orquestadas mayormente por hombres debido a que estos están instintivamente interesados en involucrarse con empresas e industrias destructivas. Esta vertiente del Ecofeminismo considera a los hombres más propensos a destruir la naturaleza que la mujer, pero no considera a todos los hombres como culpables de la degradación del medio ambiente, sino principalmente al hombre blanco colonizador debido a que sus prácticas buscan únicamente beneficios económicos.

Las acciones de Sotomayor están enmarcadas en el modelo de producción capitalista que emplea fertilizantes y demás componentes químicos para alterar los ciclos de vida de la naturaleza (Shiva, 1998) con la finalidad de obtener más productos en menos tiempo (Shiva, 1995; Herrero, 2015). El capitalismo como modelo predominante viene del sesgo antropocéntrico debido a que el hombre se percibe así mismo como dueño de todo aquello que es parte del planeta (Mies, 1998) únicamente por su capacidad de razonar (Mies, 1998; Ruether, 1993). Por consiguiente, la fortuna de Sotomayor se construyó y es perpetuada a través del desgaste de los recursos naturales de la zona y la contaminación de estos, lo cual afecta profundamente y de manera irreversible a diversos aspectos de la vida de los moradores, siendo el principal su salud.

Como resultado de la presencia del modelo de producción capitalista en el pueblo, este se convierte en un lugar distópico e inhóspito, donde se puede evidenciar la amenaza que representan los recursos naturales. Schweblin (2014), indirectamente, pone en duda el estado del agua y si está asociada con lo que ocurre en el pueblo. Así, cuando Amanda platica a David sobre la primera interacción que tuvo con Carla, dice que ella “venía a su casa con dos baldes de plásticos vacíos y

me preguntó si yo también había sentido el olor en el agua” (Schweblin, 2014, p. 61). La condición del agua está relacionada con la actividad agrícola de Sotomayor, pues la sobreexplotación de los suelos no solo los hace estériles, también los contamina a la par del agua y el aire (Shiva, 1995).

Para entender mejor la preocupación de Carla sobre la pureza del agua, es necesario recalcar que, seis años atrás, David terminó intoxicado por beber agua de un riachuelo. Carla habla acerca de cómo sucedió aquello de la siguiente manera: “David se había acuclillado en el riachuelo, tenía las zapatillas empapadas, había metido las manos en el agua y se chupaba los dedos. Entonces vi el pájaro muerto” (Schweblin, 2014, p. 12). Por lo tanto, pese a que Carla no conocía a Amanda, era consciente del riesgo que implicaba beber del agua del pueblo, por esto le advirtió sobre su uso e incluso le regaló parte del agua que ella había conseguido. Amanda menciona al respecto que: “[Carla] quería dejarme uno de los baldes. Dijo que era mejor no usar el agua ese día” (Schweblin, 2014, p. 61). La enfermedad que padeció David años atrás justifica la especial precaución que tiene Carla y su insistencia de que Amanda no beba esa agua por su olor. Debido a su condición de madre y ama de casa, Carla es la encargada de proveer recursos de primera necesidad (Agarwal, 1996, como se citó en Márquez y Padilla, 2023); de ella depende asegurarse de que el agua que consumen sea apta tanto para ella como para su familia.

Ahora bien, considerando que la distopía se fundamenta en la denuncia a los hipotéticos desarrollos nocivos de la sociedad vigente, esto se ve reflejado en la novela mediante las consecuencias de la sobreexplotación agrícola. Este término surge como una crítica a la utopía, pero no se refiere a simples prejuicios, sentimientos o ideas sobre aspectos de una sociedad utópica. A diferencia de la utopía, se centra más en el presente y no se fundamenta en principios morales para crear un modelo de sociedad ideal, sino que proyecta un futuro no deseable a partir de la extrapolación de las realidades actuales (Lopez, 1991). En virtud de esto, en las citas de la novela se puede evidenciar el temor ante el contacto con un recurso natural, ante el potencial daño que este puede causar. Al respecto, Bauman (2010) señala que la omnipresencia de los miedos surge cuando ese miedo viene de un agente que puede colarse sin problemas a cualquier sitio. Dicho temor puede surgir de algo que se ha consumido, de algo con lo que el cuerpo ha tenido contacto o de la naturaleza en sí misma.

Es necesario mencionar que la condición de David es el resultado de la naturaleza distópica del pueblo y él, en sí mismo, representa dicha característica como si su presencia formara parte del ecosistema distópico. A raíz del envenenamiento, David debe someterse al ritual de la mujer de la

casa verde y, mediante este, se lleva a cabo la migración; es decir, el espíritu del niño pasa “a un cuerpo sano, pero traería también un espíritu desconocido al cuerpo enfermo. Algo de cada uno quedaría en el otro” (Schweblin, 2014, p. 17). Consecuentemente, David deja de actuar como lo hacía hasta antes del padecimiento y, debido al comportamiento insólito que demostraba, Carla comienza a verlo como un monstruo pues, desde su perspectiva, él ahora posee habilidades paranormales. Carla está convencida de esto debido a que David comenzó a actuar de manera insólita cuando, repentinamente, dejó de jugar abruptamente para ponerse de pie y mirar al sembrado. Al respecto, Carla narra que en seguida:

Apareció un pato. Caminaba de una forma extraña (...) Como si estuviera agotado. Se miraron, te lo juro [a Amanda], David y el pato se miraron por unos segundos. Y el pato dio dos pasos más, (...) como si estuviera borracho, o ya no pudiera controlar su cuerpo, y cuando intentó el siguiente paso se desplomó sobre la tierra, completamente muerto. (Schweblin, 2014, pp. 44-45)

Esto ocurrió en diversas ocasiones; la actitud anormal que fue asociada con algo místico por Carla es explicada por David de la siguiente manera: “yo empujo a los patos, empujo al perro del señor Geser, a los caballos” (Schweblin, 2014, p. 71). De esta manera aclara que él no mató a los patos como Carla creía, únicamente los ayudaba a fallecer induciendo la muerte. Aquello no solo sucede con los animales, David es capaz de conectarse con aquellos que están moribundos, que han sido envenenados como él. Por eso puede comunicarse con Amanda durante su agonía, la acompaña antes de su muerte e induce esta, asegurando que “ahora voy a empujarte” (Schweblin, 2014, p. 71). El cambio que sufrió David lo convirtió en una representación de lo utópico mediante habilidades sobrenaturales que buscaban dar consuelo y mitigar el dolor de la agonía de los animales a través de la muerte. David, al perder la mitad de su alma, pasa a ser parte de la naturaleza distópica del pueblo. Por dicha razón posee la capacidad de entenderla y pretende reivindicar el valor sagrado de la vida, brindando una muerte digna a los animales mediante su conexión con la naturaleza (Ruether, 1993). Las secuelas más extrañas que se exponen están relacionadas con el componente fantástico de la novela. Esto recuerda que la literatura fantástica no es ajena a lo real, sino que simplemente lo transforma de modo que esto, en realidad, podría asociarse con una afectación a nivel intelectual y genética, producto del envenenamiento del espacio donde se habita.

En contraste, las plantaciones, al igual que el agua presentadas en la novela, son el resultado de la sobreexplotación del suelo por lo que estos recursos están contaminados. Su consumo da

como resultado el desarrollo de condiciones médicas aparentemente inexplicables, pues el mantenimiento de la calidad, la cantidad y el buen aspecto de los cultivos se debe mayormente al uso de sustancias químicas por parte de Sotomayor. Sobre esto, en la novela se hace énfasis especialmente en los sembríos de soja que son descritos como abundantes y numerosos a lo largo del pueblo. De acuerdo con Amanda, “las casas tienen (...) sembrados, los lotes alargados se extienden hacia el fondo hasta media hectárea, unos pocos con trigo o girasoles, casi todos con soja” (Schweblin, 2014, p. 27). La narradora aprecia a dichos monocultivos como exuberantes y lo único lleno de vida en toda la zona: “la soja se ve verde y brillante bajo las nubes oscuras. Pero la tierra (...) desde el camino de entrada hasta el riachuelo, está seca y dura” (Schweblin, 2014, p. 75) y “los campos de soja se abren a los lados. Todo es muy verde, un verde perfumado” (Schweblin, 2014, p. 41, 42). La opulencia de los cultivos, aunque la tierra no sea apta para la siembra, sumado a lo ya mencionado, responde a un uso desmedido de fertilizantes y agroquímicos. Esto, paralelamente, daría razón de la apariencia desgastada e infértil del suelo a causa de la sobreexplotación. El agotamiento exagerado de los recursos naturales está enlazado con la lógica de la dominación antropocéntrica y la priorización de los intereses económicos pese a sus consecuencias (Herrero, 2015).

La contaminación del medioambiente y los recursos naturales producto del abuso de pesticidas y herbicidas da origen a afectaciones como enfermedades, malformaciones e incluso la muerte de humanos y animales. La narrativa de Schweblin (2014) no hace una alusión directa a los agroquímicos, sin embargo, es posible relacionar su uso con las numerosas intoxicaciones que sufren los seres vivos debido a diversos fragmentos de la obra. El primer caso de envenenamiento que se presenta en la novela es el de David. Carla describe los síntomas que su hijo experimentó y como estos eran similares a los que vio en el padrillo antes de morir de la siguiente manera:

Tenía los ojos hinchados, los párpados rojos y tirantes, inflados como los del caballo, no lloraba, las lágrimas se le caían sin gritar ni parpadear. Estaba débil y aterrado. Le di un beso en la frente y me di cuenta de que volaba de fiebre. (Schweblin, 2014, p. 17)

La hinchazón de los párpados y la fiebre empeoran conforme pasa el tiempo. Según Carla, cuando decidió llevarlo con la mujer de la casa verde para que lo asista, levantó a David y él “prácticamente se desvaneció sobre mi hombro. Estaba tan caliente y tan hinchado que era hasta extraño al tacto (...) David hervía tanto que, cuando me lo quitó [la mujer de la casa verde], mi cuello y mi pecho estaban empapados” (Schweblin, 2014, p. 18). Estos indicios de la intoxicación

en David, tal y como Carla había especulado, debían ser atendidos inmediatamente, pues de esto dependía la vida de su hijo. De acuerdo con lo que la curandera le dijo a Carla, a David “le quedaban todavía algunas horas, quizá un día, pero que pronto necesitaría asistencia respiratoria. «Es una intoxicación», dijo, «va a atacarle el corazón»” (Schweblin, 2014, p. 16). David sobrevivió gracias a la intervención de la mujer de la casa verde, no obstante, el envenenamiento dejó secuelas irreversibles en él, las más notables fueron las manchas blancas a lo largo de su cuerpo que eran “sutiles, una cubre la parte derecha de la frente y casi toda la boca, otras manchas te cubren los brazos y una de las piernas” (Schweblin, 2014, pp. 31-32). Relativo a esto, Puleo (2022) sostiene que las enfermedades y peores condiciones de vida en personas que habitan zonas desfavorecidas son repercusiones directas de la contaminación y sobreexplotación de los recursos.

Por otro lado, el envenenamiento, del cual son víctimas Amanda y Nina, sucede debido al contacto directo con un agroquímico líquido que Sotomayor usa en sus cultivos y que no fue manejado debidamente. Esto se puede evidenciar cuando Nina y Amanda van hasta las oficinas de Sotomayor, donde trabaja Carla, para despedirse; una vez ahí, Carla las convence de quedarse un momento más y conocer las caballerizas de Omar antes de irse. Durante este tiempo, Amanda narra un hecho que, en su momento, pareció insignificante, pero que fue el causante de su intoxicación y la de su hija, de la siguiente manera:

Escucho que un camión se detiene. Los dos hombres que tomaban mate se ponen guantes largos, de plástico, y salen. (...) Y entonces hay un ruido. Algo se cae, algo plástico y pesado, que sin embargo no se rompe. (...) Afuera los hombres bajan bidones, son grandes y apenas pueden con uno en cada mano. Hay muchos, todo el camión está lleno de bidones (...) Nina se sienta en el pasto, cerca del camión. Mira a los hombres trabajar, parece encantada con la actividad (...) me siento junto a ella y miramos juntas las maniobras. Estamos muy cerca de todo, en el medio de todo, casi molestando, pero las cosas suceden lentas y amables. (Schweblin, 2014, pp. 37- 38)

Como puede entreverse, uno de los bidones, al caer, liberó parte de contenido; presumiblemente algún tipo de agroquímico. Esto causó el envenenamiento de Nina y Amanda que, a diferencia de los hombres que se encargaban de transportarlos, no portaban ninguna protección para evitar el contacto directo con estos. Ambas, al igual que los habitantes del pueblo, pasan a ser víctimas de las actividades nocivas de Sotomayor en su propio terreno. Madre e hija

terminan con los muslos y las manos empapados; a Amanda esto no le resulta preocupante, pues cree que se trata de agua:

Nina se mira la ropa, gira para verse la cola, las piernas (...) — Estoy empapada — dice con algo de indignación. — Es el rocío —le digo (...) Mira el pasto. Lo toca con las manos, no se convence de su pequeña desgracia. —¿Estás bien, Nina? — le pregunto. Se huele las manos. —Es muy feo— dice. (Schweblin, 2014, p. 39)

Aun cuando Nina describe el olor del “agua” como desagradable, Amanda no lo percibe como una anormalidad, pues la sustancia no actúa tan pronto como entra en contacto con su piel e inicialmente pasa por simple agua. No obstante, David le asegura a Amanda que en ese momento sucede la intoxicación, pues él ya conoce cómo se dieron los hechos, “*es esto. Éste [sic] es el momento*. No puede ser, David, de verdad no hay más que esto [responde Amanda]. *Así empieza [asegura David]*” (Schweblin, 2014, p. 39) a pesar de que Amanda le menciona a Nina que solo son gotas de agua nuevamente. La enorme producción agrícola de alimentos, en este caso soja, llevada a cabo por la industria agrícola de la zona, liderada por Sotomayor, altera los ciclos de vida de los organismos vivos mediante la contaminación del agua, el suelo y el aire (Shiva, 1995).

Amanda, horas después del contacto con la sustancia química, presenta síntomas similares a los que experimentó David; no obstante, en su caso es posible evidenciar como avanzó progresivamente el envenenamiento. Luego de que sus extremidades resultaran empapadas por lo que creía era agua, Amanda le dice a David que siente algo “ácido, apenas debajo de la lengua.” *¿Ácido o amargo?* [pregunta David] Amargo, amargo, sí. Pero es tan sutil, Dios mío, es tan sutil” (Schweblin, 2014, p. 41). Los recuerdos de Amanda están fuertemente distorsionados debido a su estado de delirio, a pesar de eso, la sensación en su lengua pasa a ser reemplazada por hormigueo en las manos. La protagonista menciona en repetidas ocasiones haber sentido “algo extraño en las manos (...) me tiemblan las manos, David (...) me tiemblan mucho las manos” (Schweblin, 2014, pp. 44, 45, 48).

Paralelamente Carla, de acuerdo con lo que recuerda Amanda, le pregunta cómo se encuentra: “¿vos estás bien? —Sí, ¿por qué? [responde Amanda] —Estás pálida. (...) estás pálida, Amanda, tenés [sic] los labios blancos” (Schweblin, 2014, p. 50). Poco antes de perder la noción, Amanda resalta que es incapaz de comunicarse; describe esto de la siguiente manera “quiero hablar con Carla, decirle algunas cosas, pero tengo el cuerpo quieto y adormecido” (Schweblin, 2014, p. 51). Todas las sensaciones y el malestar físico general que vive Amanda, tal como lo dijo David,

son síntomas de la intoxicación que vive lentamente a la protagonista. Como es posible evidenciar, las mujeres y los niños son quienes resultan mayormente afectados ante la degradación ecológica debido a la explotación ilimitada. La apropiación, que más tarde dio lugar a la explotación, de los recursos naturales por parte de un reducido grupo de personas, tiene repercusiones dependiendo del género, estrato social y ubicación geográfica, siendo las mujeres y niños los más vulnerables (Agarwal, 1992; Mies, 1998).

Conforme avanza la historia, se presentan más detalles que abordan el impacto de las intoxicaciones a causa de los agroquímicos en los afectados, siendo éstas aún más alarmantes que las ya mencionadas. Solo unas horas luego de que Carla le contara a Amanda sobre las cosas extrañas que sucedían en el pueblo, Amanda ve a una niña con macrocefalia y una ligera deformación en una de sus piernas:

Tiene una de las piernas muy corta, como si apenas se extendiera por debajo de la rodilla, pero aún [*sic*] así tuviera un pie. Cuando levanta la cabeza para mirarnos vemos la frente, una frente enorme que ocupa más de la mitad de la cabeza. (Schweblin, 2014, p. 25)

La niña, llamada Abigail, es solo una de los muchos niños que han sido afectados de una manera u otra por el uso de agroquímicos. David menciona que él y Abigaíl forman parte de un grupo de infantes considerable, de acuerdo con el niño: “*somos treinta y tres, pero el número cambia*” (Schweblin, 2014, p. 66). Estos deben vivir con las consecuencias de un envenenamiento que no pudo ser prevenido ni contrarrestado con atención médica. Similar al caso de Abigail y su evidente macrocefalia, los padecimientos de los demás niños del pueblo, en su mayoría, también se ven reflejados en sus cuerpos. Amanda, al verlos por primera vez, los describe como: “chicos extraños. Chicos con deformaciones. No tienen pestañas ni cejas, la piel es colorada, muy colorada, y escamosa también” (Schweblin, 2014, p. 66). Pese a que las características mencionadas son notorias, más allá de su aspecto, la intoxicación también les causa algún tipo de daño a nivel cognitivo. David menciona que “*no pueden escribir, casi ninguno de ellos (...) Algunos saben, llegaron a aprender*” (Schweblin, 2014, p. 52).

Síntomas similares presentó Nina luego de haber sido envenenada por un agroquímico, tiempo después de mantener contacto directo con este. El esposo de Amanda menciona que: “las manchas en la piel ya no le duelen tanto (...) Pero hay algo más y no sé qué es. Algo más, en ella” (Schweblin, 2014, p. 74). Nina, al igual que David, presenta cambios físicos y cognitivos como consecuencia irrevocable de la intoxicación. Esto no se trata de un caso aislado, pues según Carla:

“cada dos por tres alguno cae, y si se salva igual queda raro” (Schweblin, 2014, p. 42). Las enfermedades de las que son víctimas los habitantes del pueblo responden a los avances tecnológicos en la producción, el uso de agroquímicos como pesticidas, plaguicidas y abonos; de alimentos que se extendió a países en vías de desarrollo debido a la revolución verde (Shiva, 1995, 1998). Dentro de la novela, un espacio contaminado es un espacio distópico; como ya se había mencionado, lo distópico nace de posibles escenarios catastróficos provocados por problemáticas actuales de la sociedad (Lopez, 1991). George Orwell (1945), exponente de la novela distópica, habla de los avances tecnológicos como un peligro para la propia humanidad, debido a que se desarrollan y emplean sin tener en cuenta sus consecuencias.

En este caso, el avance tecnológico está representado mediante la biotecnología, que no preserva las especies y que es empleada para acortar los ciclos de vida de las plantas para así acelerar la producción y obtener más alimentos. Así también, tiene como finalidad fortalecer los monocultivos para sacar el mayor beneficio posible a través de la reducción de riesgos, como evitar plagas que arruinen los cultivos y frenar el proceso de descomposición de los alimentos haciendo que duren más y conserven un buen aspecto por más tiempo. En la novela se hace alusión a este proceso de modificación de las especies, que las convertiría en transgénicos, a través de la descripción de las plantaciones de soja; se recalca que, aunque en la obra nunca se usa dicho término, sí se representa este escenario a través de la descripción de la abundancia y vitalidad de estos cultivos a comparación con el resto del ecosistema. Esta producción se da sin considerar el desgaste de los suelos, la contaminación de los recursos y cómo esto afecta a los moradores del pueblo.

Pese a que las consecuencias del envenenamiento son visibles mediante manchas o texturas anormales en la piel de los niños afectados, las secuelas más graves que se exponen no son tan evidentes y atacan de forma silenciosa. El contacto con los agroquímicos, ya sea de manera directa o indirecta, modifica el ADN de sus padres, haciendo que tengan predisposición a nacer con condiciones como macrocefalia y con un lento o atrofiado desarrollo de su intelecto, impidiéndoles desarrollarse a nivel cognitivo o disminuyendo este en algunos casos. Paralelamente, esto provoca un escaso desarrollo cognitivo del lenguaje, haciendo que los niños sean incapaces de comunicarse y, en consecuencia, no pueden experimentar un crecimiento socio-emocional al no poder hablar.

La cantidad de afecciones que se manifiestan de manera aparentemente imprevista es inmensa, esto es señalado por Carla cuando le comenta a Amanda sobre la mujer de la casa verde

resaltando lo siguiente: “— Acá en el pueblo la consultan mucho, y a veces viene gente de afuera (...) cuando aprendés [*sic*] a reconocerlos te sorprende la cantidad que hay” (Schweblin, 2014, pp. 14, 42). Las patologías derivadas de la contaminación afectan especialmente a las mujeres y su salud reproductiva (Puleo, 2011). Carla le cuenta a Amanda que la mujer de la casa verde “detiene los abortos espontáneos” (Schweblin, 2014, p. 14) con bastante frecuencia, es decir, muchas mujeres del pueblo han vivido tal escenario. Aunado a esto, David le habla a Amanda sobre los niños del pueblo diciendo que “*no todos sufrieron intoxicaciones. Algunos ya nacieron envenenados, por algo que sus madres aspiraron en el aire, por algo que comieron o tocaron (...) acá son pocos los chicos que nacen bien*” (Schweblin, 2014, pp. 64, 66). Las madres no solo experimentan un estado de agotamiento físico y mental debido a la presión latente de brindar los cuidados necesarios a sus hijos durante su desarrollo (Badinter, 1980; Molina, 2006). Simultáneamente, pueden llegar a sentir culpa por ser incapaces de prever aspectos fuera de su control (Rich, 2019), en este caso, la contaminación a causa de los componentes tóxicos que provocaron las enfermedades a sus hijos. Además, socialmente deben cargar con la responsabilidad de que los niños nacieran con alguna malformación o que ni siquiera hayan logrado nacer.

Debido a los sucesos desfavorables expuestos en la novela, producto del uso indiscriminado de agroquímicos, los habitantes del pueblo suponen que hay algo extraño detrás de las múltiples enfermedades. Sin embargo, estos parecen haber aceptado la forma y frecuencia con la que se dan. Un ejemplo de esto es la explicación que Carla le da a Amanda cuando le pregunta: “—¿Con qué fue que [David] se intoxicó? (...) —Eso pasa, Amanda, estamos en un campo rodeado de sembrados” (Schweblin, 2014, p. 42) y “había escuchado y visto demasiadas cosas en este pueblo” (Schweblin, 2014, p. 13). De acuerdo con Plumwood (1992, como se citó en de Godoy, 2021) esto sucede debido al dominio, pues hace que se perciba al otro como inferior y ajeno, en este contexto a la naturaleza y lo que en ella habita, por lo que su existencia es periférica. Esto genera una visión del mundo basada en dualismos, siendo algunos de estos el humano/animal y el dualismo civilizado/primitivo, cada uno de estos están conectados entre sí. Esta división se ha construido histórica y lógicamente, volviéndose parte de numerosas categorías de pensamiento occidental. Carla considera que el envenenamiento sufrido por David, al igual que los demás padecimientos producto de la contaminación, ocurren por el lugar en el que viven. Aunque presienten que algo atípico sucede y esto está relacionado con los sembradíos y plantaciones, ninguno parece notar que la contaminación de su localidad es la causa de todos esos sucesos, por esto lo atribuyen a algo

paranormal. Así lo explica David cuando le menciona a Amanda sobre el miedo que siente Carla hacia él: *“se dice a sí misma que yo estoy detrás de todas estas cosas. Que lo que sea que haya maldecido a este pueblo en los últimos diez años ahora está dentro de mí”* (Schweblin, 2014, p. 68). Esto a su vez es una aclaración de por qué los niños con edades cercanas a la de David tienden a sufrir malformaciones o enfermedades con más frecuencia en comparación con los adultos, pues hay un incremento gradual del uso de pesticidas y herbicidas en el pueblo en la última década. Como Mies (1998) ha asegurado: el mantenimiento de un modelo de crecimiento industrial masivo genera destrucción ecológica y un incremento de pobreza, los principales afectados ante esto serán las mujeres y los niños.

Las repercusiones que provoca el capitalismo como modelo económico y de producción en el pueblo, no solo son evidentes en la naturaleza a través de la contaminación de los recursos naturales por el uso indiscriminado de componentes químicos; también lo son por medio de peores condiciones de vida en los moradores, afectando especialmente a mujeres y niños. Esto se comprueba con la descripción del centro de salud para atender las afectaciones de los moradores, ya que el lugar está desprovisto de personal correctamente capacitado y de insumos médicos. Por eso van a la casa verde en busca de la curandera pues saben que, pese a las consecuencias que pueden traer sus prácticas, es la única ayuda efectiva a la que pueden recurrir.

El personaje de Sotomayor representa al modelo económico capitalista y los daños que puede causar dentro de la novela. Los bienes del pueblo están concentrados en manos de Sotomayor, siendo los más numerosos sus extensos e incontables terrenos destinados a la siembra y cosecha de alimentos. El uso de agroquímicos se debe a su interés por maximizar la producción alimentaria para así generar más ganancias, incluso si eso conlleva envenenar la comida, el agua y comprometer la salud de los habitantes del área. Esto provoca que tenga los recursos económicos necesarios para continuar amasando una fortuna aún mayor y que siga expandiendo su negocio e incrementa los daños causados por sus prácticas dentro de la producción alimentaria. Como se puede ver este modelo económico es omnisciente en la novela, como si se tratara de un ente perpetuamente presente, que ataca de manera silenciosa, pero letal.

7.3.1.2 En los animales. Por otro lado, los animales, de manera similar a los humanos, resultan perjudicados por la contaminación en el agua y las plantaciones del lugar a causa de los agroquímicos. Sin embargo, hay una gran diferencia entre cómo se perciben los padecimientos en cada especie. Esta radica en que, la mayoría de los animales, en lugar de presentar secuelas del

envenenamiento, pasan por una agonía larga que no tiene una razón aparente. Sin embargo, su notable malestar e incluso su muerte no es vista igual que la de los humanos, no genera preocupación y más bien pasa desapercibida incluso por las personas que habitan el mismo espacio.

La situación de vulnerabilidad en la que se encuentran los animales está influenciada por una visión antropocéntrica, que simultáneamente también sustenta al modelo capitalista, es decir, son considerados como inferiores por las personas, provocando que se lucre a sus expensas y su muerte sea vista como insignificante. Esto se ve representado en la novela mediante el personaje de Omar, quien se encargaba de criar caballos de carrera y para esto debía hacer que sus yeguas quedaran preñadas tantas veces como fuera posible; de esta forma obtendría más caballos que vender y, por defecto, más dinero. Carla asegura que Omar perseguía al caballo todo el día exclusivamente “para contabilizar cuantas veces se subía a cada yegua” (Schweblin, 2014, p. 11). La reproducción de las yeguas era monitoreada diligentemente por Omar para tener certeza del capital que iban a generar, no por interés genuino en garantizar su bienestar. Este dominio de las yeguas se da debido a que, al ser animales, son percibidas como inferiores; es decir, se trata de algo de lo que se puede prescindir (Plumwood, 1992, como se citó en de Godoy, 2021).

El sesgo antropocéntrico no solo crea la falsa idea de superioridad en el hombre, también hace que se vuelva indiferente ante la muerte de los animales, volviéndolo incapaz de inmutarse ante este acontecimiento, si es que llegaba a notarla. Esto sucede cuando Carla nota el mal estado del padrillo al día siguiente de que este y David bebe de la misma agua “lo que sea que hubiera tomado el caballo lo había tomado también mi David, y si el caballo se estaba muriendo no había chances para él. Lo supe con toda claridad” (Schweblin, 2014, p. 13). A Carla no le preocupa tanto como a su hijo el malestar del animal. Una reacción similar obtuvo de la muerte de los patos. Como ya se mencionó, David ayudaba a los patos que llegaban al jardín de su casa a morir y posteriormente los enterraba, esto sucedió en varias ocasiones, verbigracia, cuando Carla menciona que había “un agujero al lado del otro” (Schweblin, 2014, p. 45). Esto sucede aproximadamente en treinta ocasiones y lo comprueba Amanda, cuando va a casa de Carla y menciona “veo las tumbas. Simplemente miro hacia afuera y las reconozco. *Son veintiocho tumbas* [afirma David]” (Schweblin, 2014, p. 45). Carla era consciente de que estas muertes eran extrañas, nunca le generaron genuina preocupación, pero sí se las atribuye a su hijo; para ella es él el responsable de las muertes de los patos. David era el único que se preocupaba por el bienestar de los animales, llorando cada una de las muertes y brindándoles un entierro digno a todos. Como se ve a

continuación, cuando los humanos muestran preocupación hacia el bienestar de los animales es porque de eso depende su capital.

Los animales no solo son subyugados, también son víctimas del envenenamiento con mayor frecuencia y deben enfrentar graves repercusiones que suelen desencadenar en su muerte. Carla es capaz de prevenir la muerte de David debido a que el padrillo muestra los síntomas alarmantes antes que su hijo. Carla menciona que, luego de que este bebiera agua del riachuelo, el animal:

Al día siguiente el caballo amaneció acostado (...) [Omar] lo adivinó acostado en los pastizales. «Mierda», dijo. El padrillo tenía los párpados tan hinchados que no se le veían los ojos. Tenía los labios, los agujeros de la nariz, toda la boca tan hinchada que parecía otro animal, una monstruosidad. Apenas tenía fuerzas para quejarse y Omar dijo que el corazón le latía como una locomotora. (Schweblin, 2014, p. 13)

Tan pronto como Omar nota que el caballo está enfermo y presenta signos preocupantes, toma medidas al respecto; de hecho, la preocupación por el bienestar del animal también lo comparten los vecinos de Carla y Omar. Carla recalca que Omar, de manera inmediata, “mandó a llamar urgente al veterinario, vinieron algunos vecinos, todo el mundo preocupado corriendo de acá para allá” (Schweblin, 2014, p. 13). Omar hace lo posible para conservar la vida del caballo, pues de este dependen los ingresos de la familia. Carla también es consciente de lo que podría significar la muerte del padrillo, por esto cuando cree que se ha escapado, pero lo encuentra, suspira mientras dice: “«si te perdía, perdía también la casa, desgraciado»” (Schweblin, 2014, p. 12). La vida del padrillo es vista como valiosa y su pérdida genera angustia porque, a diferencia de todos los patos muertos, se puede conseguir mayores ingresos con él. Plumwood (2003) menciona que la percepción del otro, en este caso los animales, como insignificante, responde al dualismo hombre/naturaleza, siendo este uno de los más relevantes de un grupo de dualismos que se relacionan entre sí como humano/animal, civilizado/salvaje y hombre/mujer.

El caballo, pese a mostrar hinchazón y anomalías en su corazón como David, muere tan solo unas horas después de que descubrieran su estado. El agua es tan nociva que incluso cuando David muestra signos menores de malestar, la mujer de la casa verde le asegura a Carla; “«el caballo ya está muerto»” (Schweblin, 2014, p. 15). La rápida muerte del padrillo está determinada por el contacto directo con el agua contaminada y la cantidad que bebe. Así pues, la exposición de los animales a los recursos naturales tóxicos determina el nivel de daño y tiempo de agonía. El hecho de que la muerte de los animales no se diera de forma similar, fundamenta esto. Los patos,

que fueron enterrados en el jardín de la casa, pasan por una agonía tan lenta y dolorosa que necesitan de la ayuda de David para poder morir. Pese a que la mayoría de los animales están destinados a morir por la exposición a recursos naturales contaminados por agroquímicos, en la novela se menciona que las consecuencias de esta problemática también parecen haberse infiltrado hasta su genética, modificándola:

Un perro sale del pastizal. *Esto es importante* [responde David]. ¿Por qué? (...) ¿*Qué pasa con el perro?* Respira agitado y mueve la cola, le falta una pata trasera. *Sí, eso es muy importante, eso tiene mucho que ver con lo que buscamos.* (Schweblin, 2014, p. 27)

Es notable que la carencia de una extremidad en el perro esté relacionada con la polución en el pueblo debido a la reacción de David ante su aparición. Es necesario recalcar que David, a lo largo de toda la novela, busca el origen de la intoxicación de Amanda y Nina, de ahí que asegure que la condición del perro está relacionada con su búsqueda. Según Shiva (1995) la sobreexplotación del suelo y la contaminación del agua con componentes químicos a causa de un modelo de producción capitalista no solo son un peligro para la producción agrícola, sino también para los animales.

El sesgo antropocéntrico patriarcal mediante el cual se sostiene el capitalismo no se interesa de cómo sus acciones pueden afectar a su entorno, por lo tanto, es el principal responsable de la muerte y las afectaciones permanentes que sufren los humanos y los animales. Las mujeres, por supuesto, son quienes enfrentan en mayor medida las consecuencias de las enfermedades, pues son quienes realizan el trabajo no remunerado del cual se beneficia el capitalismo, los trabajos de cuidado a los enfermos y miembros de su familia, y también, en el caso de Carla, desempeñan trabajos formales. De esta manera, las mujeres y madres no solo trabajan activamente, sino que también deben cargar con el cuidado de su familia en condiciones desfavorables debido a la degradación de la naturaleza en las zonas rurales por culpa de la producción agrícola masiva capitalista, teniendo que realizar esfuerzo extra. A los ojos de quienes tienen mayor poder adquisitivo y lideran los sistemas de producción y explotación de recursos, las vidas humanas y animales poseen valor únicamente si pueden generar ganancias de ellos; este valor puede ser mayor o menor dependiendo de los ingresos que obtengan a sus expensas. Si no pueden generar un ingreso monetario significativo, su vida no es percibida como valiosa.

7. Discusión

En este apartado se discuten los resultados obtenidos en el *Análisis de la representación de la maternidad en la obra Distancia de rescate, de Samanta Schweblin desde el Ecofeminismo*, en relación con investigaciones previas que ya han sido abordadas en el presente estudio.

Respecto a los imaginarios tradicionales acerca de la maternidad, la presente investigación concuerda con las conclusiones alcanzadas por Vargas (2022) quien sostiene que, *Distancia de rescate*, crea un universo ficticio en el que el horror y el miedo dan lugar a la problematización alrededor de la maternidad. Simultáneamente de esta se desprenden los arquetipos de “buena” o “mala” madre. Asimismo, en cuanto a la forma en que se explora a la maternidad en la obra de Schweblin, y de manera similar a lo mencionado en los resultados de este análisis, Trejo (2018) menciona que se exhibe un lado sórdido de una experiencia que ha sido socialmente asumida como vocación natural de las mujeres. Los relatos de la autora muestran a las madres desde una perspectiva diferente a lo establecido por la sociedad patriarcal, cuestionando e incluso rechazando determinadas creencias ampliamente extendidas. De acuerdo con Trejo (2018), Schweblin pone énfasis en la complejidad emocional de la maternidad, desafiando las convicciones tradicionales acerca de lo que conlleva ser madre y proponiendo así una visión más profunda. Por otra parte, al igual que en el actual análisis, Forttes (2018) llegó a la conclusión de que la concepción de la madre como continuidad de la naturaleza y, por ende, conocedora de saberes que aseguran la supervivencia de los hijos, resulta inútil ante un entorno controlado por el capitalismo.

Sumado a esto, en la representación de la maternidad a través de personajes femeninos dentro de la novela, se encuentran coincidencias entre la presente investigación y los hallazgos de Zhang (2022), quien asegura que en la narrativa las mujeres y la naturaleza están profundamente relacionadas debido a que ambas viven bajo la misma situación de opresión. Esto como resultado de una sociedad capitalista en la que se considera insuficiente cualquier trabajo que no produzca capital. Por esto, los hombres son considerados trabajadores productivos, pero se ignora el trabajo doméstico que realizan las madres y la destrucción de la naturaleza debido a la explotación de sus recursos. De forma similar, el presente proyecto coincide con las conclusiones de Espinoza (2022), quien sostiene que la representación política de la maternidad y la crianza en la narrativa se muestra de dos maneras. Por un lado, se observa la presentación de posturas no convencionales donde las madres desafían normas establecidas socialmente. En contraste, se evidencia la presencia de

identidades que reflejan las normas de la sociedad patriarcal y capitalista, lo cual pone en manifiesto las repercusiones de la violencia sistemática sobre las figuras femeninas.

En relación con lo mencionado anteriormente, y similar a lo señalado en los resultados de este análisis, la investigación de Kjemphol (2021) concluye en que la ética del cuidado se manifiesta en la obra únicamente mediante los personajes femeninos a causa de su mayor voluntad por entender cómo se originan las enfermedades que afectan a sus hijos por su deseo de cuidarlos. Es decir, el interés de los personajes femeninos sobre la naturaleza y los animales es prácticamente nulo y no surge de la intención de conservar y proteger de ambos. Las figuras femeninas no cuidan del medio ambiente más que su contraparte masculina al tratarse de algo propio de su género, sino que son víctimas pasivas de las amenazas de un sistema patriarcal, que se ve reflejado en la explotación agrícola y agentes activos al momento de defender y cuidar a sus hijos de las consecuencias de un modelo económico que les deja esas opciones como únicas alternativas.

Mientras tanto, en los resultados de la presente investigación se determina que el sesgo antropocéntrico está presente debido a que se pasa por alto las muertes de los animales cuando no generan ingresos a su dueño. Contrariamente, las conclusiones del análisis de Tufek (2022) establecen que las enfermedades letales que experimentan los humanos y los animales son similares, lo cual conlleva a que la obra no refleje una visión antropocéntrica del mundo. Aunado a esto, y a diferencia de lo encontrado en los resultados del presente proyecto, Tufek (2022) resalta que en la novela de Schweblin y, de manera global, en la nueva narrativa argentina se ha superado la dicotomía entre civilización y barbarie.

Los resultados mencionados previamente difieren de los hallazgos de Tufek (2022), pues el autor encuentra al problema del uso excesivo de agroquímicos en las plantaciones de soja y las afectaciones a un número considerable de personas en el pueblo como indicios que reafirman la presencia de la violencia que tiene lugar en el cuerpo, como un tema central en la novela. Además de esto, Tufek (2022) sostiene que la obra pone en entredicho dicotomías de la modernidad como la que existe entre lo humano y lo no humano, es decir, debido a que el autor no halla indicios del sesgo antropocéntrico, tampoco ha detectado dicotomías.

Esta investigación se diferencia de las mencionadas anteriormente por la forma en que aborda la maternidad desde otro ángulo pues se estudia más detenidamente las influencias detrás de las acciones y prácticas de las protagonistas; no se asume que sobreprotegen a sus hijos porque esa es la forma en la que una madre debería actuar. Se analiza a la maternidad como un fenómeno

y constructo social, considerándola un factor crucial para entender mejor cómo esto puede influir en la manera en que resultan afectados especialmente las mujeres y niños en la novela y esto enmarcado en determinadas premisas del Ecofeminismo. De esta manera, debido a los constructos sociales sobre la maternidad como los estereotipos, las protagonistas femeninas no solo son más vulnerables y enfrentan de forma distinta los problemas medioambientales por esto, sino que también son condenadas por la sociedad e incluso por ellas mismas. Los dos enfoques que se presentan en este análisis, la maternidad como un fenómeno especialmente complejo y los postulados del Ecofeminismo, teniendo en cuenta que es una de las variantes más contemporáneas del movimiento feminista, hicieron que sea posible estudiar la novela *Distancia de rescate* desde una perspectiva novedosa.

Es así que la respuesta a la pregunta ¿de qué manera se relaciona la representación de la maternidad en *Distancia de rescate*, de Samanta Schweblin con la crítica ecofeminista? tiene su respuesta en las premisas del Ecofeminismo constructivista y crítico donde la representación de la maternidad se da desde las prácticas realizadas por las protagonistas femeninas, como la repartición sexual del trabajo y las relaciones de cuidado, que están determinadas por constructos sociales y que no responden a capacidades innatas de la mujer. De igual manera, las creencias sociales que dictan a la mujer como principal cuidadora de las personas vulnerables como los niños, enfermos y ancianos son las mismas que la obligan a ser madre y cumplir con determinados estereotipos y expectativas incluso si eso va en contra de su voluntad. Esto permite entrever que la mujer y la naturaleza no tienen una conexión debido a su capacidad de dar vida y conservarla en esta novela, sino que la dominación de la que ambos personajes femeninos, Amanda y Carla, son víctimas como consecuencia del sesgo antropocéntrico y un modelo económico capitalista que las une. Finalmente, de acuerdo con lo establecido por el Ecofeminismo crítico, constructivista y esencialista, la mujer y sus hijos son las principales víctimas de la contaminación de los recursos y demás problemas que son consecuencia directa de la sobreexplotación de los recursos naturales esenciales para la vida puesto que son ellas quienes tienden a lidiar con las problemáticas que esto puede generar en su entorno y núcleo familiar.

8. Conclusiones

Una vez culminado el proceso de análisis de la obra *Distancia de rescate* de Samanta Schweblin, se ha logrado llegar a las siguientes conclusiones:

La forma en que se representa a la maternidad, el cuidado y el medio ambiente en la novela están relacionados con postulados de la crítica ecofeminista. En la historia, la maternidad es vista desde ideas esencialistas como el mito del instinto materno, en consecuencia, esta es el producto de un constructo social, al igual que la analogía entre la mujer y la naturaleza. Ambas creencias surgen debido al predominio del sesgo antropocéntrico y el androcentrismo, pues se trata de discursos que están arraigados en el imaginario colectivo, mediante los roles de género y la división sexual del trabajo, y se le han impuesto tradicionalmente a la mujer y madre. Las protagonistas, al ser mujeres, han sido instruidas para cuidar y priorizar el bienestar de terceros, especialmente de sus hijos, una vez que se convirtieran en madres. De esta manera se les impone un modelo de madre irreal al que deben acogerse, de lo contrario estarían atentando contra su propia “naturaleza” y “principal propósito en la vida”. Amanda y Carla no encajan por completo en ninguno de los estereotipos de la maternidad, el de la “buena” madre y la “mala” madre, los transgreden mediante sus acciones, actitudes y sentimientos. No obstante, las protagonistas femeninas, tal y como lo plantea el Ecofeminismo esencialista, constructivista y crítico, sí se ven afectadas en mayor medida que su contraparte masculina. Ser mujeres y también madres las vuelve más vulnerables a la contaminación.

Además, se ha podido identificar a los personajes femeninos y su representación en el espacio eco-distópico, siendo estos Carla y Amanda. Estos personajes son retratados como víctimas y, a su vez, como las principales encargadas de contrarrestar las secuelas de la contaminación del espacio eco-distópico. Su salud y la de sus hijos es afectada por la naturaleza debido a la contaminación del agua, el suelo y los sembríos. El envenenamiento de los recursos naturales ocasiona intoxicaciones, enfermedades congénitas, abortos espontáneos, padecimientos en la piel, daños a nivel cognitivo, dolor de cabeza e incluso la muerte. Cuando los hijos resultan afectados, las madres son quienes se encargan exclusivamente de cuidarlos durante y después de su recuperación. Este proceso se ve agravado debido a que los envenenamientos producen daños físicos o cognitivos permanentes y provoca que las responsabilidades de las madres sean aún mayores y deban emplear el doble de tiempo y esfuerzo ya no solamente en la crianza de sus hijos y las tareas del hogar en general, sino en buscar proteger a sus hijos de condiciones externas que

se escapan de su comprensión. Por eso las protagonistas son quienes se encargan de que los productos de primera necesidad, alimentos, agua y demás, estén siempre disponibles en el hogar y sean aptos para que su familia pueda consumirlos. En la novela el espacio eco-distópico, debido a la contaminación de los recursos naturales, empeora las condiciones de vida, desencadenando incluso en la muerte de las mujeres y sus hijos.

Esto ha permitido, a su vez, describir cómo la sobreexplotación de los recursos naturales y el sistema capitalista condicionan las relaciones de cuidado de las figuras femeninas, Carla y Amanda, en la obra. De este modo, el capitalismo como sistema económico y de producción determina las relaciones de cuidado de las figuras femeninas y sus hijos debido a que se origina, se mantiene y enriquece a través de su opresión. El sistema capitalista prioriza la generación de capital, por ende, busca la manera de maximizar la cantidad de productos en el menor tiempo posible, esto provoca la sobreexplotación de los recursos naturales, afectando inevitablemente al ecosistema. Esto se ve reflejado en los sembríos de monocultivos de soja y el uso de agroquímicos para acelerar su producción, mejorar su aspecto y duplicar las ganancias. La contaminación es una de las consecuencias de la sobreexplotación de los recursos que más pone en riesgo a la salud de las madres en la novela, afecta su bienestar y causa daños irreversibles en sus hijos. Aunado a esto, el sistema capitalista se beneficia del trabajo doméstico y de cuidados debido a que no es remunerado y lo realizan las mujeres, aunque también tengan un trabajo formal. Esto contribuye así a que sean relegadas al espacio privado, pues el capitalismo se beneficia de que las madres pierdan autonomía y libertad. Las madres no solo son las principales perjudicadas por un sistema que las esclaviza, envenena el agua que consumen y el espacio que habitan, también deben cuidar de sus hijos intoxicados incluso cuando ya superaron la enfermedad. De esta manera, las mujeres deben asumir una carga física y mental mayor que su contraparte masculina como una de las secuelas del capitalismo.

9. Recomendaciones

En primer lugar, se recomienda a futuros estudiosos de la obra *Distancia de rescate*, de Schweblin ampliar el análisis sobre el papel que cumplen las estructuras de poder en la perpetuación, como el Gobierno, en la opresión de la mujer; especialmente, en aquellas que viven en las áreas rurales y profundizar en la notoria inacción de las autoridades ante los problemas ambientales que afectan la calidad de vida de los habitantes, siendo los principales perjudicados las mujeres y los niños, desde el Ecofeminismo u otras líneas feministas.

En la misma línea, se sugiere ampliar el estudio mediante la identificación de los elementos que permiten la construcción de un espacio eco-distópico dentro del universo literario de Samanta Schweblin mediante un análisis de las características sociales y ambientales descritas en la novela, así como también de la verificación de los elementos narrativos utilizados por la autora para lograr una atmósfera que combina lo cotidiano con lo ominoso. De este modo, podría leerse esta obra literaria atendiendo a los entornos naturales que se convierten en reflejos distorsionados de realidades perturbadoras por lo contaminadas.

Debido a que la obra *Distancia de rescate* forma parte de la creciente ola de literatura latinoamericana escrita por autoras en la que se aborda los problemas y vivencias del colectivo femenino a través de protagonistas mujeres, resultaría ideal estudiar esta novela desde enfoques que profundicen en dichos problemas. Por esta razón se podría describir la novela desde los roles de género o la división sexual del trabajo. Esto podría brindar una visión más amplia de cómo se ve influenciada la representación de la maternidad en la historia. Asimismo, en investigaciones futuras se podría contrastar la novela de Schweblin con alguna obra de escritoras que pertenecen a la misma generación y abarcan lo femenino, como Mónica Ojeda o Mariana Enríquez, desde los postulados del Ecofeminismo.

10. Bibliografía

- Abajo, S., Bermant, C., Cuadrada, C., Galaman, C., y Soto, L. (2016). Ser madre hoy: abordaje multidisciplinar de la maternidad desde una perspectiva de género. *MUSAS. Revista de Investigación en Mujer, Salud y Sociedad*, 1(2), 20-34. <https://revistes.ub.edu/index.php/MUSAS/article/view/vol1.num2.8>
- Aguilar, O. (2016). La crisis ecológica y su impacto en la mujer. *Anuario Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales*, 1, 19-29. <https://acortar.link/ILgRMI>
- Agarwal, B. (1992). The gender and environment debate: lessons from India. *Feminist Studies*, 18(1), 390-395. <https://acortar.link/txX74V>
- Aristóteles. (1988). *Política*. (Trad. M. García). Editorial Gredos. (Trabajo original publicado ca. 1330). [https://bcn.gob.ar/uploads/ARISTOTELES,%20Politica%20\(Gredos\).pdf](https://bcn.gob.ar/uploads/ARISTOTELES,%20Politica%20(Gredos).pdf)
- Badinter, E. (1991). *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Paidós.
- Bauman, Z. (2010). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Paidós. <https://catedratesv.files.wordpress.com/2014/07/bauman-zygmunt-miedo-lc3adquido-la-sociedad-comtempor3a1nea-y-sus-temores.pdf>
- Benavides, S. (20 de mayo de 2018). Samanta Schweblin: “Me pienso como una escritora argentina escribiendo desde afuera”. *Infobae*. <https://www.infobae.com/cultura/2018/05/20/samanta-schweblin-me-pienso-como-una-escritora-argentina-escribiendo-desde-afuera/>
- Bergère, M. (2016). Ecofeminismo: Violencia de género y maltrato a los animales. *Forum of Animal Law Studies*, 7(4), 1-18. <https://raco.cat/index.php/da/article/view/349415>
- Bourdieu, P. (1996). La dominación masculina. *Revista de Estudios de Género, La Ventana E- ISSN: 2448-7724*, (3), 1-95. <https://doi.org/10.32870/lv.v0i3.2683>
- Calderón, N. (2019). L/a madre no existe: Lacan, Medea y la posición femenina de la “verdadera” mujer. *Affectio Societatis*, 16(31), 8. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8171563>

- Campos, F. (2020). Nueve tesis introductorias sobre la distopía. *de Filosofía*, 7(2), 11-33.
- Carcaño, E. (2008). Ecofeminismo y ambientalismo feminista: Una reflexión crítica. *Argumentos (México, DF)*, 21(56), 183-188.
https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-57952008000100010
- Cardenas, N., y Parra, J. (2021). Lo familiar y lo femenino en la narrativa de Samanta Schweblin. *Cuadernos De Filosofía Latinoamericana*, 42(124), 1-24.
<https://doi.org/10.15332/25005375.6064>
- Castellanos, G. (2006). La custodia materna, la historia de la maternidad y el modelo de la maternidad intensiva. En R. Silva (Ed.), *Custodia compartida: coloquio* (pp. 5-27). Centro interdisciplinario de estudios sociales.
https://www.academia.edu/110816970/Custodia_compartida_Coloquio
- Comesaña, G. (2002). Aproximación a la obra de una teóloga ecofeminista. *Telos: Revista de Estudios Interdisciplinarios en Ciencias Sociales*, 4(1), 27-42.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6436502>
- Conde, A. (2013). Efectos nocivos de la contaminación ambiental sobre la embarazada. *Revista Cubana de Higiene y Epidemiología*, 51(2), 226-238
http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1561-30032013000200011
- Criales, J. (17 de noviembre de 2022). Samanta Schweblin gana el National Book Award de traducción por “Siete casas vacías”. *El País*. <https://elpais.com/argentina/2022-11-17/samanta-schweblin-gana-el-national-book-award-de-traduccion-por-siete-casas-vacias.html>
- D’hers, V. (2020). Mujer y naturaleza, ¿Una relación privilegiada? Identificando sensibilidades ecofeministas en el siglo XXI. *Buenos Aires: ESE Editora*.
https://www.researchgate.net/profile/Victoria-Dhers/publication/354895418_DHERS_-_CAPITULO_Sensibilidades_ecofeministas_FINAL/links/6153267ed2ebba7be756c0cd/DHERS-CAPITULO-Sensibilidades-ecofeministas-FINAL.pdf

- de Godoy, C. (2021). Ecofeminismo crítico justicia y ética interespecies: un estudio comparado de la obra de Val Plumwood posibles alternativas hacia el caos social y ambiental. *Editora Dialéctica Ltda.*
<https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=Z8E5EAAAQBAJ&oi=fnd&pg=PT4&dq=val+plumwood+ecofeminismo&ots=fErJyr7Pvb&sig=I6ybVpehYnQTkDagy3nrbl00JkY#v=onepage&q=val%20plumwood%20ecofeminismo&f=false>
- De Gialdino, I. (2006). Estrategias de investigación cualitativa. *Editorial Gedisa.*
- De Durán, R., y Pachajoa-Londoño, A. (2011). La maternidad humana y su evolución sociohistórica. *Revista Psicología*, 30(1), 147-158.
http://saber.ucv.ve/ojs/index.php/rev_ps/article/view/3690
- De Beauvoir, S. (2015). *El segundo sexo*. Ediciones cátedra.
- Díaz, A. (2019). Ecofeminismo: poniendo el cuidado en el centro. Scielo.
https://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1988-348X2019000400004
- Donath, O. (2016). *Madres arrepentidas*. Penguin random house.
- Espinoza, C. (2022). El ejercicio político de la maternidad en Distancia de rescate de Samanta Schweblin: un análisis desde una perspectiva feminista. *Revista ZUR*, 4(1), 130-136.
<https://revistazur.ufro.cl/wp-content/uploads/2022/07/1.-Claudia-Espinoza-Sandoval-El-ejercicio-politico-de-la-maternidad-en-Distancia-de-rescate-de-Samanta-Schweblin.-Un-analisis-desde-una-perspectiva-feminista.pdf>
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja*. Traficantes de sueños.
- Fortes-Zalaquett, C. A. (2018). El horror de perder la vida nueva: gótico, maternidad y transgénicos en Distancia de rescate de Samanta Schweblin. *Revista de Estudos Literários da UEMS*, 3(20), 147-162. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6862915>
- Freixas, L. (2015). *El silencio de las madres y otras reflexiones sobre las mujeres en la cultura*. Editorial UOC.

- Gallardo, C. (2023). Ideología de la maternidad en la literatura y la sociedad. *Amoxcalli, Revista De Teoría Y Crítica De La Literatura Hispanoamericana*, 6(12), 120-142. <http://rd.buap.mx/ojs-dm/index.php/amox/article/view/1209>
- Gómez, L. (2011). Un espacio para la investigación documental. *Revista Vanguardia psicológica clínica teórica y práctica*, 1(2), 226-233. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4815129>
- González, A. (2017). *Vivencias de la maternidad en el contexto de las técnicas reproductivas. Análisis desde la perspectiva de género* [Tesis de doctorado, Universidad de Salamanca] Portal de la investigación. https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/137498/DPSA_GonzalezVicente_vivencias_maternidad.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Guerrero, O. (2010). Cuerpo, espacio y libertad en el ecofeminismo. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 27(3). <https://www.redalyc.org/pdf/181/18113757014.pdf>
- Guerra, L. (2007). *Mujer y escritura: fundamentos teóricos de la crítica feminista*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hays, S. (1998). *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Paidós.
- Herrero, Y. (2015). Apuntes introductorios sobre el Ecofeminismo. *Boletín de recursos de información* (43), 1-12. <https://addi.ehu.es/handle/10810/21024>
- Herrero, Y. (2013). Miradas Ecofeministas para transitar a un mundo justo y sostenible. *Revista de economía crítica*, (16), 278-307. https://www.avlflor.org/wp-content/uploads/2016/12/09_YayoHerrero.pdf
- Juristo, J. (2018). La nueva mirada gótica. *Cuadernos Hispanoamericanos*. <https://cuadernoshispanoamericanos.com/la-nueva-mirada-gotica/>
- Kjemphol, M. K. (2021). La mujer y la amenaza ambiental: El “ecofeminismo gótico” en *Distancia de rescate* (2014) de Samanta Schweblin. <https://www.duo.uio.no/bitstream/handle/10852/87764/Master---Mari-Korsan-V21.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

- Kördel, J. (2022). Lecturas ecofeministas de literaturas latinoamericanas. De angustias, aguas y agroquímicos: la novela Distancia de rescate de Samanta Schweblin. Imaginarios ecológicos en América Latina. Crónicas coloniales, ensayos, novelas, cine y prácticas culturales. <https://content.e-bookshelf.de/media/reading/L-18758595-60c0151d0f.pdf>
- Leff, E. (2004). Ecofeminismo: el género del ambiente. *Polis. Revista latinoamericana*, (9). <https://journals.openedition.org/polis/7248#quotation>
- Lizabe, G. (2017). Madres medievales: en torno a la de-construcción de estereotipos femeninos. *Revista Melibea*, 11 (1), 101-118. <https://bdigital.uncu.edu.ar/12873>
- López, M. (1991). Distopía: otro final de la utopía. *Reis, Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (55)7-23. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=758594>
- Maurici, M. (2008). Genoveva de Brabante, génesis del personaje y su lugar en la historia de la edición. *Bulletin hispanique*, 110(2), 573-600. <https://doi.org/10.4000/bulletinhispanique.793>
- Márquez, G., y Padilla, S. (2023). Cambio climático, género y salud mental: una revisión sistemática basada en el método PRISMA. *Revista Investigium IRE Ciencias Sociales Y Humanas*, 14(1), 25-40. <https://doi.org/10.15658/INVESTIGIUMIRE.231401.03>
- Martínez, E. (2017). Los ecofeminismos como vanguardia en la interseccionalidad feminista. *GénEroos. Revista de investigación y divulgación sobre los estudios de género*, 24(21), 133-150.
- Meruane, L. (2018). *Contra los hijos*. Penguin random house.
- Mies, M., y Shiva, V. (1998). *La praxis del ecofeminismo: biotecnología, consumo y reproducción*. Icaria Editorial.
- Molina, M. (2006). Transformaciones Histórico Culturales del Concepto de Maternidad y sus Repercusiones en la Identidad de la Mujer. *Psyche (Santiago)*, 15(2), 93-103. https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-22282006000200009&script=sci_arttext&tlng=en

- Oiberman, A. (2005). Historia de las madres en occidente: repensar la maternidad. *Psicodebate*, (5), 115-130. <https://doi.org/10.18682/pd.v5i0.456>
- Ortner, S. (1974). Is female to male as nature is to culture? en Rosaldo and Lamphere (Eds.), *Woman, Culture, and Society* (pp. 68-87). Stanford University Press.
- Palomar, C. (2005). Maternidad: Historia y Cultura. *Revista de Estudios de Género. La ventana*, (22), 35-67. <https://www.redalyc.org/pdf/884/88402204.pdf>
- Palomar, C. (2004). “Malas madres”: la construcción social de la maternidad. *Debate feminista*, (30), 12-34.
- Panero, P. (2022). Pobreza, lactancia solidaria en unos exempla [sic] del siglo XVIII. *Avisos de Viena*, (3), 85-95. <https://doi.org/10.25365/adv.2022.3.6589>
- Perales, V. (2014). Ecofeminismo y ciudad: mujeres pensando una ciudad más saludable. *Arte y Ciudad. Revista de Investigación*, (6). <https://doi.org/10.22530/ayc.2015.N6.240>
- Pimentel, M. (2014). La maternidad en la historia: deber, deseo y simulacro. *Cuadernos Inter.c.a.mbio Sobre Centroamérica Y El Caribe*, 11(2), 259–288. <https://doi.org/10.15517/c.a.v11i2.16585>
- Piqué, E. (5 de diciembre de 2021). Samanta Schweblin recibió en Roma un prestigioso premio literario de manos de Vargas Llosa. *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/cultura/samantha-schweblin-recibio-en-roma-un-prestigioso-premio-literario-de-manos-de-vargas-llosa-nid05122021/>
- Puleo, A. (2000). Luces y sombras del ecofeminismo. *Asparkia: investigació feminista*, (11), 37-45. <https://raco.cat/index.php/Asparkia/article/view/108559>
- Puleo, A. (2009). Ecofeminismo: la perspectiva de género en la conciencia ecologista. *Claves del ecologismo social*, 169-172. <https://www.legisver.gob.mx/equidadNotas/publicacionLXIII/Alicia%20Puleo%20-%20Ecofeminismo%20La%20perspectiva%20de%20g%C3%A9nero%20en%20la%20conciencia%20ecologista.pdf>

- Puleo, A. (2009). Entrevista a Alicia Puleo: claves del ecofeminismo/ Entrevistada por Elena Duque. *Mujeres en red*. <https://www.nodo50.org/mujeresred/spip.php?article1714>
- Puleo, A. (2011). *Ecofeminismo para otro mundo posible*. Cátedra.
- Puleo, A. (2012). Feminismo y ecología. *Mujeres en Red. El periódico feminista*. <https://www.mujiresenred.net/spip.php?article2060>
- Puleo, A. (2013). Entrevista con Alicia Puleo: reflexiones sobre el ecofeminismo/ Entrevistada por Lorraine Young. *Feminismo/s* (22), 47-56. https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/39791/1/Feminismos_22_04.pdf
- Puleo, A. (2017). Entrevista a la filósofa ecofeminista Alicia Puleo/ Entrevistada por Georgina Tapia. *GénEros. Revista de investigación y divulgación sobre los estudios de género*, 24(21), 7-24.
- Puleo, A. (2017). ¿Qué es el ecofeminismo? *Quaderns de la Mediterrània*, 25, 210-214. https://www.iemed.org/wp-content/uploads/2021/05/%C2%BFQue%CC%81-es-el-ecofeminismo_-1.pdf
- Puleo, A. (2022). El ecofeminismo y sus compañeros de ruta: Cinco claves para una relación positiva con el ecologismo, el ecosocialismo y el de-crecimiento. *Estudios - Centro de Estudios Avanzados. Universidad Nacional de Córdoba*, (48), 101-122. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1852-15682022000200007&script=sci_arttext#notas
- Puleo, A. (2023). El ecofeminismo, conciencia feminista profunda de la crisis socioambiental. En C. Güemes y F. C. Montiel (Eds.), *Cuidados y ecofeminismo. Consolidar avances y construir futuros igualitarios en Latinoamérica* (pp.25-37). Fundación Carolina. <https://www.fundacioncarolina.es/wp-content/uploads/2023/02/Cuidados-y-ecofeminismo.pdf>
- Plumwood, V. (2003). *Feminism and the Mastery of Nature*. Routledge.

- Rich, A. (2019). *Nacemos de mujer: la maternidad como experiencia e institución*. Traficantes de sueños.
- Rincón, A., Vizcarra, I., y Thome, H. (2017). Prácticas espirituales, ecofeminismo y maíz nativo. El caso de las mujeres matlatzincas. *Ediciones Godot*. <http://hdl.handle.net/20.500.11799/70678>
- Rosero, G. (2019). Maternidad: el relato desde la periferia. *Index, Revista De Arte contemporáneo*, (08), 110–117. <http://www.revistaindex.net/index.php/cav/article/view/261>
- Ruether, R. (1993). Gaia y Dios. Una teología feminista para la recuperación de la Tierra. *Documentación y estudios de mujeres*, A.C. https://www.academia.edu/80088593/RADFORD_RUETHER_Rosemary_Gaya_y_Dios_Una_teolog%C3%ADa_ecofeminista_para_la_recuperaci%C3%B3n_de_la_Tierra
- Sandoval-Casilimas, C. (1996). *Investigación cualitativa*. Arfo Editores. <http://biblioteca.udgvirtual.udg.mx/jspui/handle/123456789/2815>
- Saletti, L. (2008). *Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad*. Universidad de la Laguna. <http://riull.ull.es/xmlui/handle/915/14275>
- Shiva, V. (1995). *Abrazar la vida, mujer, ecología y supervivencia*. Horas y horas. <https://observatorio.aguayvida.org.mx/media/vandana-shiva-abrazar-la-vida.-mujer-ecologia-y-supervivencia.pdf>
- Simonis, A. (2012). La diosa feminista. El movimiento de espiritualidad de las mujeres durante la segunda ola. *Feminismos*, (20), 25-42. <http://dx.doi.org/10.14198/fem.2012.20.02>
- Solé, C., y Rubio, S. (2004). Nuevas expresiones de la maternidad: las madres con carreras profesionales ¿exitosas?. *RES. Revista Española de Sociología*, (4), 67-92.
- Solís, M. (2012). Ecofeminismo ante la crisis global. *Congreso Universitario Nacional Investigación y Género (pp. 1969-1987)*. *Unidad para la Igualdad*, Universidad de Sevilla. <https://idus.us.es/handle/11441/40848>

- Tufek, A. (2022). *Una lectura ecocrítica de Distancia de rescate de Samanta Schweblin* [Tesis de doctorado, Universidad de Zagreb]. Facultad de Filosofía. <https://zir.nsk.hr/islandora/object/ffzg:6367>
- Trejo, G. (2018). “Conservas” y *Distancia de rescate*: la narrativa fantástica de Samanta Schweblin a la luz de la (no) maternidad. *Tenso Diagonal*, (06), 84 - 93. <https://www.tensodiagonal.org/index.php/tensodiagonal/article/view/215>
- Triana, D. (2016). Éticas ecofeministas: la comunidad de la vida. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 37(114), 117-131. <https://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/cfla/article/view/2195>
- Valero, B. (2018). La lucha por la defensa de la naturaleza desde una perspectiva de género. *Edu.* https://bonga.unisimon.edu.co/bitstream/handle/20.500.12442/2606/Cap_11_Lucha_DefensadelaNaturaleza.pdf?isAllowed=y&sequence=15
- Vargas, O, E. (2022). La maternidad y lo contrafáctico en *Distancia de rescate*, de Samanta Schweblin. *Social Innova Sciences*, 3(1), 43-52. <https://socialinnovasciences.org/ojs/index.php/sis/article/view/83>
- Vivas, E. (2019). *Mamá desobediente*. Capitán Swing.
- Wozna, A. (2016). Rasgos de la teología feminista en la narrativa de Mary Daly. *Carthaginensia*, 32(62), 365-405. <https://revistacarthaginensia.com/index.php/CARTHAGINENSIA/article/view/54>
- Zhang, J. (2023). *La literatura ecológica de América Latina. Una lectura ecocrítica de Un viejo que leía novelas de amor de Luis Sepúlveda y Distancia de rescate de Samanta Schweblin*. [Tesis de Doctorado, Universidad Carlos III de Madrid]. https://e-archivo.uc3m.es/bitstream/handle/10016/37107/literatura_Zhang_tesis.pdf?sequence=1

11. Anexos

Anexo 1

Instrumento de recolección de datos

Categorías		Fragmentos de la obra	Correlación teórica	Comentario
La representación de la maternidad: estereotipos	“Buena” madre	<p>Tradiciones de crianza impuestas</p> <p>“¿Cuándo empezaste a medir esta distancia de rescate?”</p> <p>“Es algo heredado de mi madre. «Te quiero cerca», me decía. «Mantengamos la distancia de rescate»” (p. 26).</p> <p>“(…) lo importante era liberar a David del cuerpo enfermo, y entender que, incluso sin David en ese cuerpo, yo seguiría siendo responsable del cuerpo, pasara lo que pasara. Yo tenía que asumir ese compromiso.” (p. 17)</p> <p>“Las primeras horas que pasamos en la casa quería tener a Nina siempre cerca. Necesitaba saber cuántas salidas había, detectar las zonas del piso más astilladas, confirmar si el crujido de la escalera significaba algún peligro. Le señalé estos puntos a Nina, que no es miedosa pero sí obediente, y al segundo día el hilo invisible que nos une se estiraba otra vez, presente pero permisivo, dándonos de a ratos cierta independencia.” (p. 22).</p> <p>“«Tarde o temprano algo malo va a suceder», decía mi madre, «y cuando pase quiero tenerte cerca»” (p. 27).</p> <p>“Entonces siento, con una claridad espantosa, el hilo que se</p>	<p>Badinter (1980) el estereotipo de “buena madre” conlleva absoluta entrega y abnegación a los hijos.</p> <p>Donath (2016) el modelo de crianza exhaustivo les fue impuesto a las mujeres.</p> <p>Badinter (1980) y Rich (2019) las ideas que se han sido impuestas a las mujeres sobre la maternidad pueden ser asfixiantes.</p> <p>Shiva (1998) la capacidad de cuidar de las mujeres</p>	

		<p>tensa, la imprecisa distancia de rescate.” (p. 28).</p> <p>“Mi madre dijo que algo malo sucedería. Mi madre estaba segura de que, tarde o temprano, sucedería, y ahora yo podía verlo con toda claridad, podía sentirlo avanzar hacia nosotras como una fatalidad tangible, irreversible.” (p. 34).</p> <p>“Entonces un día estoy tirada en mi cama y lo veo en el jardín de atrás. Estaba acucillado de espaldas, no podía entender muy bien qué hacía, pero me preocupó, no podría decirte por qué pero algo en sus movimientos me alarmó.</p> <p>—Lo entiendo perfectamente.</p> <p>—Sí, es algo de madre.” (p. 43).</p> <p>“¿Por qué las madres hacen eso?</p> <p>¿Qué cosa?</p> <p><i>Lo de ir por delante de lo que podría ocurrir, lo de la distancia de rescate.</i></p> <p>Es porque tarde o temprano sucederá algo terrible. Mi abuela se lo hizo saber a mi madre, toda su infancia, mi madre me lo hizo saber a mí, toda mi infancia, a mí me toca ocuparme de Nina.” (p. 55).</p> <p>“Revisé a todos los chicos de su edad, Amanda. A todos. (...) Los sigo a escondidas de sus padres, les hablo, los tomo [<i>sic</i>] de los hombros para mirarlos bien a los ojos” (p. 62).</p>	<p>es una virtud innata.</p> <p>Puleo (2011) la mujer ha sido la encargada de cuidar de otro debido a que le ha sido impuesto históricamente.</p> <p>Meruane (2018) la imposición de determinadas acciones viene de la imposición de roles de género.</p> <p>Agarwal (1996) las actividades que realizan las mujeres vienen de la distribución de tareas por género.</p>	
--	--	---	--	--

			<p>“Pero el hijo de la enfermera, los chicos que vienen a esta aula, ¿son chicos intoxicados? ¿Cómo puede una madre no darse cuenta?” (p. 63).</p> <p>“Hay muchos chicos, casi todos son chicos. ¿Qué hacen cruzando todos juntos, a esta hora?</p> <p><i>Nos llevan a la sala de espera. Ahí nos dejan antes de que el día empiece. Si tenemos un mal día nos regresan antes, pero por lo general no volvemos a casa hasta la noche. (...)</i></p> <p><i>Es difícil cuidar de nosotros en las casas, algunos padres ni siquiera saben cómo hacerlo.”</i> (p. 65).</p> <p>“—Amanda, cuando encuentre a mi verdadero David —dice tu madre—, no voy a tener dudas de que es él.” (p. 69).</p> <p>“Y ahora el hilo, el hilo de la distancia de rescate.</p> <p><i>Sí.</i></p> <p>Es como si atara el estómago desde afuera. Lo aprieta.</p> <p><i>No te asustes.</i></p> <p>Lo ahorca, David.</p> <p><i>Va a cortarse.</i></p> <p>No, eso no puede ser. Eso no puede pasar con el hilo, porque yo soy la madre de Nina y Nina es mi hija.</p>		
--	--	--	--	--	--

		<p>(...) Algo tira más fuerte del hilo y las vueltas se achican. El hilo me va a partir el estómago.</p> <p><i>Antes va a cortarse el hilo, respirá.</i></p> <p>Ese hilo no puede partirse, Nina es mi hija. Pero sí, Dios mío, se corta.</p> <p><i>Ahora queda muy poco tiempo.”</i> (p. 71).</p> <p>“Algo se desprende.</p> <p><i>El hilo.</i></p> <p>Ya no hay tensión. Pero yo siento el hilo, todavía existe.” (p. 72).</p>		
	Priorización de las necesidades del hijo	<p>“¿<i>Qué más? ¿Qué más pasa en ese mismísimo momento?</i></p> <p>Cambio el peso de mi cuerpo de una pierna a la otra.</p> <p><i>¿Por qué?</i></p> <p>Porque me alivia, porque últimamente siento que mantenerme en pie implica un gran esfuerzo. Se lo dije una vez a mi marido, y él dijo que quizá estaba un poco deprimida, eso fue antes de que Nina naciera. Ahora el sentimiento es el mismo, pero ya no es lo más importante.” (p. 21).</p> <p>“¿Y Nina? Si todo esto realmente sucede, ¿dónde está Nina? Mi Dios, Dónde está Nina.</p> <p><i>Eso no es importante.</i></p>	<p>Donath (2016) algunas mujeres tienen presente su condición de madre permanentemente.</p> <p>Badinter (1980) a nivel social una “buena” madre ponga a sus hijos antes que sus intereses y metas personales.</p>	

			<p>Eso es lo único importante.” (p. 21).</p> <p>“¿Y Nina? ¿Dónde está Nina ahora?” (p 46).</p> <p>“Con un último esfuerzo me dejo caer en el sillón. (...)</p> <p>Estiro mi brazo y, antes de quedarme completamente dormida, abrazo a Nina y la aprieto contra mi cuerpo.” (p. 62).</p>	<p>Rich (2019) las necesidades de la madre son opacadas por las de sus hijos.</p>	
		<p>Culpa ante los descuidos en la crianza</p>	<p>“—Si te lo cuento —dice—, ya no vas a querer verme más. (...)</p> <p>—Si te cuento —dice—, no vas a querer que él juegue con Nina. — Pero Carla, por favor, cómo no voy a querer.</p> <p>—No vas a querer, Amanda — dice, y los ojos se le llenan de lágrimas.” (p. 9).</p> <p>“Es que a veces no alcanzan todos los ojos Amanda. No sé cómo no lo vi, por qué mierda estaba ocupándome de un puto caballo en lugar de ocuparme de mi hijo.” (p. 13).</p> <p>“No podía ni siquiera ordenar lo que estaba escuchando. Mi cabeza era una maraña de culpa y terror y el cuerpo entero me temblaba.” (p. 16).</p> <p>“ Sí, el hilo se tensa, pero estoy distraída.</p> <p><i>¿Qué tiene Nina?</i></p>	<p>Badinter (1980) la culpa es un mecanismo de control de la sociedad patriarcal para que la madre cargue con todo el peso de la crianza.</p> <p>Rich (2019) la madre es la nica que se siente culpable por el bienestar de sus hijos.</p>	

			<p>No sé, David, ¡no sé! Hablo con Carla como una estúpida.” (p. 40).</p> <p>“Siento que se ajusta la distancia de rescate y eso es porque Nina desconfía.” (p. 52)</p> <p>“—Mami —dice Nina—, mami —pero no le hago caso, estoy concentrada en Carla y Nina vuelve a alejarse. (...)</p> <p>—Me pican mucho, mami — Nina me muestra las manos, se sienta junto a mí. Me abraza. Le agarro las manos y le doy un beso a cada una. Ella vuelve las palmas hacia arriba, para mostrarme.” (p. 45, 49).</p> <p>“Carla me pregunta si ahora lo entiendo, si yo en su lugar no hubiera sentido lo mismo.” (p. 48).</p> <p>“—Lo extraño muchísimo — dice al final, y a mí me cuesta tanto entender de qué está hablando” (Schweblin, 2014, p. 62)</p> <p><i>“Carla cree que todo esto está relacionado con los chicos de la sala de espera, con la muerte de los caballos, el perro y los patos, y con el hijo que ya no es su hijo pero sigue viviendo en su casa. Carla cree que todo es culpa suya, que cambiándome esa tarde de un cuerpo a otro cuerpo ha cambiado algo más. Algo pequeño e invisible, que lo ha ido arruinando todo.</i></p> <p>¿Y es verdad?</p>		
--	--	--	---	--	--

			<p><i>Esto no es culpa de ella. Se trata de algo mucho peor.” (p. 67).</i></p> <p>“¿Se trata del veneno? Está en todas partes, ¿no, David?</p> <p><i>Siempre estuvo el veneno.</i></p> <p>¿Se trata entonces de otra cosa? ¿Es porque hice algo mal? ¿Fui una mala madre? ¿Es algo que yo provoqué? La distancia de rescate.</p> <p><i>El dolor va y viene.</i></p> <p>Cuando estábamos sobre el césped con Nina, entre los bidones. Fue la distancia de rescate: no funcionó, no vi el peligro. Y ahora hay algo más en mi cuerpo, algo que de nuevo se activa o quizá que se desactiva, algo agudo y brillante.</p> <p><i>Es el dolor” (p. 71).</i></p>		
	“Mala” madre	Rechazo hacia el hijo	<p>“—¿Cómo se llama?</p> <p>—David.</p> <p>—¿Es tuyo? ¿Es tu hijo? (...)</p> <p>—Era mío. Ahora ya no. La miré sin entender.</p> <p>—Ya no me pertenece.</p> <p>—Carla, un hijo es para toda la vida.</p> <p>—No, querida —dice.” (p. 10).</p> <p>“No quería verlo, Amanda, lo que quería era escapar (...) Nos miramos, pero yo enseguida</p>	<p>Badinter (1980) el amor maternal es un sentimiento, por ello puede existir y también desaparecer.</p> <p>Donath (2016) la maternidad puede causar sentimientos positivos y</p>	

		<p>aparté la vista (...) cuando él dio un paso más hacia mí, por su cuenta, yo me eché para atrás” (p. 19).</p> <p>“Entonces escuché sus pasos, muy suaves sobre la madera. Cortos e inseguros, tan distintos a los de mi David.” (p.19).</p> <p>“David se subió a la silla con esfuerzo, pero no pude ayudarlo.” (p. 20).</p> <p>“—Así que éste es mi nuevo David. Este monstruo” (p. 20).</p> <p>“Me gusta mirar las casas y las quintas, el campo, pienso que podría caminar así por horas.</p> <p><i>Se puede. Yo lo hago por las noches.</i></p> <p>¿Y Carla te lo permite?” (p. 27).</p> <p>“—Lo vi todo desde la ventana, Amanda, un agujero al lado del otro y todo ese tiempo estuve de pie con una cacerola a medio lavar en la mano. No tuve fuerzas para salir.” (p. 45).</p> <p>“—Me gusta mucho —dice Carla—, Nina.</p> <p>Sonrí, pero intuyo algo más detrás de eso.</p> <p>—Si hubiera podido elegir hubiera elegido una nena, una como Nina.” (p. 51).</p> <p>¿Dónde estás vos? ¿Sabe tu madre que estás conmigo?</p>	negativos por igual.	
--	--	--	----------------------	--

			<p><i>Saberlo no la sorprendería, se dice a sí misma que yo estoy detrás de todas estas cosas. Que lo que sea que haya maldecido a este pueblo en los últimos diez años ahora está dentro de mí.”</i> (p. 68).</p>		
		<p>Priorización de los intereses personales</p>	<p>“—Mi mujer se fue.” (p. 73).</p> <p>“La trasmigración se llevaría el espíritu de David a un cuerpo sano, pero traería también un espíritu desconocido al cuerpo enfermo. Algo de cada uno quedaría en el otro, ya no sería lo mismo, y yo tenía que estar dispuesta a aceptar su nueva forma.” (p. 17).</p> <p>“—A veces fantaseo con irme — dice Carla—, con empezar otra vida donde pueda tener una Nina para mí, alguien para cuidar y que se deje” (p. 51).</p> <p>“Y ella vendría conmigo, eso creo, que Carla vendría si yo se lo propusiera, sin más que sus carpetas y lo que lleva puesto. Cerca de mi casa compraríamos otra bikini dorada, me pregunto si éstas son las cosas que más extrañaría.” (p. 51).</p>	<p>Donath (2016) el abandono infantil es una de las consecuencias de una concepción sin un proceso de reflexión previo.</p>	
		<p>Falta de cuidado hacia el hijo</p>	<p>“—Vamos, David.</p> <p>Tu madre no te espera. Se aleja y baja las escaleras.” (p. 30).</p> <p>“Me gusta mirar las casas y las quintas, el campo, pienso que podría caminar así por horas.</p>		

			<p><i>Se puede. Yo lo hago por las noches.</i></p> <p>¿Y Carla te lo permite?” (p. 27).</p>		
Relaciones de cuidado	En situaciones seguras	Sobreprotección	<p>“Espío otra vez a Nina, que ahora da unos pasos hacia la piletta” (p. 13).</p> <p>“Yo siempre pienso en el peor de los casos. Ahora mismo estoy calculando cuánto tardaría en salir corriendo del coche y llegar hasta Nina si ella corriera de pronto hasta la piletta y se tirara. Lo llamo «distancia de rescate» así llamo a esa distancia variable que me separa de mi hija y me paso la mitad del día cancelándola [<i>sic</i>], aunque siempre arriesgo más de lo que debería.” (p. 13).</p> <p>“Nina deja su topo en mi reposera, arriba del toallón. Da unos pasos más hacia la piletta y yo me incorporo alerta” (p. 14).</p> <p>“Veo a Nina a través del vidrio (...) Todo está en orden, pienso, pero sigo hacia la casa (...) Abro la puerta mosquitero, entro y cierro. Pongo el pasador, porque siempre lo hago, instintivamente” (p. 20).</p> <p>“Las primeras horas que pasamos en la casa quería tener a Nina siempre cerca. Necesitaba saber cuántas salidas había, detectar las zonas del piso más astilladas, confirmar si el crujido de la escalera significaba algún peligro. Le señalé estos puntos a Nina (...) y al segundo día el hilo invisible que nos une se estiraba</p>	<p>Rich (2019) se espera que las mujeres, una vez sean madres, dejen de lado su individualidad y se dediquen únicamente a ser madres.</p> <p>Donath (2016) las madres no pueden dejar de pensar en las responsabilidades de la maternidad debido a que han internalizado el dicho sentimiento.</p>	

			<p>otra vez, presente pero permisivo, dándonos de a ratos cierta independencia.” (p. 22).</p> <p>“Y entonces pienso en la casa verde, y me pregunto qué tan lejos estará. (...) Es que necesito medir el peligro, sin esta medición es difícil calcular la distancia de rescate. Así como al llegar revisé la casa y los alrededores, ahora necesito ver la casa verde, entender su gravedad.” (p. 26).</p> <p>“La distancia de rescate está ahora tan tensa que no creo que pueda separarme más de unos pocos metros de mi hija. La casa, los alrededores, todo el puedo me parece un sitio inseguro y no hay ninguna razón para correr riesgos.” (p. 32).</p> <p>“Yo no puedo dormir, no la primera noche. Antes tengo que saber qué rodea la casa. Si hay perros y si son confiables, si hay zanjas y qué tan profundas son, si hay insectos ponzoñosos, culebras. Necesito ir por delante de cualquier cosa que pudiera ocurrir (...)” (p. 54).</p>		
	En situaciones de riesgo	Ante el malestar y la enfermedad	<p>“A veces, nos despertábamos en la noche y David no estaba en su cuarto, ni en ninguna otra parte de la casa (...) No dormíamos bien porque estábamos muy pendientes de los ruidos. Las primeras veces salíamos a buscarlo. Omar iba adelante con la linterna, yo lo agarraba de atrás, de la remera, y me concentraba en los ruidos y en mantenerme siempre pegada a su espalda.” (p. 49).</p>	<p>Badinter (1980) las madres sienten culpa incluso por aquello que no pueden controlar.</p> <p>Rich (2019) las madres se sienten</p>	

		<p>“Tenía pocas horas, minutos quizá, para encontrar una solución que no fuera esperar media hora a un médico rural que ni siquiera llegaría a tiempo a la guardia. Necesitaba a alguien que le salvara la vida a mi hijo, al costo que fuera” (p. 13).</p> <p>“—Cuando decidí qué hacer no hubo vuelta atrás (...) Cargué a David, que lloraba supongo que por mi propia angustia, y salí de la casa (...) Salí a la calle (...) y me fui para la casa verde (...)</p> <p>—Ahí vamos a veces los que vivimos acá, porque sabemos que esos médicos que llaman desde la salita llegan varias horas después, y no saben ni pueden hacer nada de nada. Si es grave vamos a lo de «la mujer de la casa verde» —dice Carla.” (p. 13, 14).</p> <p>“(...) volví desesperada a la casa, saqué a David que todavía dormía en su cuna y me encerré en el cuarto, en la cama con él en brazos para rezar. Rezar como una loca, rezar como nunca había rezado en mi vida.” (p. 13).</p> <p>“—¿Qué pasa, Nina? ¿Estás bien? Nina se mira las manos. — Me pican mucho —dice—, me arden. (...) —Me pican mucho, mami —Nina me muestra las manos, se sienta junto a mí. Me abraza. Le agarro las manos y le doy un beso a cada una. Ella vuelve las palmas hacia arriba, para mostrarme.” (p. 49)</p>	<p>culpables por factores fuera de su control como la contaminación.</p>	

		Ante la vulnerabilidad	<p>“Entonces escuché sus pasos, muy suaves sobre la madera. Cortos e inseguros, tan distintos a los de mi David.” (p.19).</p> <p>“David se subió a la silla con esfuerzo, pero no pude ayudarlo.” (p. 20).</p>		
Los espacios eco-distópicos, los recursos naturales y su relación con el capitalismo	El medioambiente	<p>“Lo que sea que hubiera tomado el caballo lo había tomado también mi David, y si el caballo se estaba muriendo no había chances para él. Lo supe con toda claridad, porque yo ya había escuchado y visto demasiadas cosas en este pueblo: tenía pocas horas, minutos quizá, para encontrar una solución” (p. 13).</p> <p>“Me sorprenden las ganas que tengo de tomarme unos mates, las pocas ganas que tengo de subirme al coche y manejar cuatro horas y media hasta capital. Volver al ruido, a la mugre, al congestionamiento de casi todas las cosas.</p> <p><i>¿De verdad este sitio te parece un lugar mejor?”</i> (p. 41).</p>	<p>Shiva (1995) los fertilizantes ponen el riesgo a quien los emplea y la vitalidad del suelo.</p> <p>Herrero (2015) los químicos contribuyen a la degradación y agotamiento de los recursos necesarios para la vida.</p>		
	El agua	<p>“David se había acuclillado en el riachuelo, tenía las zapatillas empapadas, había metido las manos en el agua y se chupaba los dedos. Entonces vi el pájaro muerto” (p. 12).</p> <p>“Lo que sea que hubiera tomado el caballo lo había tomado también mi David y si el caballo se estaba muriendo no había chances para él” (p. 13).</p>	<p>Shiva (1995) la sobreexplotación de los suelos los hace estériles y los contamina a la par del agua y el aire.</p>		

		<p>“Y ahí estaba el padrillo, tomando agua del riachuelo.” (p. 12).</p> <p>“Venía a su casa con dos baldes de plástico vacíos, y me preguntó si yo también había sentido el olor en el agua. Dudé, porque habíamos tomado un poco apenas llegamos (...) Carla asintió preocupada y siguió por el camino que bordeaba el lote de nuestra casa (...) Por la ventana la vi dejar los baldes para abrir el portón, y luego volver a dejarlos para cerrarlo (...) Quería dejarme uno de los baldes. Dijo que era mejor no usar el agua ese día.” (p.61).</p> <p>“Escucho que un camión se detiene. Los dos hombres que tomaban mate se ponen guantes largos, de plástico, y salen. (...) Y entonces hay un ruido. Algo se cae, algo plástico y pesado, que sin embargo no se rompe. (...) Afuera los hombres bajan bidones, son grandes y a penas pueden con uno en cada mano. Hay muchos, todo el camión está lleno de bidones (...) Nina se sienta en el pasto, cerca del camión. Mira a los hombres trabajar, parece encantada con la actividad (...) me siento junto a ella y miramos juntas las maniobras. Estamos muy cerca de todo, en el medio de todo, casi molestando, pero las cosas suceden lentas y amables (...) (pp. 37, 38)</p> <p>“Nina se mira la ropa, gira para verse la cola, las piernas (...)”</p>		
--	--	--	--	--

		<p>— Estoy empapada — dice con algo de indignación. — Es el rocío —le digo (...)</p> <p>Mira el pasto. Lo toca con las manos, no se convence de su pequeña desgracia.</p> <p>—¿Estás bien, Nina? — le pregunto.</p> <p>Se huele las manos.</p> <p>—Es muy feo— dice.” (p. 39).</p> <p>“Yo también estoy empapada. Estoy mojada, sí, ahora lo siento (...) La brisa enfría la humedad y siento mojada la cola de los pantalones (...) Pero es rocío. Creo que es rocío. No es rocío.” (p. 40).</p>		
	<p>Las plantaciones</p>	<p>“—¿Con qué fue que se intoxicó? (...)</p> <p>—Eso pasa, Amanda, estamos en un campo rodeado de sembrados” (p. 42).</p> <p>“Las casas tienen mucho más terreno. Algunas hasta tienen sembrados, los lotes alargados se extienden hacia el fondo hasta media hectárea, unos pocos con trigo o girasoles, casi todos con soja.”(p. 27).</p> <p>“Los campos de Sotomayor empiezan con una gran casona al frente y se abren hacia atrás, indefinibles. No hay vereda todavía. Pero hay pasto entre la calle y la casa. Hay dos galpones medianos detrás, y siete silos</p>	<p>Puleo (2022) las enfermedades y peores condiciones de vida son repercusiones directas de la contaminación y sobreexplotación.</p>	

		<p>mucho más allá de los primeros sembrados. Dejo el coche junto a otros que están estacionados donde termina la casa, sobre el pasto.” (p. 36).</p> <p>“Los campos de soja se abren a los lados. Todo es muy verde, un verde perfumado (...)” (pp. 41, 42).</p> <p>“Mas la soja se ve verde y brillante bajo las nubes oscuras. Pero la tierra que pisan, desde el camino de entrada hasta el riachuelo, está seca y dura.” (p. 75).</p> <p>“No ve los campos de soja, los riachuelos entretejiendo las tierras secas, los kilómetros de campo abierto sin ganado (...)” (p. 76).</p>		
	En humanos	<p>“Cura el dolor de cabeza, las náuseas, las úlceras de la piel y los vómitos con sangre. Si llegan a tiempo, detiene los abortos espontáneos.</p> <p>—¿Hay tantos abortos espontáneos?</p> <p>— Acá en el pueblo la consultan mucho, y a veces viene gente de afuera.” (p. 14).</p> <p>“ —Si mudábamos a tiempo el espíritu de David a otro cuerpo, entonces parte de la intoxicación se iba también con él. Dividida en dos cuerpos había chances de superarla. No era algo seguro, pero a veces funcionaba.” (p. 16).</p>	Mies (1998) un modelo industrial de producción masiva destruye a la naturaleza y genera pobreza, afectando mayormente a las mujeres y niños.	

	<p>“David se acercó otra vez y me abrazó. Tenía los ojos hinchados, los párpados rojos y tirantes, inflados como los del caballo, no lloraba, las lágrimas se le caían sin gritar ni parpadear. Estaba débil y aterrado. Le di un beso en la frente y me di cuenta de que volaba de fiebre.” (p. 17).</p> <p>“Alcé a David, que prácticamente se desvaneció sobre mi hombro. Estaba tan caliente y tan hinchado que era hasta extraño al tacto (...) David hervía tanto que, cuando me lo quitó, mi cuello y mi pecho estaban empapados (...)” (p. 18).</p> <p>“La mujer miró fijamente a David (...) Lo estudió con atención, disimuladamente, a veces apoyaba una mano en sus hombros, o le sostenía el mentón para mirarle bien los ojos... Dijo que a David le quedaban todavía algunas horas, quizá un día, pero que pronto necesitaría asistencia respiratoria. «Es una intoxicación», dijo, «va a atacarle el corazón».” (pp. 15, 16).</p> <p>“Una nena aparece lentamente. Pienso que todavía está jugando, porque renguea tanto que parece un mono, pero después veo que tiene una de las piernas muy corta, como si apenas se extendiera por debajo de la rodilla, pero aún [<i>sic</i>] así tuviera un pie. Cuando levanta la cabeza para mirarnos vemos la frente, una frente enorme que ocupa más de la mitad de la cabeza.” (p. 25).</p>		
--	--	--	--

		<p>“Ahora que estás al sol, descubro algunas manchas en tu cuerpo que antes no había visto. Son sutiles, una cubre la parte derecha de la frente y casi toda la boca, otras manchas te cubren los brazos y una de las piernas.” (pp. 31, 32).</p> <p>“ (...) <i>qué sentís ahora exactamente.</i></p> <p>Solo ese leve tirón en el estómago, por el hilo, y algo ácido, apenas, debajo de la lengua.</p> <p><i>¿Ácido o amargo?</i></p> <p>Amargo, amargo, sí. Pero es tan sutil, Dios mío, es tan sutil.” (p. 41).</p> <p>“Siento algo extraño en las manos, David. (...) Me tiemblan las manos, David. (...) Me tiemblan mucho las manos (...) Me tiemblan las manos, ya te lo había dicho” (pp. 44, 45, 48, 52).</p> <p>“—Yo estaba tomando sol en el jardín de atrás. A unos diez metros tenemos trigo sembrado (...) David estaba sentado cerca de la reposera, jugando en el piso con sus cosas. Entonces se puso de pie, mirando hacia el sembrado. Lo vi de espaldas a mí, pequeño y extraño con los brazos colgando a los lados del cuerpo y los puñitos cerrados, como si algo amenazante lo hubiera alarmado de repente.</p> <p>—David estuvo inmóvil, de espaldas, unos dos minutos (...) Y</p>		
--	--	---	--	--

	<p>yo estuve todo ese tiempo pensando en llamarlo, pero con miedo de hacerlo. Entonces algo se movió entre el sembrado de maíz. Y apareció un pato. Caminaba de una forma extraña. Daba uno o dos pasos hacia nosotros y se detenía.</p> <p>—Como si estuviera agotado. Se miraron, te lo juro, David y el pato se miraron por unos segundos. Y el pato dio dos pasos más, cruzando una pata por delante de la otra, como si estuviera borracho, o ya no pudiera controlar su cuerpo, y cuando intentó el siguiente paso se desplomó sobre la tierra, completamente muerto.” (pp. 44-45)</p> <p>“ (...) ¿Pero vos estás bien?</p> <p>—Sí, ¿por qué?</p> <p>—Estás pálida. (...)</p> <p>Pero estás pálida, Amanda, tenés los labios blancos.” (p. 50).</p> <p>“Quiero hablar con Carla, decirle algunas cosas, pero tengo el cuerpo quieto y adormecido.” (p. 51).</p> <p>“¿Los ves?</p> <p>¿Qué cosa?</p> <p><i>Los nombres, en la pared de la sala de espera.</i></p> <p>¿Son de los chicos que vienen a esta sala?</p> <p><i>Algunos ya no son chicos.</i></p>		
--	--	--	--

		<p><i>No pueden escribir, casi ninguno de ellos</i></p> <p>¿No saben?</p> <p><i>Algunos saben, llegaron a aprender, pero ya no controlan bien los brazos, o ya no controlan su propia cabeza, o tienen la piel tan fina que, si apretan [sic] demasiado los lápices, terminan sangrándoles los dedos.”</i> (pp. 52, 53).</p> <p>“Me duele mucho el cuerpo, adentro.” (p. 53).</p> <p>“Nina está sentada atrás. Está pálida, ahora me doy cuenta, y transpirada.” (p. 56).</p> <p>“La mujer, que es enfermera (...) Pregunta si me duele la cabeza y yo pienso que sí, que muchísimo, pero es Carla la que lo confirma en voz alta.</p> <p>—Tengo una jaqueca feroz — digo, y las tres se quedan mirándome.</p> <p>Es un dolor punzante y pesado, desde la nuca hacia las sienas, lo reconozco ahora que lo dijeron y ya no puedo sentir otra cosa.” (p. 57).</p> <p>“Cuando digo que tengo jaqueca Nina dice que ella también. Y cuando digo que estoy mareada Nina dice que ella también.” (p. 58).</p> <p>“Los primeros días, aunque la mujer de la casa verde dijo que David se salvaría, el cuerpo le</p>		
--	--	---	--	--

	<p>hervía, deliraba por la fiebre, y no fue hasta el quinto día que empezó a calmarse (...) Pasó la fiebre pero David tardó mucho en volver a hablar. Después, de a poco, empezó a decir algunas palabras. Pero de verdad, Amanda, hablaba muy extraño.” (p. 42).</p> <p>“—¿Con qué fue que se intoxicó?</p> <p>Carla volvió a hacer lo del hombro.</p> <p>—Eso pasa, Amanda, estamos en un campo rodeado de sembrados.</p> <p>Cada dos por tres alguno cae, y si se salva igual queda raro. Los ves por la calle, cuando aprendés [<i>sic</i>] a reconocerlos te sorprende la cantidad que hay.” (p. 42).</p> <p>“—¿Qué pasa, Nina? ¿Estás bien? Nina se mira las manos.</p> <p>—Me pican mucho —dice—, me arden. (...)</p> <p>—Me pican mucho, mami — Nina me muestra las manos, se sienta junto a mí. Me abraza.” (p. 49).</p> <p><i>“No todos sufrieron intoxicaciones. Algunos ya nacieron envenenados, por algo que sus madres aspiraron en el aire, por algo que comieron o tocaron.”</i> (p. 64).</p> <p>“Son chicos de todas las edades (...) ¿Hay chicos sanos también, en el pueblo?</p> <p><i>Hay algunos, sí.</i></p>		
--	--	--	--

	<p>¿Van al colegio?</p> <p><i>Sí. Pero acá son pocos los chicos que nacen bien (...)</i></p> <p>Son muchos chicos.</p> <p><i>Somos treinta y tres, pero el número cambia” (p. 66).</i></p> <p>“Son chicos extraños. Chicos con deformaciones. No tienen pestañas ni cejas, la piel es colorada, muy colorada, y escamosa también.” (p. 66)</p> <p>“Ahora voy a empujarte. Yo empujo a los patos, empujo al perro del señor Geser, a los caballos.” (p. 71).</p> <p>“Algo tira más fuerte del hilo y las vueltas se achican. El hilo me va a partir el estómago.</p> <p><i>Antes va a cortarse el hilo, respirá.</i></p> <p>Ese hilo no puede partirse, Nina es mi hija. Pero sí, Dios mío, se corta.</p> <p><i>Ahora queda muy poco tiempo.</i></p> <p>¿Me estoy muriendo?</p> <p><i>Sí. Quedan segundos (...)</i>” (pp. 71, 72).</p> <p>“Me pica mucho el cuerpo. ¿Son los gusanos? Se sienten como gusanos, gusanos minúsculos en todo el cuerpo.” (p. 65).</p> <p>“—Mi hija no está bien —dice mi marido—, ya pasó más de un mes pero...—Quiero decir, sí está</p>		
--	---	--	--

		<p>bien, la están tratando y las manchas en la piel ya no le duelen tanto. Se está recuperando, a pesar de todo lo que pasó. Pero hay algo más y no sé qué es. Algo más, en ella — tarda unos segundos en seguir, como si quisiera darle a tu padre tiempo para entender—. ¿Usted sabe qué pasó, qué le pasó a Nina?</p> <p>—No.” (p. 74)</p>		
	En animales	<p>“Omar lo miraba todo el día, lo seguía como un zombi para contabilizar cuantas veces se subía a cada yegua.” (p. 11).</p> <p>“Pude agarrarlo de la rienda. Qué alivio, me acuerdo perfecto, suspiré y dije en voz alta, «si te perdía, perdía también la casa, desgraciado».” (p. 12).</p> <p>“Mandó a llamar urgente al veterinario, vinieron algunos vecinos, todo el mundo preocupado corriendo de acá para allá (...)” (p. 13).</p> <p>“«El caballo ya está muerto», dijo la mujer (...)” (p. 15).</p> <p>“Me detengo un segundo y un perro sale del pastizal.</p> <p><i>Esto es importante.</i></p> <p>¿Por qué? (...)</p> <p><i>¿Qué pasa con el perro?</i></p> <p>Respira agitado y mueve la cola, le falta una pata trasera.</p>	<p>Plumwood (2003) dualismo hombre/naturaleza.</p> <p>Shiva (1995) los animales son víctimas de la contaminación con agentes químicos.</p>	

		<p><i>Sí, eso es muy importante, eso tiene mucho que ver con lo que buscamos.” (p. 27)</i></p> <p>“Al día siguiente el caballo amaneció acostado. «No está», dijo Omar, «se escapó», y estuve a punto de decirle a Omar que ya se había escapado una vez, pero él lo adivinó acostado en los pastizales. «Mierda», dijo. El padrillo tenía los párpados tan hinchados que no se le veían los ojos. Tenía los labios, los agujeros de la nariz, toda la boca tan hinchada que parecía otro animal, una monstruosidad. Apenas tenía fuerzas para quejarse y Omar dijo que el corazón le latía como una locomotora” (p. 13).</p> <p>“Entonces veo las tumbas. Simplemente miro hacia afuera y las reconozco.</p> <p><i>Son veintiocho tumbas.</i></p> <p>Veintiocho tumbas, sí.” (p. 62).</p> <p>“Te parece tosco y simple, pero eso es porque es un hombre que ha perdido a sus caballos.” (p, 72).</p> <p>“—Sabe —dice tu padre—, yo antes me dedicaba a los caballos —niega, quizá para sí mismo—. Pero ¿escucha ahora a mis caballos? —No. —¿Y escucha alguna otra cosa?” (p. 75).</p>		
--	--	---	--	--

Nota. Tabla con las unidades de análisis, sus categorías y citas.

Anexo 2

Certificado de la traducción del resumen

Loja, 4 de septiembre de 2024

CERTIFICADO DE TRADUCCIÓN

Yo, Stefany Gabriela Quezada Benitez, con cédula 1105860702 y con título de Licenciada en Ciencias de la Educación: Mención Inglés, registrado en el SENESCYT con número 1031-2021-2295813

CERTIFICO:

Que he realizado la traducción de español al idioma inglés del resumen del presente trabajo de integración curricular denominado **“Análisis de la representación de la maternidad en la obra Distancia de rescate de Samanta Schweblin desde el Ecofeminismo.”** de autoría de **Nagelly Mercedes Cañar Luzuriaga**, portadora de la cédula de identidad número **1104285885**, estudiante de la carrera de **Pedagogía de la Lengua y la Literatura** de la Facultad de la Educación, el Arte y la Comunicación de la Universidad Nacional de Loja. Dicho estudio se encontró bajo la dirección de Lic. Isis Fiorella Córdova Moscoso Mg. Sc., previo a la obtención del título de **Licenciada en Pedagogía de la Lengua y la Literatura**.

Es todo cuanto puedo certificar en honor a la verdad, facultando al interesado hacer uso del presente en lo que este creyera conveniente.



STEFANY GABRIELA
QUEZADA BENITEZ

Lic. Stefany Gabriela Quezada Benitez
C.I.: 1105860702
Registro del SENESCYT: 1031-2021-2295813